

La

¡Proletarios de todos los países, uníos!



ARCHIVO

INTERNACIONAL COMUNISTA

REVISTA MENSUAL

Organo del C. E. de la
Internacional Comunista

En este número:

Inglaterra y Francia en la encrucijada

Núm. 6

Junio 1939

MS

MINISTERIO
DE CULTURA



Año VII. - N.º 6

Junio 1939

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!

LA INTERNATIONAL COMUNISTA

(Organo del C. E. de la I. C.)

Aparece en español, ruso, alemán, inglés, francés y chino

EDICIONES EUROPA-AMERICA
Sección española del BUREAU D'EDITIONS
París-México-Nueva York

SUMARIO

EDITORIAL

Inglaterra y Francia en la encrucijada 3

LOS PROBLEMAS DEL DIA

Un libro recorre el mundo..... 13

A propósito de «reivindicaciones históricas» 16

La lucha de tendencias en el Partido Socialista de Francia..... 20

¿Pueblo sin espacio? 23

La colonización de Hungría 25

Las mujeres de China en la lucha 29

P. WIEDEN: Las mudanzas del nacionalismo burgués..... 33

W. ULBRICHT: Importancia internacional de la lucha antifascista en
Alemania 43

D. DAVOS: La labor de zapa de los fascistas en el cercano Oriente.... 53

LA HEROICA LUCHA DEL PUEBLO CHINO

PEN DE CHUEI: El trabajo político de masas y las organizaciones de
masas en la China del Norte 60

EN EL PAIS DEL SOCIALISMO

A. CLAIRE: El fondo de oro 70

CRONICA DE ACONTECIMIENTOS 83

Inglaterra y Francia en la encrucijada

El pacto de Munich, concertado entre los agresores fascistas y los círculos gobernantes de Inglaterra y Francia, no ha podido resistir durante mucho tiempo a la presión de los antagonismos existentes entre el bloque germano-italiano e Inglaterra y Francia. Estos antagonismos se destacan ahora nítidamente.

Hoy, los políticos muniqueños de Inglaterra declaran que Hitler no se puso de acuerdo con ellos para llevar a cabo la anexión total de Checoslovaquia, violando con ello el pacto de Munich. A su vez, Hitler insiste en su «derecho» ilimitado a seguir extendiendo, a costa de Polonia, Rumania y los demás países, el «espacio vital» de la Alemania fascista y exige que los gobiernos inglés y francés no le estorben para nada en estos designios. Como respuesta a las declaraciones de Inglaterra y Francia sobre la protección de la inviolabilidad de Polonia y de Rumania, ha desgarrado demostrativamente el acuerdo naval anglo-alemán y el pacto de no agresión vigente entre Alemania y Polonia. Por su parte, Italia ha ocupado Albania y redobla, en unión de Alemania, sus amenazas contra las posiciones coloniales de Francia e Inglaterra. Además, los usurpadores fascistas del Poder en Alemania e Italia han sellado, para cimentar sus reivindicaciones de rapiña, una alianza político-militar, que va dirigida abiertamente contra Inglaterra y Francia.

El juego muniqués de los caballeros de Londres y de París ha fracasado totalmente. ¿Qué finalidad se proponía este juego? Los círculos gobernantes de Inglaterra y Francia habían abandonado la política de la seguridad colectiva, de la resistencia colectiva a los agresores, ya mucho antes del pacto de Munich, para abrazar la política de no intervención, de «neutralidad» benévola ante la agresión fascista, cada vez más desenfrenada. El complot de Munich marcó el punto culminante de esta política de no intervención. El verdadero sentido de esta política perversa lo ha puesto al desnudo por entero el camarada Stalin, en el XVIII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de la U. R. S. S., en las palabras siguientes:

«Pero, en realidad, la política de no intervención consiste en favorecer la agresión, en desencadenar la guerra mundial. En la política de no intervención prevalece la aspiración, el deseo de no entorpecer a los agresores en la ejecución de su funesta obra, de no estorbar, por ejemplo, al Japón, si se enreda en una guerra contra China, y mejor aún contra la Unión Soviética; de no entorpecer, por ejemplo, a Alemania, si quiere embrollarse en los asuntos europeos y aventurarse a una guerra contra la Unión Soviética; de hacer que todos los beligerantes se hundan hasta el cuello en el pantano de la guerra y se agoten unos a otros, para luego, cuando ya estén suficientemente quebrantados, entrar en la liza con fuerzas de refresco, intervenir «en interés de la paz», claro está, e imponer condiciones a los beligerantes, ya debilitados.» (J. Stalin, Informe al XVIII Congreso del P. C. (b) de la U.R.S.S., pág. 12.)

¡He ahí el sentido oculto de la no intervención! Pero, esta vez, los viejos y taimados jugadores de Londres y París han perdido la partida. Entregaron a Hitler la región de los Sudetes como pago a cuenta a cambio de su obligación de iniciar la guerra contra la Unión Soviética; pero Hitler, en vez de cumplir su compromiso, no sólo se ha levantado con toda Checoeslovaquia, sino que, además, atenta contra los intereses directos de Inglaterra y Francia. Huelga decir que al fascismo alemán no le disgustaría poder irrumpir en el huerto soviético, y aún no ha renunciado a esta idea. Pero teme romperse la frente contra el muro de acero de las fronteras de la U. R. S. S. Y tiene razón para temerlo. Por eso, hasta ahora, la Alemania fascista y su agresión siguen, por el momento, el camino de la menor resistencia, eligiendo víctimas que se dejan engañar e intimidar y se prestan a capitulaciones y haciendo valer su presión contra los sitios débiles de las zonas de influencia de las potencias occidentales, a las que amenaza directamente con la guerra.

Por donde los compondores ingleses y franceses no sólo han salido estafados, sino que además han colocado a sus países en una situación difícilísima y muy peligrosa. Por eso, ante el peligro inmediato de una agresión fascista, se ha producido un viraje resuelto en la opinión pública de Inglaterra y Francia. Incluso muchos que ayer eran partidarios de la política de Munich encuentran hoy, de pronto, argumentos convincentes en pro de una política de seguridad colectiva y de la realización más rápida posible de una colaboración de los Estados interesados en la paz para organizar su defensa común. Mientras estas gentes creían que la agresión fascista no se dirigía contra el Occidente, sino contra el Este, contra la Unión Soviética, no querían ni oír hablar de una barrera contra las fuerzas desencadenadas de la guerra mundial; lejos de ello, lo que hacían los «pacificadores de Munich» era estimular la agresión fascista y abrirle todas las compuertas. Es hoy cuando comienzan a decir que es necesario levantar un frente de paz de los pueblos, una barrera contra las fuerzas de la guerra, porque ven que el bloque de los agresores fascistas, que operaba bajo la careta del «pacto antikomintern», se ha convertido en una alianza de guerra. Es cierto que más vale tarde que nunca. Pero, ¡cuán caro ha costado este retraso a la causa de la paz! Los que todavía ayer abogaban por la tristemente célebre política de Munich debían tener presente siquiera cuántas barreras naturales contra los agresores fascistas dejaron Inglaterra y Francia que los fascistas destruyesen en un solo año.

Una de estas barreras era, en las orillas del Danubio, la Austria independiente. Hoy, ha desaparecido. En virtud de los tratados internacionales, Inglaterra y Francia tenían el deber de proteger la inviolabilidad de Austria y, sin embargo, dejaron que el fascismo alemán la devorase. Han consentido que Austria se transformase en plaza de armas para nuevos avances de la agresión fascista.

En el sudoeste de Europa, al otro lado de los Pirineos, había una sólida barrera contra la agresión fascista: la España republicana, la

España del Frente Popular. La España republicana luchó larga y heroicamente contra los ejércitos de invasión del fascismo alemán e italiano y contra sus agentes españoles a sueldo. Como miembro con plenitud de derechos de la Sociedad de Naciones, la España republicana tenía derecho a contar con el apoyo de Inglaterra y Francia. Pero los círculos gobernantes de Inglaterra y Francia, bajo la careta de la «no intervención», apoyaron por debajo de cuerda la agresión fascista contra España. Y fué, en fin de cuentas, la complacencia de Inglaterra y Francia la que provocó el desenlace de la lucha a favor de los agresores fascistas. Y hoy, los agresores fascistas convierten España en una base estratégico-militar de ataque para lanzarse contra Francia y sus colonias y contra las comunicaciones marítimas de Inglaterra y Francia en el Mediterráneo.

En la Europa central, el baluarte más avanzado de las democracias burguesas occidentales era la República checoslovaca. También esta barrera contra la agresión fascista ha desaparecido ya. En virtud de los tratados internacionales, Francia tenía el deber indiscutible de defender la inviolabilidad y la independencia de Checoslovaquia. Pero el gobierno francés traicionó a Checoslovaquia, aunque le constaba perfectamente que la Unión Soviética, haciendo honor a los deberes asumidos por ella, estaba dispuesta a socorrer inmediatamente a ambos países, caso de que Francia defendiese a Checoslovaquia. El gobierno inglés aparentó contener a Hitler de la anexión de Checoslovaquia, pero lo que hizo, en realidad, fué impedir por todos los medios que el pueblo checoslovaco saliese en defensa de su independencia.

Gracias a esta traición, sin desenvainar la espada, los «conquistadores» alemanes se hicieron dueños de la «línea Maginot» fortificada de Checoslovaquia y, más tarde, de todo el país, con la mira principal de apropiarse de sus grandes industrias de guerra y de sus armamentos. No en vano Hitler se jactaba, el 28 de abril de 1939, en su último discurso del Reichstag, del rico botín de guerra que le valió Checoslovaquia. Un armamento perfecto para de 35 a 40 divisiones: he aquí el regalo que Chamberlain y Daladier han hecho al principal agresor fascista de Europa. Seguramente que no hay ningún jefe militar de Francia e Inglaterra que no opine que, desde el punto de vista de la seguridad de ambos países, este regalo ha sido excesivamente generoso.

A pesar de haber empeorado la situación internacional como consecuencia de la política seguida por los Estados agresivos, de una parte, y de otra parte de la política de «no intervención» de los Estados no agresivos, los representantes de la burguesía reaccionaria de Inglaterra, Francia y otros países se esfuerzan en apaciguar a los pueblos con tópicos vacuos. El camarada Molotov ha declarado, en su discurso ante el Soviet Supremo:

«Los representantes de los países democráticos, que han vuelto la espalda a la política de la seguridad colectiva y han abrazado la política de no resistencia contra la agresión, intentan quitar importancia al empeoramiento que se ha producido en la situación internacional. Se siguen preocupando, ante todo, de «calmar» a la opinión pública y dan a entender que en estos últimos

tiempos no ha ocurrido nada de particular. La posición de la Unión Soviética, en cuanto al modo de apreciar los acontecimientos actuales de la vida internacional, se distingue de la actitud de unos y de otros. No puede, como fácilmente comprende todo el mundo, infundir en modo alguno sospechas de simpatizar para nada con los agresores. Y no incurre tampoco en la tendencia a paliar el empeoramiento efectivo de la situación internacional. Para nosotros, es claro que a los intentos de ocultar a la opinión pública los cambios efectivos producidos en la situación internacional, hay que oponer los hechos de la realidad. Y entonces se verá palpablemente que los únicos que necesitan de discursos y artículos «apaciguadores» son aquellos que no quieren estorbar los nuevos avances de la agresión, en la esperanza de encauzar ésta en una dirección «aceptable», por decirlo así.»

Estos hechos de la agresión fascista acentuada han producido una emoción muy profunda en las masas populares de Inglaterra y Francia y han afianzado su decisión de cerrar resueltamente el paso a los agresores, de cambiar de rumbo la política de los gobiernos de Francia e Inglaterra y, sobre todo, de imponer la colaboración de estos dos países con la *Unión Soviética*, para tener con ello a raya a los promotores fascistas de la guerra. Ninguna reivindicación de la opinión pública ha sido mantenida tan resuelta y tenazmente y con tanta amplitud en Inglaterra y Francia como la de establecer una colaboración urgente y estrecha con la Unión Soviética. «Sin la participación de la Unión Soviética, no cabe ningún sistema de seguridad colectiva»: este punto de vista se manifiesta diariamente en la prensa y en el parlamento ingleses. Y hasta gentes que no solían expresarse, ni mucho menos, en términos amistosos hacia la Unión Soviética y que aún no hace mucho que charlaban del «aislamiento completo de la U. R. S. S.», dicen y escriben hoy: «El país exige resueltamente el bloque con la Unión Soviética. Es necesario que el país consiga el bloque con la Unión Soviética. Sólo esto puede intimidar a Hitler».

Por eso no es extraño que los gobiernos inglés y francés hayan hecho declaraciones acerca del «viraje», acerca del «nuevo rumbo» de su política exterior. Han formulado una serie de declaraciones contra los nuevos avances de la agresión fascista en Europa y han prometido garantías a Polonia, Rumania y Grecia; además, Inglaterra ha concertado un pacto con Turquía. Pero esto no ha tranquilizado a la opinión pública de Inglaterra y Francia. Lloyd George ha declarado redondamente en el parlamento inglés: «Sin la Unión Soviética, nuestras garantías a favor de Polonia, de Rumania y de Grecia constituyen las obligaciones más aventuradas que haya podido asumir nunca un país... Necesitáis de la Unión Soviética, pero no queréis su apoyo. Y, sin embargo, si tenemos que hacer frente a estas obligaciones sin la Unión Soviética, nos veremos ante la alternativa de tener que marchar hacia una derrota segura o dejar estas obligaciones sin cumplir, como habéis hecho hasta ahora».

Pero los ministros no han perdido la cabeza. Los políticos pro-fascistas que no hace mucho aspiraban a encauzar la agresión fascista «hacia el Este», se las dan ahora de partidarios sinceros de la colaboración con la Unión Soviética. Y, bajo la presión de la opinión pú-

blica, el gobierno inglés ha abierto negociaciones con el gobierno de la Unión Soviética sobre el problema de la organización de un frente de paz contra los agresores.

La posición del gobierno soviético ha sido, como siempre, clara. Consiste en lo siguiente:

«La U. R. S. S. entendía y sigue entendiendo que si Francia y la Gran Bretaña quieren realmente levantar una barrera contra la agresión en Europa, deberá formarse con este fin un frente único de ayuda mutua: primero, entre las cuatro principales potencias de Europa, Inglaterra, Francia, la U. R. S. S. y Polonia, o, por lo menos, entre las tres potencias Inglaterra, Francia y la U. R. S. S., y que estas tres potencias, unidas por un pacto de ayuda basado en la reciprocidad, deberán luego ofrecer garantías a los otros Estados de la Europa oriental y central amenazados por la agresión.» («Isvestia», de 11 de mayo de 1939.)

Esta es una posición que responde a una política consecuente de paz. Sin embargo, se ha visto que esta posición de la Unión Soviética no corresponde a las intenciones de los gobiernos inglés y francés. Se ha visto que estos gobiernos, aun después de proclamar el «nuevo rumbo», no querían adoptar una posición apropiada a una política de paz consecuente o, por lo menos, sencillamente, sincera. El camarada Molotov ha puesto de manifiesto, en su discurso, que en la política de los Estados no agresivos se han operado «algunos cambios orientados hacia la resistencia contra la agresión». Y añade:

«Hasta qué punto son serios estos cambios, es cosa que hemos de ver. Por el momento, no puede decirse siquiera si estos países abrigan el deseo serio de renunciar a la política de no intervención, a la política de no resistencia contra los nuevos avances de la agresión... Por eso debemos estar en guardia.»

La misma manera que han tenido los ministros de Inglaterra y Francia de iniciar y mantener las negociaciones con la Unión Soviética indica cuán necesario es aguzar la vigilancia. Las negociaciones se alargaban y los ministros se guardaban mucho de contestar a las preguntas de los diputados y de los periodistas, inquietos: «¿Por qué? ¿En qué estriban las divergencias de criterio?». En cambio, la prensa publicaba toda serie de infundios calumniosos acerca de la actitud de la Unión Soviética. Tenía uno la impresión de que alguien se esforzaba conscientemente en preparar a la opinión pública para un fracaso de las negociaciones, echando toda la culpa de ello al gobierno soviético, al que se presentaban las más disparatadas pretensiones. Estando en esto, apareció la noticia de Londres acerca de las *contra-proposiciones* hechas por Inglaterra a la Unión Soviética, de acuerdo con Francia. Pero la noticia de la agencia telegráfica inglesa, noticia manifiestamente inspirada, falseaba completamente el contenido de estas proposiciones. Como luego se vió, el gobierno inglés *rehuía* totalmente, en sus propuestas, la cuestión de un *pacto de ayuda mutua* entre Inglaterra, Francia y la U. R. S. S. Proponía que la Unión Soviética se obligase a venir inmediatamente en ayuda de Inglaterra y de Francia en el caso de que estos países se viesan arrastrados a una guerra por cumplir sus obligaciones para con Polonia y Rumania; pero *silenciosamente*.

ciaba completamente la ayuda «que la U. R. R. S. debía recibir, naturalmente, de Francia e Inglaterra, en virtud del principio de la reciprocidad, si, por cumplir las obligaciones de garantía asumidas respecto a un Estado cualquiera de la Europa oriental, se veía arrastrada a complicaciones guerreras». («Isvestia», de 11-5-1939.)

Además, el gobierno inglés mantenía el punto de vista de que el problema de la resistencia efectiva a la agresión y el señalar el momento en que había de comenzar esta resistencia habrían de decidirlo los gobiernos inglés y francés, independientemente de la Unión Soviética.

En una palabra, el tenor de las contraproposiciones inglesas era éste: si la agresión fascista va dirigida contra Inglaterra, Francia o Polonia, la Unión Soviética deberá ayudar a todos estos Estados, sin obtener de ellos ayuda alguna; en cambio, si la agresión fascista se dirige directamente contra la Unión Soviética, ésta deberá arreglárselas ella sola como pueda.

¡Ahí tenéis las proposiciones de colaboración con la Unión Soviética que los círculos gubernamentales de Inglaterra y Francia se han sacado de la cabeza! ¿Acaso no sabían de antemano que el gobierno soviético habría de rechazar semejantes proposiciones? Si contaban con que fuesen aceptadas, es que sus autores no habían hecho el menor caso de lo que el camarada Stalin dijera ya un mes antes de ser formuladas las tales proposiciones, en el XVIII Congreso del P. C. (b) de la U.R.S.S. Hablando de las tareas del Partido en cuanto a la política exterior, el camarada Stalin señaló como una de estas tareas:

«Ser prudentes y no permitir que nuestro país sea arrastrado a conflictos por los provocadores de guerras, acostumbrados a que otros les saquen las castañas del fuego.»

No tiene nada de extraño que los autores de las contraproposiciones inglesas no se atreviesen a informar a la opinión pública de Inglaterra acerca del verdadero contenido de estas propuestas. Para calmar a la opinión pública, que exigía una colaboración sincera con la Unión Soviética sobre la base de la reciprocidad, se hizo, por medio de la agencia Reuter, la tentativa de engañar al pueblo inglés: esta agencia oficial, echando a rodar un bulo, declaró que Inglaterra, en sus contraproposiciones, se obligaba a ayudar a la Unión Soviética si ésta, por cumplir sus compromisos hacia los Estados vecinos, se veía arrastrada a una guerra. Cuando, por el comunicado de la «Tass», se supo que las proposiciones inglesas no decían nada de eso y los diputados empezaron a asediar a Chamberlain con interpelaciones, éste habló de «equivocos» y aseguró que el gobierno inglés «no había tenido jamás la intención de exigir de la U. R. S. S. nada que él mismo no estuviese dispuesto a realizar». Muy bien, se le contestó; pero entonces, ¿por qué no sella usted con la U. R. S. S. un pacto basado en la reciprocidad? No, contestó Chamberlain; este es «un problema importante y delicado», «proseguimos las negociaciones, pero hay dificultades». Sin

embargo, Chamberlain no quiso decir en qué consisten estas dificultades.

Chamberlain hace en el parlamento misteriosas alusiones a «otros Estados que no desean que se establezca una colaboración entre Inglaterra y la Unión Soviética, lo que podría dar lugar a complicaciones». Pero no quiere decirnos de qué Estados se trata. Naturalmente, no puede decir directamente que se trata de los Estados *fascistas*, de los tres agresores del triángulo «Berlín-Roma-Tokio» y de sus vasallos. Por supuesto, los agresores fascistas y sus vasallos «no ven con buenos ojos» que se levante una barrera contra los agresores fascistas y lo que peor les parece es que se establezca una colaboración entre Inglaterra y Francia y la gran Unión Soviética. Pero si los ministros ingleses y franceses desean seguir teniendo en cuenta, lo mismo que antes, los deseos de los agresores fascistas y sus agentes, ¿para qué hablan de una «nueva» política, de una política de nueva resistencia contra los nuevos avances de la agresión fascista?

Los ministros ingleses y franceses intentan convencer a los pueblos de que los «equivocos» y otras dificultades «misteriosas» han servido de rémora en las negociaciones con la Unión Soviética. En su discurso, el camarada Molotov ha declarado una vez más, lisa y llanamente, cuáles son las condiciones mínimas que la Unión Soviética considera indispensables para realizar un frente de paz capaz de hacer algo. He aquí sus palabras:

«Las negociaciones iniciadas entonces [a mediados de abril (N. del ed.)] no se han terminado aún. Y, sin embargo, ya entonces pudo haberse visto que, si se quiere realmente crear un frente eficaz de los países pacíficos contra los avances de la agresión, tienen que darse, como mínimo, las siguientes condiciones: la conclusión de un pacto efectivo de ayuda mutua contra la agresión entre Inglaterra, Francia y la Unión Soviética, pacto que tenga un carácter exclusivamente defensivo; garantía por parte de Inglaterra, Francia y la Unión Soviética a los Estados de la Europa central y oriental, absolutamente a todos los países europeos fronterizos de la Unión Soviética, contra los ataques de la agresión; conclusión de un acuerdo concreto entre Inglaterra, Francia y la Unión Soviética acerca de las formas y del alcance de la ayuda inmediata y eficaz que habrán de prestarse entre sí y a los Estados garantizados, en caso de ataque por parte del agresor.

Este es nuestro punto de vista, que no imponemos a nadie, pero al que nosotros nos atenemos. No exigimos que nuestro punto de vista sea aceptado, ni instamos a nadie a que lo haga. Pero creemos que este punto de vista responde realmente a los intereses de la seguridad de los Estados pacíficos.»

Estas palabras no dejan lugar a «equivocos». Y nadie que quiera verdaderamente defender la paz considerará «difícil» aceptar sin reservas estas propuestas de la Unión Soviética. Las «dificultades» consisten exclusivamente en que ciertos políticos profascistas siguen aún resistiéndose a satisfacer la exigencia de los pueblos, que piden que se cree un frente efectivo de paz.

Es evidente que ciertos políticos profascistas de Londres y París querrían proseguir bajo una u otra forma la vieja política muniquesa. En vez de poner rumbo resueltamente a una política que tenga a raya a los agresores fascistas y asegure la paz general, pretenden negociar

con los agresores fascistas a costa de otros Estados. En vez de establecer una verdadera colaboración con la Unión Soviética en interés de la seguridad de los pueblos amenazados por el fascismo, desearían aprovecharse del hecho de las negociaciones mantenidas y alargadas con la potente Unión Soviética, simplemente para conseguir de los gobiernos fascistas condiciones más favorables para el imperialismo inglés y francés. En vez de satisfacer la exigencia de la opinión pública, sellando con la U. R. S. S. un pacto basado en la reciprocidad contra los agresores fascistas, aparentan esforzarse en llegar a un acuerdo con la U. R. S. S., y su deseo sería aplacar con vacuas promesas la opinión pública de sus países. Si en el mundo todo dependiese exclusivamente de la voluntad de estos políticos profascistas, la suerte de los pueblos, incluso la del pueblo inglés y la del francés, no sería nada halagüeña.

Sin embargo, una cosa es lo que los políticos profascistas *quieren* y otra cosa lo que *pueden* hacer.

Lo que quieren es que el pueblo soviético les saque las castañas del fuego; pero la Unión Soviética no consentirá esto. Lo que quieren es sacrificar los intereses vitales de los pueblos propios y ajenos; pero los pueblos no tienen la intención de dejarse sacrificar. Lo que quieren es eliminar o, por lo menos, atenuar, con sus manejos entre bastidores, los antagonismos imperialistas entre Inglaterra y Francia, de una parte, y Alemania, Italia y el Japón de otra; pero el resultado es que estos antagonismos se agudizan cada vez más y que crece el peligro de guerra. Y la razón de que los antagonismos se agudicen cada vez más y de que el peligro de una guerra mundial crezca, consiste en que los políticos profascistas sabotean la formación de una verdadera barrera contra la agresión fascista, de un frente único de los pueblos en defensa de su independencia nacional y de la paz mundial.

A pesar de que la guerra mundial entraña para los fascistas la amenaza de una catástrofe completa, ya que en esta guerra tendrán que responder; principalmente, ante sus propios pueblos, atizan día tras día la hoguera de la guerra. Y los políticos profascistas de Inglaterra y Francia, aun teniendo razones para temer la guerra, se resisten todavía a crear el frente internacional de la paz, sin el que es imposible tener a raya a los agresores fascistas e impedir el desencadenamiento de una guerra mundial.

Los políticos profascistas de Inglaterra y Francia temen, manifiestamente, que el establecimiento de una verdadera colaboración con la Unión Soviética para refrenar a los agresores fascistas ejerza una influencia demasiado grande sobre la situación del fascismo en Alemania, Italia y los demás países; que la capitulación de los agresores fascistas que ello llevaría aparejada, haga estremecerse en sus cimientos el régimen fascista, ya de suyo inseguro, refuerce la lucha de las masas populares contra los verdugos fascistas y ponga en pie las fuerzas de la revolución democrática en esos países. Y todo esto es muy posible; pero si estallara una guerra mundial, la revolución se desencadenaría más rápidamente. Nadie sería capaz de seguir conteniendo por mucho

tiempo la riada arrolladora de la revolución, que se agita bajo la capa de hielo de la dictadura fascista, en Alemania, Italia y el Japón. Y aunque los políticos profascistas ingleses y franceses prefieren ahora un pacto de ayuda mutua del fascismo y de la reacción contra las fuerzas de la democracia y del progreso, a un pacto de ayuda mutua contra la agresión fascista y la guerra, los pueblos de Inglaterra y Francia seguramente que no accederán a sus deseos.

En último término, la orientación de la política inglesa y francesa, tan importante para el rumbo ulterior de los acontecimientos internacionales, depende de los *pueblos* de Inglaterra y Francia. Los actuales zigzagueos de los círculos gobernantes profascistas de Inglaterra y Francia no pueden considerarse como el rumbo definitivo de la política inglesa y francesa. Las masas populares de Inglaterra y Francia *no están de acuerdo* con el juego peligroso de los políticos muni-queses. El desenmascaramiento de esta actitud de quienes juegan con el fuego ha puesto ya en guardia a la opinión pública de estos países y ha obligado a sus gobiernos a abandonar temporalmente la política de la complacencia directa hacia los agresores fascistas. Los gobiernos de Inglaterra y de Francia se han visto obligados a dar de mala gana un paso hacia adelante. Pero si los pueblos no se ponen en guardia, no está descartado, a pesar de todo, el peligro de que se les haga pasar por un segundo Munich. El camarada Molotov ha caracterizado este «paso hacia adelante» con las siguientes palabras:

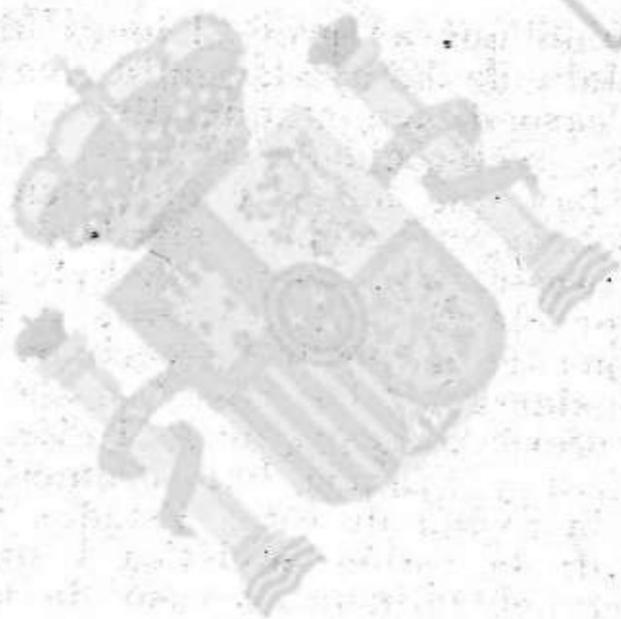
«En estos últimos días, se han recibido nuevas proposiciones anglo-francesas. En ellas, se reconoce ya el principio de la ayuda mutua entre Inglaterra, Francia y la Unión Soviética en caso de un ataque directo por parte de los agresores, bajo las condiciones de reciprocidad. Esto es ya, naturalmente, un paso hacia adelante, aunque hay que advertir que viene rodeado de tales reservas—reservas que hacen incluso referencia a algunos puntos del Pacto de la Sociedad de Naciones—, que este paso hacia adelante puede resultar ficticio. Por lo que se refiere al problema de la garantía a los países de la Europa central y oriental, las propuestas a que nos referimos no representan ningún paso hacia adelante, consideradas las cosas desde el punto de vista de la reciprocidad. En ellas, se prevé la ayuda de la Unión Soviética para los cinco países a los que Inglaterra y Francia han prometido ya su garantía, pero no dicen nada acerca de la ayuda de estos Estados a los tres países situados en la frontera noroeste de la Unión Soviética y que pueden no estar en condiciones de mantener su neutralidad en caso de un ataque por parte de los agresores.

Pero la Unión Soviética no puede asumir ninguna obligación con respecto a los cinco países citados si no se le da ninguna garantía con relación a estos tres países situados en su frontera Noroeste.»

El «paso hacia adelante» no representa todavía un verdadero viraje de la política exterior inglesa y francesa. Sólo si la amplia opinión pública de Inglaterra y Francia se da todavía más claramente cuenta de la situación, en su aspecto político, y si se acentúa la lucha de las masas populares, y principalmente de los trabajadores, por conseguir que se abandone la vieja política traidora y profascista; sólo así podrá lograrse que cambie verdaderamente de rumbo la política inglesa y francesa, orientándose hacia el establecimiento de una colaboración

internacional de Inglaterra y Francia con el potente baluarte de la paz, con el poderoso Estado Socialista, para tener enérgicamente a raya a los agresores fascistas.

Inglaterra y Francia se hallan en la encrucijada. Y es sobre todo la *clase obrera* de estos países la que tiene conciencia de la inmensa responsabilidad que sobre ella pesa y ante la que se alza la gran misión de asumir resueltamente el papel dirigente que le asigna la actual lucha de todo el pueblo por imponer un nuevo rumbo en la política de Inglaterra y Francia, creando un dique internacional insuperable contra el fascismo y la guerra.



MINISTERIO
DE CULTURA

Los problemas del día

Un libro recorre el mundo.

En octubre de 1938, se apelotonaban delante de las librerías y de los quioscos de libros de la Unión Soviética grandes muchedumbres humanas. Aquellas gentes estaban en cola esperando a poder adquirir un libro que acababa de publicarse. En pocos días, se agotó la primera edición de este libro, una edición de varios millones, y las imprentas del País Soviético trabajaban sin descanso, día y noche, para lanzar rápidamente nuevas tiradas de millones de ejemplares. Desde entonces, este libro ha sido reeditado en nuevas y nuevas tiradas gigantescas y, en el XVIII Congreso del P. C. (b.) de la U.R.S.S., el camarada Chdanov pudo informar que se habían vendido ya unos doce millones de ejemplares en lengua rusa y hacia dos millones de ejemplares en las demás lenguas de la U.R.S.S. ¡Y esto, en cinco meses escasos!

Si hace falta un hecho palpable para convencer a los trabajadores del mundo entero del formidable auge, del formidable desarrollo político y cultural de los pueblos del gran País Soviético socialista para darles una idea de la inmensa apetencia de aprender, del interés político, de la amplitud del estudio del marxismo-leninismo y del amor y la abnegación por el partido de Lenin y Stalin, aquí tenemos este hecho: la venta de catorce millones de ejemplares de un libro, de la «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética.»

Desde la aparición de la «Historia del P. C. (b.) de la U.R.S.S.» y del acuerdo extraordinariamente importante tomado por el Comité Central del Partido de Lenin y Stalin con motivo de la publicación de esta obra, dando normas para transformar la propaganda del Partido, millones de hombres del País Soviético se dedican sistemáticamente a estudiar esta historia del bolchevismo, redactada en lenguaje popular, y la teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin, magistralmente resumida en sus páginas. Es éste un triunfo formidable y alentador de un libro y del Partido, cuyas experiencias se recogen en él.

Pero la «Historia del P. C. (b.) de la U.R.S.S.» no ha obtenido un triunfo sin precedente solamente en el País del Socialismo, sino que desde aquí este libro ha emprendido su marcha triunfal a través de los países capitalistas. No son solamente los comunistas, sino también las fuerzas progresivas antifascistas y democráticas de todos los países las que quieren conocer esta enciclopedia de las ciencias bolcheviques, las que quieren aprender de las formidables experiencias del Partido bolchevique triunfante cómo hay que luchar para vencer.

He aquí la explicación de por qué la «Historia del P. C. (b.) de la U.R.S.S.», en el poco tiempo que va transcurrido desde su apari-

ción en la Unión Soviética, ha sido traducida ya a veinticinco idiomas del mundo capitalista, de por qué se preparan nuevas traducciones y de por qué este libro ha encontrado, con una celeridad tan inaudita, el camino hacia las masas obreras.

Hasta hoy, la «Historia del P. C. (b.) de la U.R.S.S.» ha sido traducido a los siguientes idiomas de los países capitalistas: al inglés (dos ediciones), al francés (dos ediciones), al español, al italiano, al alemán, al polaco, al chino, al sueco, al holandés, al servio, al croata, al búlgaro, al rumano y al checo. Dentro de varias semanas o de varios meses, se editará en los siguientes idiomas: noruego, finlandés, danés, esloveno, japonés, mongol, hebreo, malaco, árabe y urdú (indio). Los obreros y trabajadores de casi el mundo entero y todo el movimiento obrero internacional organizado obtienen de este modo la posibilidad de estudiar la gloriosa historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S. y sacar de ella ricas experiencias y valiosas enseñanzas para su lucha de liberación. Del entusiasmo con que ha sido acogida en los países capitalistas la aparición de la «Historia del P. C. (b.) de la U.R.S.S.» dan idea los siguientes ejemplos:

El Comité Central del Partido Comunista de Francia tomó el acuerdo de difundir 300.000 ejemplares de este libro entre los trabajadores franceses. En pocas semanas, han sido vendidos cerca de 100.000. El Partido Comunista mantiene una buena campaña en la prensa y en conferencias de militantes para conseguir la meta trazada y hacer ver a las masas obreras de Francia lo que significa para ellas la «Historia del P. C. (b.) de la U.R.S.S.». En su discurso de apertura de la Conferencia del Comité Central y de los militantes de París y de su región, el camarada Mauricio Thorez declaró, el 12 de abril:

«Adoctrinados por el ejemplo del Partido bolchevique, nos hemos convertido en un gran Partido, cuya voz es escuchada por miles, por millones de trabajadores de Francia. Pero,

«la historia del Partido nos enseña, además, que el Partido no puede cumplir su misión de dirigente de la clase obrera, si, perdiendo la cabeza con los éxitos, comienza a vanagloriarse, si deja de advertir las deficiencias de su labor, si teme reconocer sus errores, si teme corregirlos a su debido tiempo, abierta y honradamente.» (pág. 421 de la edición española.)

Por eso debemos guardarnos del engreimiento. ¡Trabajemos para corregir nuestras deficiencias! ¡Aportemos cada vez más para nuestro pueblo, para la clase obrera, para el Partido! Y marchemos serenamente, tranquilos y fuertes, hacia las más duras luchas, seguros de la victoria final, pues «el estudio de la historia del P. C. (b.) de la U.R.S.S. fortalece la seguridad en el triunfo definitivo de la gran causa del Partido de Lenin y Stalin, en el triunfo del comunismo en el mundo entero.» (Pág. 4.)

La edición de la «Historia del P. C. (b.) de la U.R.S.S.» destinada a Inglaterra ha tenido que ser reimpresa ya dos veces. El movimiento obrero inglés demuestra un interés extraordinario por este libro marxista. La revista «Tribune», órgano de Cripps, escribía el 24 de febrero, bajo el título «El libro de la hora», entre otras cosas, lo siguiente:

«La gran importancia de este libro reside en que no se limita a exponer los hechos del pasado, sino que enseña cómo los bolcheviques abordaron

los problemas que se les planteaban y que son, en el fondo, muy parecidos a los que hoy se nos plantean a nosotros. La gran fuerza de los bolcheviques está en que han considerado siempre el socialismo científico, el marxismo, no como una serie de reglas fijas, sino como algo vivo, que crece y se adapta a las nuevas circunstancias... Este libro no es ningún plano en el que haya que seguir mecánicamente una raya tras otra, una acción tras otra. Pero los principios fundamentales de los bolcheviques y el modo cómo siguen los problemas de la política socialista han demostrado su justeza, al ser contrastados por la prueba inexorable del éxito.»

La «*Railway Review*», órgano del Sindicato ferroviario inglés, publica en su número de 5 de mayo una nota bibliográfica del libro, en la que se dice:

«La gran importancia de esta historia reside en las conquistas de los que han hecho y hacen la historia de Rusia, pues este volumen expone sus ideas y sus métodos. No se trata sólo del manifiesto de un Partido Comunista militante, sino de una síntesis y de una justificación de este Partido victorioso. Y quienes, en otros países, se ocupan de la transformación fundamental de la sociedad, no pueden permitirse ignorar las experiencias, los principios y la política de un partido que ha conseguido éxitos tan grandes.»

La primera edición de la «*Historia del P. C. (b.) de la U.R.S.S.*» publicada en los Estados Unidos fué de 100.000 ejemplares. Hoy, esta edición se halla ya casi agotada y se prepara una segunda edición con la misma tirada. No puede dudarse de que, con ello, este libro ejercerá una gran influencia sobre el desarrollo ulterior del Partido Comunista y del movimiento obrero en Norteamérica.

En Holanda, el Partido Comunista mantiene una campaña ejemplar en pro de la difusión y del estudio de este libro. La prensa del Partido contesta diariamente a numerosas cartas y consultas de obreros dedicados al estudio de la obra. La primera edición de la «*Historia del P. C. (b.) de la U.R.S.S.*» en Holanda ha sido de 25.000 ejemplares.

El Comité Central del P. C. de Bélgica ha acordado colocar 40.000 ejemplares del libro.

En Suecia, el Partido Comunista se ha propuesto vender 50.000 ejemplares, y los resultados conseguidos hasta ahora demuestran que ello es perfectamente factible.

Estos ejemplos revelan la acogida que ha tenido la «*Historia del P. C. (b.) de la U.R.S.S.*» por parte de los comunistas y de los trabajadores de los países capitalistas. En el poco tiempo que va transcurrido desde la aparición de las diversas ediciones, se han vendido en el mundo capitalista hacia 500.000 ejemplares de esta enciclopedia del saber fundamental marxista-leninista. «Con seguridad puede afirmarse que, desde que existe el marxismo, es el primer libro marxista que ha encontrado una difusión tan amplia» (palabras del camarada Chdanov en el XVIII Congreso del P. C. (b.) de la U.R.S.S.).

El camarada Stalin y el Comité Central del P. C. (b.) de la U.R.S.S. han puesto en manos de la clase obrera internacional y de los Partidos Comunistas de todos los países, con este libro, un arma poderosa. Hoy, son ya decenas de miles de hombres los que en los países capitalistas

se dedican al estudio de este libro; consigamos que las decenas de miles se conviertan en cientos de miles y en millones.

«Se halla aún en pie la tarea de estudiar sistemáticamente y de dominar de un modo efectivo este magnífico libro, esta enciclopedia de la ciencia marxista-leninista, esta encarnación viva de la gran teoría de Lenin y Stalin, y de ponerla a contribución, en todos sus aspectos, para la lucha de la clase obrera de los países capitalistas. Todo comunista, todo obrero progresivo, todo militante honrado del movimiento obrero, debe tener clara conciencia de que la condición fundamental y primordial para poder cumplir las tareas históricas de la clase obrera, consiste en que la vanguardia de esta clase domine y aplique efectivamente la teoría marxista-leninista, en que los combatientes del movimiento obrero y del movimiento antifascista del mundo se hallen pertrechados con la potente y victoriosa arma de la teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin.» (Dimitroff, «El País del Socialismo y la lucha del proletariado internacional», en «La Internacional Comunista», número 5, mayo 1939, pág. 20.)

A la luz de este libro que informa acerca de las luchas y los triunfos de los bolcheviques, la clase obrera internacional verá con más claridad que nunca el camino que conduce al socialismo, el camino del gran Partido de Lenin y Stalin. Y marchará por él.

A propósito de «reivindicaciones históricas».

El fascismo alemán ha inventado un supuesto «nuevo método» para preparar y justificar la sumisión por la fuerza de países ajenos y el sojuzgamiento de sus pueblos. Este «nuevo método» consiste en proclamar con gran aplomo las llamadas «reivindicaciones históricas» de Alemania. Hasta dónde se remontan estas «reivindicaciones históricas» es cosa en la que no coinciden ni los «discursos del Führer» ni la literatura y la prensa fascistas. Lo que sí es claro es que los fascistas alemanes hacen remontar siempre sus correspondientes «reivindicaciones históricas» sobre territorios ajenos precisamente a la época en que estos territorios se hallaban bajo la soberanía de Alemania o pertenecían a Alemania, dándoles lo mismo que esta época se halle separada de la nuestra por veinte años, por cien o incluso por mil. Se dan también casos en que los fascistas basan sus «reivindicaciones históricas» en aspiraciones alemanas de colonización de una región cualquiera del mundo, manifestadas en tiempos remotos. Sin embargo, los fascistas alemanes no reconocen como legítimos, en modo alguno, los tratados jurídicamente válidos concertados entre los pueblos.

Para dar más fuerza a sus llamadas «reivindicaciones históricas», los fascistas no vacilan en mantener todo género de afirmaciones mentirosas. Así, por ejemplo, han sostenido que los austriacos, por el hecho de hablar alemán, son una parte de la nación alemana, que el Estado austriaco tenía que perecer o ser anexionado por Alemania por carecer de independencia y de energía vital; que la región de los Sudetes era una antigua región alemana y que sus habitantes «querían

ser reincorporados al Reich»; que el Estado checoslovaco había pertenecido al «Sacro Romano Imperio», por cuya razón debía ser adjudicado a Alemania. En cuanto a los Estados bálticos, en torno de los cuales se agudiza cada vez más la lucha, se dice que hace 700 años se hallaban bajo la tutela de la Orden de los Caballeros teutónicos, razón por la cual deben ser incorporados a Alemania. Y en la cuestión polaca Hitler ha hecho valer también, reiteradamente, sus «reivindicaciones alemanas».

«Danzig es una ciudad alemana», brama Hitler a los cuatro vientos, olvidándose de decir que desde sus orígenes hasta el año 1308 Danzig perteneció a Polonia. En 1308, Danzig pasó a manos de la Orden Teutónica; en 1350 pasó a formar parte de la «Hansa». En 1454, Danzig se convirtió nuevamente en una ciudad polaca y lo siguió siendo hasta 1793, hasta el reparto de Polonia. Desde 1793 hasta 1807, Danzig perteneció a Prusia; de 1807 a 1813, la ocuparon los franceses y desde 1814 hasta 1920 volvió a formar parte de Prusia. En 1920, Danzig fué declarada Ciudad libre. Durante los 700 o más años que lleva de existencia, sólo ha pertenecido a Alemania durante unos 160 años.

Pero esto no impide a Hitler, ni mucho menos, proclamar también en la cuestión de Danzig sus «reivindicaciones históricas» y declarar que el problema de Danzig «deberá resolverse, naturalmente, más tarde o más temprano», y resolverse no «con arreglo a ningún viejo esquema, sino por un camino nuevo». Este «camino nuevo» de Hitler consiste en dirigir a Polonia, como hizo en su último discurso del Reichstag, la reivindicación de que «Danzig vuelva, como Ciudad libre, al marco del Reich alemán». El ministro de Propaganda Goebbels, secundando a Hitler, escribía en el «Völkischer Beobachter» de 13 de mayo que

«Danzig presenta una mayoría aplastante de población alemana» y que éste es «el punto decisivo».

¿Ocurría también así, señor Goebbels, en Checoslovaquia? Es indudable que en Checoslovaquia había una mayoría aplastante de población checa, lo que no fué obstáculo para que los fascistas alemanes invocasen sus consabidas «reivindicaciones históricas», sin renunciar, ni mucho menos, a Checoslovaquia por el hecho de que la mayoría de su población estuviese formada por checos y no por alemanes.

La reivindicación dirigida contra Polonia no es más que la continuación de la política que Hitler preconiza en su libro «Mein Kampf» y en sus discursos públicos. Así, por ejemplo, en octubre de 1930 declaraba:

«Necesitamos un millón de kilómetros cuadrados, que sólo podremos encontrar en el Este. Seré implacable con Polonia, a la que arrojaré de su territorio. ¡Que vayan a establecerse, si les parece, a la Siberia!»

Al principio, estas «reivindicaciones históricas», respaldadas por amenazas, producían cierta impresión a las grandes masas de los pueblos. Pero de entonces acá, este «nuevo método» se ha hecho dema-

siado diáfano; los pueblos empiezan a ver a través de este tejido agujereado y a descubrir las verdaderas intenciones de los fascistas alemanes. Comprenden que a Hitler no le interesa solamente Danzig y una carretera y una línea de ferrocarril que atravesase el pasillo polaco, sino que lo que quiere es cercar y sojuzgar a Polonia, porque la necesita para sus miras imperialistas en el Este. También el pueblo polaco ha comprendido cuáles son las verdaderas intenciones de Hitler y empieza a oponerse a ellas. La prensa polaca ha hablado ya de la «expansión imperialista alemana en Europa», y el señor Goebbels, deteniéndose a examinar esta semblanza que la prensa polaca hace de la Alemania fascista, no la niega, sino que, por el contrario, la defiende.

El lenguaje de los señores fascistas es cada vez más claro; las contradicciones se hacen cada vez más manifiestas. Las reivindicaciones territoriales contra Austria y contra la región de los Sudetes se hacían bajo el pretexto de «reincorporar al Reich» a los «hermanos alemanes del extranjero». Hoy, la prensa fascista y el propio señor Goebbels reconocen abiertamente que la finalidad que persiguen las anexiones alemanas es la de una «expansión imperialista de Alemania». De esto y no de otra cosa se trata en la cuestión de Danzig y del pasillo polaco o, para decirlo más claramente, en la cuestión de Polonia.

La prensa polaca, que ha penetrado en las intenciones de Hitler, cambia la puntería e invoca ahora «reivindicaciones históricas» no menos volubles de Polonia sobre territorios alemanes. Declara que Danzig es una ciudad polaca y afirma que la Prusia oriental se halla, histórica, geográfica y económicamente, unida por vínculos más fuertes con Polonia, por cuya razón debe volver a ser polaca. Exterioriza «reivindicaciones históricas» sobre Silesia y—desde un punto de vista histórico—puede acreditar que sus «reivindicaciones históricas» descansan en «derechos» más antiguos. Hasta mediados del siglo XII, los Estados bálticos pertenecieron a Polonia. En los tiempos de la Orden Teutónica, se libraron muchas luchas en torno a estos territorios. En la batalla de Tannenberg, en 1410, la Orden Teutónica sufrió una gran derrota y el tratado de paz de Thorn, concertado en 1466, adjudicó a Polonia toda la Prusia occidental, con las ciudades de Marienburg, Thorn, Danzig, Elbing y Kulm. Luis von Ehrlichshausen hubo de prestar al rey de Polonia Casimiro IV el juramento de fidelidad por la Prusia oriental. Hasta el triple reparto de Polonia, en los años de 1772, 1793 y 1795, no fueron adjudicados a Prusia los Estados bálticos. Al mantener hoy sus «reivindicaciones históricas», la prensa polaca no hace más que lo que la prensa alemana viene haciendo desde hace varios años. Lo que ocurre es que para los fascistas alemanes es nuevo que haya alguien que se atreva a esgrimir contra ellos los métodos de su invención. Las «reivindicaciones históricas» de Polonia han colocado en una situación poco airosa a la prensa alemana y al ministro de Propaganda fascista Goebbels. Este publicó en el «Völkischer Beobachter», de 5 de mayo, un artículo en el que, bajo el título «¿Quo

vadis Polonia?», da rienda suelta a su cólera a propósito de la cuestión polaca. En este artículo dice, entre otras cosas:

«Las cosas toman, indudablemente, un giro crítico cuando el «Express Poranny», de 14 de abril, escribe que todo ciudadano polaco debía llevar como grabado en su corazón un mapa de Polonia, trazado tal y como sería si Polonia gozase de las condiciones de vida necesarias para llevar una existencia fuerte y permanente... Aquí vemos germinar una megalomanía publicística de la que hay que esperar grandes cosas para el porvenir.»

Y más adelante:

«La «Polska Zbrojna», del 30 de abril, escribe que si bien es cierto que entre los ríos Oder y Elba sólo se alza hoy un cementerio de la vieja raza eslava, nadie sabe si la providencia no reservará un renacimiento nacional a esta raza germanizada.»

Y Goebbels cita columnas y columnas de la prensa alemana, sin saber cómo salir al paso de las «reivindicaciones históricas» de Polonia.

Y así, pone fin a su primer artículo sobre la cuestión polaca con estas miserables palabras:

«Si por hoy nos contentamos con el papel de simples registradores de una situación política, es, sencillamente, para no complicarla todavía más... El mundo mira hacia Varsovia y se pregunta, angustiado: ¿Quo vadis Polonia?»

En su artículo de 13 de mayo, Goebbels comete, aparte de los pasajes ya citados, algunas otras imprudencias. Fiel a su viejo método de brindarnos sorpresas, Goebbels escribe, el 13 de mayo:

«Sabemos que la prensa no es la política... La prensa suele decir lo que no quiere decir o lo que por el momento no puede decir la diplomacia.»

He aquí por qué los señores fascistas, en el plano de la política interior, hablan de incrementar el rendimiento, de movilizarse y sacrificarse por la «comunidad nacional»; porque al pueblo alemán «no se le puede decir»: iros amaestrando para la guerra. En el plano de la política exterior, hablan de «reivindicaciones históricas» y de «derechos históricos» sobre territorios extranjeros, para encubrir malamente con estas frases su expansión imperialista.

Sin embargo, el nuevo método de las «reivindicaciones históricas» no les ha dado a los fascistas los resultados apetecidos, porque, según ha dicho Rosenberg, cuyas palabras encontramos reproducidas en la «National-Zeitung», de Essen, de 3 de abril, no se ha realizado todavía «una transmutación de valores de la historia alemana y europea» y porque la empresa de «escribir de nuevo la historia universal... es obra de muchos, muchos años e incluso de muchos decenios». Sí, la historia universal habrá de escribirse de nuevo, pero indudablemente en otro sentido del que esperan los fascistas. La escribirán, no los puños sangrientos de los verdugos, sino las vigorosas manos de los pueblos, quienes, en la lucha histórico-mundial, opondrán a las «reivindicaciones históricas» de los bandoleros su derecho a gobernarse por

si mismos. El pueblo polaco no desea, ciertamente, conquistar Prusia, pero ha sido una idea acertada ésta de oponer a las desmedidas «reivindicaciones históricas» del fascismo alemán, reduciéndolas al absurdo, la invocación de otras «reivindicaciones históricas». Con el mismo derecho con que los fascistas alemanes reivindican Danzig, podrían los ingleses reivindicar Hannover, los suecos la Pomerania, los polacos Prusia y los franceses media Europa. No existe un «derecho histórico» a las conquistas. Sí existe, en cambio, un derecho elemental y vital de todos los pueblos a no consentir que los bandoleros fascistas se apoderen ni de una pulgada más de territorio y a impedir que sometan a su régimen de verdugos ni una ciudad ni un país más.

La lucha de tendencias en el Partido Socialista de Francia.

En el Congreso del Partido Socialista celebrado en Montrouge en diciembre de 1938, una mayoría de tres quintas partes del Partido se declaró en contra de la funesta política de capitulación ante el fascismo, en contra del pacto de Munich, que pocas semanas antes había sido aprobada por la fracción parlamentaria socialista en pleno (con la sola excepción de un diputado).

De la discusión mantenida en el seno del Partido Socialista, se desprende que el proceso político de clarificación de la masa de afiliados al partido durante los últimos seis meses—que, después de la traición perpetrada contra la República española, se han caracterizado por los nuevos avances de los agresores fascistas y por una política interior cada vez más reaccionaria del gobierno Daladier-Bonnet-Reynaud—ha hecho nuevos progresos. De una parte, las repetidas y amargas enseñanzas de los acontecimientos y de otra parte la lucha incansable del Partido Comunista contra la guerra y el fascismo, contra la política de Munich y por el fortalecimiento del frente popular, han hecho que muchos obreros socialistas se hayan ido acercando al punto de vista del Partido Comunista. Así lo revela el fortalecimiento de las relaciones fraternales entre los obreros socialistas y comunistas en las organizaciones de base.

Pero cuanto más se orientan los obreros socialistas hacia una política acertada, inspirada en los intereses de la clase obrera, mayor es la resistencia que ciertos dirigentes del Partido Socialista oponen a la unidad de acción del proletariado.

Las resoluciones y las discusiones preparatorias del Congreso de Nantes reflejaban los cambios operados en el Partido Socialista. De una parte, la resolución presentada por la mayoría revela una apreciación más exacta de la situación, si bien en sus conclusiones, sobre todo en lo que se refiere al frente único, sigue manteniendo considerables reservas. De otra parte, en la tendencia de Paul Faure, que sigue abrazando

la defensa de la política de Munich, se trasluce la intención de emplear todos los medios, llegando incluso hasta la escisión, para imponer al Partido Socialista una política contraria a los intereses de la clase obrera y que pondría por entero al Partido a remolque de la burguesía reaccionaria francesa, coaligada con el fascismo. Por lo demás, Paul Faure y todos los elementos dudosos, los restos de los grupos trotskistas expulsados del Partido y los demás provocadores de todas las calañas, que pululan todos en torno a él, se advierte, desde el Congreso de Montrouge para acá, una cierta aproximación «ideológica», por decirlo así, aproximación que se revela también en las resoluciones.

La «resolución Paul Faure» sigue defendiendo la política de Munich e intenta desplazar a las fuerzas democráticas la responsabilidad por la agresión de los dictadores fascistas. Salta especialmente a la vista el hecho de que esta resolución se inspira manifiestamente en ciertas «expresiones» e «ideas» fascistas. Habla de las «medidas para un nuevo reparto de las materias primas», de la «solución del problema de la superpoblación», etc., sin decir cómo ha de hacerse esto y sin deslindar ni en lo más mínimo los campos para que sus puntos de vista no se confundan con las reivindicaciones fascistas, formuladas en idénticos términos. Habla, asimismo, de «colaboración económica» (indudablemente, al modo de la «colaboración» entre Checoeslovaquia y Alemania, entre Austria y Alemania o entre Albania e Italia). Finalmente, justifica ya de antemano las agresiones fascistas que se preparan, al declarar que las medidas que «determinarían el derrumbamiento de los Estados totalitarios» podrían «empujar a los dictadores a la guerra». Con esta defensa descarada de los agresores fascistas, Paul Faure escamotea el hecho de que en los Estados totalitarios existen dos clases y no distingue para nada entre la clase capitalista, que sería la que se «derrumbase económicamente», y la clase obrera, a la que esto libraría de sus cadenas y que haría fracasar los planes de guerra de los dictadores.

Característico de la resolución de Paul Faure es también lo que no dice. Esta resolución no habla ni de la Unión Soviética ni de la necesidad de un bloque de paz entre ésta y los Estados no agresivos. Se expresa con una vaguedad intencionada al hablar de la unidad de acción y del frente popular. Y silencia el peligro del fascismo en el interior del país.

La resolución de los amigos del trotskista Pivert que siguen dentro del Partido Socialista completa con un cinismo todavía mayor la resolución de Paul Faure. Descubre en el discurso de Hitler del 28 de abril la base para una «discusión» con los fascistas, califica las agresiones del Eje Berlín-Roma-Tokio contra China, España, Checoeslovaquia, Austria y Albania de «conflictos imperialistas entre dos bloques enemigos», repite las afirmaciones fascistas acerca del pretendido carácter «anticapitalista» de la dictadura fascista, aprueba a Hitler al decir que el dominio de Alemania en el sudeste de Europa es «inevitable» y declara en general ¡que desea mantener un punto de vista «objetivo» frente al

fascismo! ¡Eso es lo que entienden los trotskistas por «restauración» del socialismo!

Había, además, otras resoluciones, como la del llamado «pacifismo integral», que no son más que un revoltijo de necesidades provocadoras. ¡Y no digamos nada de la mezcla inextricable de resoluciones, enmiendas, propuestas y contrapropuestas que, diciendo abogar por una «conciliación», por una «síntesis», etc., no perseguían más finalidad, a la vista de la preocupación de los socialistas sinceros por la unidad del partido, que aumentar la confusión e impedir el necesario esclarecimiento!

Los enemigos de la clase obrera y de la democracia han procurado animar por todos los medios a Paul Faure y a su séquito. Déat, esta turbia figura, al que no hace mucho que felicitaba Goebbels por su campaña a propósito de Danzig, tuvo la amabilidad de dar al Partido Socialista sus «meditados» (sí, meditados por los fascistas) consejos: manteneos en el pacifismo, les dijo, pues ese es «el camino natural que el socialismo debe seguir». Paul Faure-Déat-Goebbels: en estos nombres se encierra todo un programa.

Muchos miembros activos del Partido Socialista apuntan el peligro que semejante política encierra para el partido y se muestran doloridos de que su partido «ya no desempeñe el papel que debía desempeñar en el país». La cosa es tanto más peligrosa cuanto que la reacción registra ahora ciertos progresos, como revelan algunos de los últimos resultados electorales.

Sin embargo, no podemos siflenciar que la labor de descomposición realizada por los agentes hitleriano-trotskyistas dentro del Partido Socialista es facilitada también por el hecho de que tampoco en los líderes de la mayoría socialista encuentra el eco que debiera el grande y creciente anhelo de unidad de las masas por la unidad de acción con el Partido Comunista. Indudablemente, es ya un progreso el que Blum subraye en su resolución la necesidad de

«animar en las masas populares ese espíritu de resistencia contra la injusticia y la opresión, que constituye uno de los elementos del socialismo», o el que anatematice el fascismo como

«la causa directa e inmediata de la guerra que amenaza cada vez más a Europa»,

declarando que los dictadores fascistas son, hoy, «los únicos agresores posibles».

No se debe, sin embargo, olvidar que la unidad de acción con el Partido Comunista, que viene luchando desde hace tiempo por esta concentración de fuerzas, tan imperiosamente reclamada por una gran parte de los obreros socialistas, ha sido llevada tácitamente a la vía muerta, en estos últimos meses, por los dirigentes del Partido Socialista. Y la misma resolución de Blum muestra poco entusiasmo por la unidad de acción.

Pocos días antes del Congreso socialista de Nantes se reunió el Comité Central del Partido Comunista. ¡Qué contraste entre estas dos reuniones! Mientras que los enemigos de la clase obrera han conseguido llevar al seno del Partido Socialista la confusión de los estatutos y de los acuerdos, para hacer fracasar una discusión verdaderamente política de los grandes problemas del proletariado, el Comité Central del Partido Comunista, basándose en un claro análisis de la situación y de su desarrollo, traza la perspectiva y da las soluciones adecuadas para conseguir la unidad de la clase obrera y de todas las fuerzas democráticas de Francia y su victoria sobre el fascismo. Plenamente consciente de la misión y de la responsabilidad de la clase obrera en el desarrollo político general de Francia, así como de la importante misión que este país desempeña en su lucha mundial para lograr la victoria sobre el fascismo, Maurice Thorez dirigió a Léon Blum el siguiente llamamiento:

«Camarada Léon Blum! La suerte de la clase obrera depende en buena medida de usted; de usted depende, ante todo, la vuelta a la práctica eficaz de la unidad de acción.»

De desear es que este llamamiento sea escuchado y que el Partido Socialista dé pruebas de la misma confianza que el Partido Comunista en las masas, en «el entusiasmo de las masas populares, que es la primera premisa para el éxito».

¿Pueblo sin espacio?

Los fascistas alemanes han propagado en miles de publicaciones, panfletos, artículos y discursos la tesis de que el pueblo alemán es un «pueblo sin espacio». Y no cesan de querer justificar su «derecho a la conquista» y su petición de colonias con la afirmación de que Alemania está demasiado poblada y de que el pueblo alemán necesita nuevo espacio de colonización. Todavía en su discurso del 28 de abril de este año ante el Reichstag, Hitler declamaba que la situación del presidente de los Estados Unidos era «infinitamente más fácil», ya que Norteamérica no tenía la misma densidad de población que Alemania, y le gritaba demagógicamente:

«Usted tiene la suerte de no tener que alimentar apenas más que quince individuos por cada quilómetro cuadrado de su país... Gracias a la extensión de su territorio y a la fertilidad de sus campos, puede usted asegurar a cada norteamericano diez veces más viveres que Alemania. La naturaleza se lo consiente. A pesar de que el número de habitantes de su país excede en un tercio del censo de población de la Gran Alemania, disponen ustedes de quince veces más espacio vital que nosotros.»

Por tanto, si queremos tomar en serio las palabras de su «Führer», resultará que Alemania tiene excesivos habitantes, lo que la obliga a deshacerse de una parte de ellos. Fácilmente se imagina uno el asombro de los alemanes cuando, pocos días después de pronunciado aquel discurso, el «Völkischer Beobachter» les explicaba que Alemania no era

precisamente «un pueblo sin espacio», sino, por el contrario, un «espacio sin pueblo». Después de decirles miles de veces que Alemania padecía de superpoblación, de pronto viene el «Völkischer Beobachter» y les asegura lo contrario. En efecto, en su editorial de 4 de mayo del año actual, leemos:

«Nuestra misión consiste en hacer que aumente nuestra cifra de población, hasta que ella sola se halle a la altura de la nueva importancia política del Reich.»

Y el autor de este desconcertante editorial, el altamente oficioso Dr. Fritz Nonnenbruch, intenta convencer a sus lectores con un ejemplo tajante; para lo cual escribe:

«Si comparamos la situación actual del Reich con un zapato y su cifra de población con el pie, vemos que éste es demasiado pequeño para aquél. O crece el pie o tendremos que resignarnos, con el tiempo, a que el zapato se adapte a él.»

Hasta ahora, los fascistas alemanes se habían lamentado continuamente de que el zapato era pequeño y les apretaba; de que había que ensancharlo para que el pueblo alemán pudiese vivir holgadamente. El fascismo alemán les curtió la pelleja a los austriacos y a los checos para ensancharse su zapato, y ahora nos enteramos, de pronto, de que el zapato que calza Alemania es demasiado grande y de que su pie tiene que crecer para adaptarse al nuevo «espacio vital». Mientras que Hitler hacía ver al presidente de los Estados Unidos que el pueblo alemán tenía poco «espacio vital», Nonnenbruch hace ver al pueblo alemán que es necesario que crezca para adaptarse a su «espacio vital», excesivamente grande. Mientras que Hitler clama por colonias en nombre del «exceso de población», Nonnenbruch se queja del «déficit de población» y ordena a los hombres y a las mujeres alemanes que pongan fin al «liberalismo» en materia de amor y se lancen también en este terreno a una «batalla», a la «batalla de la procreación». Y amenaza y echa pestes como un sargento de la erótica convertida en rama de la economía de guerra:

«Hemos derrotado al liberalismo en todo el frente. Pero todavía no le hemos desalojado de la posición más peligrosa: esta posición es la falta de voluntad de engendrar niños...»

No nos parece que sea correcto representarnos demasiado plásticamente esta «posición», «la más peligrosa del liberalismo», y preferimos retirarnos, con Nonnenbruch, de este sector del frente a la retaguardia de Berchtesgaden, donde no se adolece, ciertamente, de «falta de voluntad» respecto a los niños... de otros.

«El hecho de que el incremento del censo de población quede por debajo de los éxitos conseguidos por la dirección nacionalsocialista, indica que el pueblo no está todavía a la altura de su dirección...»

Lo característico de esta dirección es exigir de los demás lo que ella misma deja de hacer. Esta dirección, a la que todo lo humano es

ajeno, exige del pueblo que realice el más humano de los actos con la misma frialdad mecánica con que se fabrican cañones y se desencadena el incendio de la guerra. La dirección suministra la guerra, el pueblo debe suministrar los hombres para hacerla: tal es la división del trabajo que reina en la Alemania hitleriana. La dirección suministra un zapato tan grande, que el pie se llaga dentro de él; el pueblo debe preocuparse de aumentar la descendencia, procreando hijos para los que, si bien no existe leche ni manteca, existe en cambio la perspectiva de ver cómo el «espacio vital» no habitado se transforma en una sepultura de masas pobladísima.

El alcalde de Wattenscheid, en la región del Rhur, ha tomado algunas medidas encaminadas a conseguir un rápido «incremento del censo de población» y a desalojar al liberalismo de su «posición más peligrosa»; medidas que el «Schwarse Korps» recomienda como dignas de ser imitadas. Este político fascista de la procreación promete a cada mujer soltera un precio de 500 marcos por cada «acto fructífero de procreación» y hace saber a todas las interesadas que el municipio pondrá a su disposición hombres «aptos para procrear, por sus condiciones de salud y de raza». La zoología triunfa sobre la humanidad. Las mujeres y los hombres se convierten en animales de raza emparejados para la procreación y premiados por cada «acto fructífero». En la Alemania hitleriana, el hombre no tiene más valor que el de simple accesorio de un «espacio vital» imperialista que hay que cubrir de industrias de guerra, de fortificaciones y de bestias de trabajo. El amor es un elemento integrante de la economía fascista de guerra, ni más ni menos que las minas, y la orden es, lo mismo para el amor que para lo demás: «aumentar el rendimiento».

A la vista de esta flagrante contradicción entre el tópico de «pueblo sin espacio» y el tópico de «incrementar el censo de población», hasta el más ciego se dará cuenta del descaro con que le engaña el fascismo alemán. En vez de crecer a la fuerza, sangrando y haciéndose llagas, para adaptarse al zapato de la Gran Alemania, zapato que, según confesión de los propios fascistas, es demasiado holgado, el pueblo alemán debiera darse cuenta de que su pie no es demasiado grande ni demasiado pequeño para asestar a los impostores fascistas un magnífico puntapié.

La colonización de Hungría por el fascismo alemán.

Cuando la Bohemia y la Moravia fueron ocupadas por los ejércitos del fascismo alemán, los periódicos de los chovinistas húngaros se burlaban del pueblo checo, diciendo que este pueblo, traicionado por la burguesía, se había entregado al conquistador sin desenvainar la espada. Estas palabras de burla querían dar a entender cautelosamente que, en caso de ser atacados, los círculos dominantes de Hungría harían resistencia a los apetitos conquistadores de Hitler.

¿Y qué ocurre hoy en Hungría? El país de «San Esteban» no ha sido ocupado por las tropas alemanas. Hungría no ha sido declarada «protectorado» de Alemania. Hitler no ha aparecido en el castillo real de Budapest para recibir el juramento de fidelidad del alcalde de la capital. Por el contrario. La prensa de Goebbels no se cansa de alabar la pericia y la valentía militares del «noble amigo húngaro». Y los corifeos del gobierno húngaro hablan de la «íntima amistad» germano-húngara, «amistad» que equivale «casi» a una alianza.

Sin embargo, detrás del abigarrado telón de estas protestas de amistad se va desarrollando paso a paso el proceso de la completa sumisión política y económica de Hungría a la dominación de la Alemania de Hitler. Y hasta parece que Horthy y Teleky abrigan la intención de superar la traición de sus colegas checos Hacha y Chvalkovsky.

El gobierno húngaro exigía, como condición previa para la seguridad y la independencia de Hungría, la anexión a este país de la Ucrania subcarpática y el restablecimiento de la frontera común polaco-húngara. Esta reivindicación era apoyada no solamente por Alemania, sino también por aquellos sectores del pueblo húngaro que todavía creían en la sinceridad de los círculos dominantes de Hungría cuando declaraban que su mira era defender la independencia del país.

Hitler se opuso a esta reivindicación del gobierno húngaro hasta que Horthy le dió garantías de que Hungría no abrigaba la intención de utilizar la frontera carpática como punto de apoyo de la resistencia polaco-húngara, como frente para oponerse a los planes fascistas de conquista. Hitler no se decidió a ceder a Hungría un trozo del botín hasta que el gobierno húngaro no hubo renunciado definitivamente a una política exterior propia, hasta que Hungría, mediante su adhesión al «pacto antikomintern», no se hubo encadenado fuertemente al Eje Berlín-Roma.

Hitler prepara ahora un ataque contra Polonia. Para esto, piensa valerse de los servicios de Hungría. Para aturdir al pueblo húngaro, se vuelve a airear la consigna de la revisión del tratado de Trianón. Hitler piensa utilizar para ello a Eslovaquia como calderilla.

Según el plan criminal de los promotores de la guerra, se trata de que Hungría se anexe Eslovaquia. ¿Con qué habrá de pagar Hungría este «favor» a su «protector» alemán? Después de renunciar a su independencia en materia de política exterior, Hungría habrá de someterse al fascismo alemán también en el terreno militar y económico. Hungría habrá de sellar con Alemania una unión aduanera y «reorganizar» su economía en interés y a tono con las necesidades de la economía de guerra alemana. El ejército húngaro deberá colocarse bajo el control del estado mayor general de la Reichswehr y «reorganizarse» bajo la dirección de consejeros militares alemanes. Y, para tener a raya a la retaguardia húngara, la Gestapo se encargará de «reorganizar» también la policía del país.

Aunque el gobierno húngaro desmienta estos «planes de reorgani-

zación», los acontecimientos producidos en Hungría demuestran que son rabiosamente reales.

En Hungría se desarrolla una campaña sistemática contra Eslovaquia. La situación de los húngaros en Eslovaquia se hace aparecer «insostenible». Se «demuestra», en largos artículos de carácter científico, la incapacidad vital de Eslovaquia. En las fronteras eslovacas se concentran tropas húngaras. Se atiza en la opinión pública de Hungría un ambiente chovinista para preparar la marcha sobre Eslovaquia.

La transformación de Hungría en un apéndice agrario de la Alemania de Hitler está en marcha. El gobierno húngaro mantiene, en este asunto, un lenguaje bastante claro. El ministro húngaro de Comercio e Industria, Kunder, ha declarado en un discurso que Hungría tenía que tomar en consideración el hecho de que es un país exportador de productos agrícolas. Hungría envía ya—dijo este ministro—el 65 por 100 de sus exportaciones a los países del Eje, y esta cifra habrá de aumentar todavía más en el porvenir. Pero los países del Eje no pueden pagar las mercancías húngaras con divisas, pues carecen de ellas. Por eso Hungría debe aceptar, en pago de sus productos agrícolas, mercancías industriales, tanto más cuanto que la industria húngara no puede abastecerse de materias primas importadas, por falta de divisas. ¿Qué hacer, entonces, con la industria húngara? Deberá desmontarse en gran parte, dejándose en pie solamente aquellas fábricas que tienen «derecho a la existencia» por abastecerse de materias primas dentro del país; es decir, principalmente, las industrias agrícolas y una parte de la industria de armamento. Los enterradores del pueblo húngaro no ignoran, naturalmente, que la realización de estos «planes económicos» significaría la ruina de cientos de miles de obreros y de pequeños burgueses. He aquí por qué presentan un plan de «fomento de la pequeña industria», un plan para «colocar en la pequeña industria a los obreros industriales». Fácilmente se comprende que este plan no puede ser tomado en serio por nadie, en Hungría.

El estrangulamiento de la gran industria húngara haría retroceder un siglo el desarrollo económico y cultural del país y equivaldría a la pérdida total de su independencia.

Los agentes de Hitler en Hungría saben que la divulgación de estos planes fascistas les privaría de toda perspectiva de conseguir una base de masas entre los obreros, entre las masas de millones de campesinos pobres y entre la pequeña burguesía de la ciudad.

Las consignas de la demagogia fascista contra el gran capital judío son interpretadas en Hungría, poco a poco, como consignas dirigidas contra la industria, contra uno de los pilares más importantes de una Hungría independiente. Una parte de la burguesía industrial verase obligada, a la fuerza, a seguir por lo menos con simpatía la lucha de los obreros contra Hitler.

Los agentes de Hitler en Hungría luchaban hasta hace poco por atraerse a los campesinos pobres mediante la consigna del reparto de

los latifundios entre los campesinos privados de tierras o con pocas tierras. El miedo a la confiscación de sus propiedades empujó a una gran parte de los grandes terratenientes húngaros al campo de los adversarios de la dictadura fascista, a las filas de los defensores de la Constitución y de la independencia del país. Al frente del movimiento «en defensa de la Constitución» y del «bloque de la independencia» hallábase grandes terratenientes como el conde Stefan Bethlen, el conde Julio Karoly, el conde Antón Sigray, Alejandro Stranyardy y otros.

Pero como las potencias del Eje tienen su mirada puesta cada vez más fijamente en el producto principal de la gran propiedad húngara sobre la tierra, en el trigo de Hungría, Hitler y Mussolini están interesados en que se conserven en este país los latifundios. He aquí por qué se ha abandonado de golpe la demagogia agraria fascista contra los grandes terratenientes. Los «cruces de flechas» declaran en su nuevo programa que la conservación de la gran propiedad sobre la tierra es necesaria «en interés de la producción». Y se muestran de acuerdo con el «plan de reforma» del gobierno, consistente en reivindicar para fines de colonización, en el transcurso de los dos años próximos, solamente unas 800.000 hectáreas de tierras, la mayoría de las cuales se hallan en manos de judíos y de extranjeros. Este misero plan de colonización habrá de sustituir aquella «amplia reforma agraria» del gobierno de Imredy, anunciada a bombo y platillos.

Los grandes terratenientes toman nota con satisfacción de la actitud del fascismo hitleriano respecto a los latifundios y se apresuran a abandonar las filas de los defensores de la Constitución y de la independencia del país. Karoly, Bethlen, Sigray, Stranyardy y otros conocidos líderes del «bloque de la independencia» se retiran de la vida política bajo los más fútiles pretextos y declaran incluso que se abstendrán de la lucha electoral. Tranquilizados por las promesas de Hitler de no tocar a la gran propiedad de la tierra, los señores magnates agrarios abandonan al fascismo alemán el pueblo húngaro, la Hungría independiente.

El abandono de la independencia de Hungría, la liquidación de la industria húngara y la conservación de los latifundios serían cuestiones de vida o muerte para el pueblo húngaro. Detrás de ellas acechan la miseria en masa y el hundimiento de la clase obrera, salarios de hambre, trabajo de plantaciones y renuncia a toda esperanza de obtener tierras para los campesinos pobres. Detrás de ellas se alza una existencia sin porvenir para los intelectuales trabajadores y para las gentes modestas. Detrás de ellas se esconde un peligro de muerte para la lengua húngara y para la cultura húngara. Detrás de ellas está la colonización de Hungría.

Para vencer la resistencia del pueblo húngaro contra los planes fascistas de colonización, el gobierno Teleki ha mantenido, en la campaña electoral, una cruzada de exterminio contra la democracia, y en primer término contra la clase obrera. Con la campaña electoral se ha tratado de preparar la implantación del sistema de un solo partido, del

sistema de la «totalidad». Para ello, se han empleado contra el Partido socialdemócrata y contra la oposición democrática todos los medios del terror.

Para entorpecer la lucha de la clase obrera, Teleki ha puesto los sindicatos bajo la dirección de comisarios del gobierno, iniciando de este modo su «sincronización».

Ni la misma prensa de los fascistas húngaros puede silenciar que la propaganda electoral de los socialdemócratas encontró gran eco entre las masas trabajadoras. Los socialdemócratas húngaros han lanzado como consigna electoral la consigna de defender la independencia de Hungría, de defender la industria húngara, la reforma agraria y las reivindicaciones sociales de las masas, haciendo con ello suyos los intereses vitales del pueblo húngaro. La lucha que mantienen los obreros es, en efecto, una lucha por la existencia nacional de su pueblo. Los fascistas alemanes saben muy bien que, al destruir la industria del país, diseminando con ello a la clase obrera y acabando con la intelectualidad burguesa, rompen el espinazo de la nación húngara. Checoeslovaquia fué convertida en colonia por medio de la fuerza militar; a Hungría se trata de convertirla en colonia de la Alemania hitleriana por medio de la desmembración económica y de la destrucción de la industria, que es la base de las naciones modernas. Si el fascismo alemán consigue llevar a la práctica este plan, con ayuda de los corrompidos magnates húngaros, Hungría descenderá a una situación peor que la de Checoeslovaquia. Un pueblo cuya clase obrera y cuya intelectualidad burguesa se dispersan por la ruina de la industria y que desciende a la fase de la servidumbre agraria, este pueblo se levantará más difícilmente contra la dominación extranjera que aquel que puede apoyarse para ello en la fuerza concentrada de los obreros industriales. Por eso la clase obrera húngara, al defender las bases industriales del país y al reclamar una reforma agraria, no lucha solamente por sus más genuinos intereses de clase, sino también por los intereses más sagrados de la nación húngara.

Las mujeres de China en la lucha.

Hace ya cerca de dos años que China se ve asolada por la guerra desencadenada por la pandilla militarista japonesa, con el designio de someter a su dominación a 400 millones de chinos y de arrebatar un inmenso territorio con grandes riquezas naturales. El pueblo chino se ha unido y se ha fortalecido en la lucha contra los bandoleros fascistas del Japón imperialista. A este proceso de unificación, que es la premisa de la fuerza del pueblo chino, ha contribuido decisivamente el Partido Comunista de China. También ha aportado la parte más considerable a la movilización de las masas para la resistencia contra el agresor japonés. Un pueblo que ha vivido durante largos siglos sumido en la mayor miseria y en la más dura esclavitud, se ha despertado a una nueva vida y ha comenzado a luchar por su libertad.

«La guerra de China es la más importante de las guerras de liberación nacional en los países semicoloniales que conoce la historia. Contribuye a acrecentar todavía más su importancia el hecho de que, en ella, el pueblo chino lucha contra un Estado imperialista que desempeña el papel de gendarme de toda la reacción mundial en el Extremo Oriente. En el proceso de esta lucha, el pueblo chino ha logrado poner término a las discordias intestinas que desgarraban el país y va forjando la unidad de toda la nación, que es lo que más han temido siempre los imperialistas... Las fuerzas japonesas ocupan las líneas ferroviarias y los centros urbanos, pero el inmenso territorio del país, con el pueblo chino que lo habita, sigue estando bajo la autoridad del Gobierno nacional chino. En la retaguardia de las tropas japonesas, sigue gobernando la administración china, se mantienen en vigor las leyes chinas y se hacen movilizaciones para engrosar las filas del Ejército nacional. Corre de boca en boca la consigna de la guerra nacional china: «Si cae en la lucha el padre, ocupará su puesto el hijo, el hermano sustituirá al hermano y la viuda ocupará el puesto del marido». (D. Manuilski, Informe presentado al XVIII Congreso del Partido por la delegación del P. C. (b.) de la U.R.S.S. en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.)»

Mientras que las mujeres del Japón imperialista trabajan como esclavas para que otros se enriquezcan y los padres tienen que vender a sus hijos por una cuantas monedas a los propietarios de las fábricas para poder seguir haciendo frente a la vida a duras penas durante un poco tiempo más, las mujeres chinas han conquistado prácticamente, durante la guerra de defensa de su patria, la igualdad de derechos con el hombre. Marchan mano a mano con los hombres de China en la lucha por su libertad completa. En el frente y en la retaguardia, en la ciudad y en la aldea, entre los obreros y entre los intelectuales, en todos los sectores sociales y en todos los lugares de este territorio gigantesco, vemos a la mujer incorporada a la lucha para la salvación de la patria. Obreras y campesinas que antes eran completamente desconocidas se han convertido en heroínas del pueblo.

La comandante Tsai I Fai, que a fines de 1937 levantó en la provincia de Chansi un destacamento de guerrilleros de 300 hombres, manda hoy más de 1.500 guerrilleros. En marzo de este año, su destacamento de guerrilleros se enfrentó en una dura batalla con los japoneses, haciéndoles 70 muertos y muchos heridos. En esta batalla, los guerrilleros se apoderaron de 130 fusiles y de otras clases de material de guerra. «Una parte de este regalo se la devolveremos a los japoneses», declaró Tsai I Fai, y ha cumplido su palabra. Este grupo de guerrilleros, capitaneado por una mujer, ha vuelto a mantener a raya más de una vez a los japoneses.

Otra figura muy conocida y muy querida es la de la heroína japonesa Wan San, que manda un destacamento de 2.000 guerrilleros. El año pasado, luchó durante dos semanas seguidas contra las tropas japonesas, a las que por último derrotó y puso en fuga.

En la Academia político-militar del VIII Ejército Popular revolucionario, en Yenán, estudian, solamente en el tercer curso, 400 mujeres, instruyéndose para ocupar puestos de mando en el Ejército Popular. Y el número de mujeres que se instruyen en esta Academia para aprender el arte de la guerra es todavía mayor en los cursos posteriores.

Antes de celebrarse los exámenes del año pasado, se organizaron unos ejercicios de maniobra bastante difíciles, que comprendían una serie de modalidades del ataque y la defensa, de avance y de repliegue. En estos ejercicios tomó también parte un destacamento de mujeres, que debía ejecutar las mismas pruebas que los hombres. A pesar del esfuerzo físico de aquellos ejercicios, efectuados en terreno montañoso, todos, hombres y mujeres, cumplieron a la perfección su cometido. Ninguno se quedó atrás. Los que tomaron parte en estas maniobras recibieron el siguiente testimonio:

«Los objetivos trazados en estos ejercicios de maniobra han sido alcanzados ciento por ciento. Las maniobras han demostrado que todos los alumnos de la Academia disponen de buenos conocimientos militares y serán magníficos cuadros para el Ejército Popular chino. Todos los alumnos pueden ocupar el puesto de jefes de sección y de compañía en el Ejército anti-japonés.»

Después de las maniobras, los alumnos convivieron con los campesinos. Charlaron con ellos en un plano de camaradería, editaron periódicos murales, organizaron funciones y representaciones teatrales, cantaron y bailaron en unión de los campesinos. Las campesinas de las aldeas situadas en el terreno en que se celebraron las maniobras tuvieron como huéspedes a los que tomaron parte en ellas y les ayudaron en todo género de trabajos.

La guerra actual de China no exige solamente expertos combatientes en los frentes, sino que plantea también grandes exigencias a la población de la retaguardia. La guerra contra el Japón sólo puede ganarse si todo el pueblo contribuye a la victoria. Para incorporar a todo el pueblo a la defensa de la patria contra los agresores japoneses, hay que elevar el nivel material, político y cultural de todo el pueblo. En todos estos trabajos toman parte, en una gran proporción, las mujeres.

En toda China se han formado organizaciones femeninas «para la salvación de la patria». Solamente en el norte de China, existen organizaciones femeninas en 8.000 aldeas. En las regiones fronterizas de Chansi, Chajar y Hupeh, las organizaciones femeninas antijaponesas engloban a 6 millones de mujeres, en su mayor parte campesinas. La actividad de estas organizaciones es muy variada.

Organizan colectas para la defensa y reúnen ropas de abrigo para los combatientes. Ayudan al Ejército Popular, a los guerrilleros y a los refugiados, organizan escuelas para la población, crean destacamentos de la Cruz Roja y de autodefensa, asisten a los enfermos, cosen y lavan la ropa de los soldados, organizan grupos infantiles, editan periódicos murales, etc. Frecuentemente, son también mujeres las que asumen la peligrosa tarea de difundir la literatura antijaponesa y los manifiestos contra el invasor en las regiones ocupadas por los japoneses; y, cuando es necesario, toman parte también, como hemos visto, en los combates de guerrillas.

En la línea ferroviaria de Peiping a Hankau, las mujeres anti-

japonesas se asignaron una misión especial para perturbar a los intrusos japoneses. Esta misión consistía en destruir concienzudamente la línea telefónica de los invasores. Con este fin, establecieron un plan de emulación para ver quien derribaba más postes telefónicos en una noche. Las vencedoras en este pugilato fueron dos chinas de 17 años, cada una de las cuales derribó 36 postes.

Aunque durante la guerra de liberación todas las fuerzas se emplean en la defensa de la patria, en estos momentos precisamente hay cerca de 200.000 campesinas chinas que están aprendiendo a leer y escribir. En el Japón imperialista-fascista se estrangula cada día más el trabajo cultural y educativo; en cambio, en China, este trabajo cobra proporciones cada vez más amplias en el transcurso de la misma lucha. La conocida actriz de cine, escritora y pintora Wan In transmite su arte y su saber al pueblo y a los combatientes del Ejército Popular. Es una de las organizadoras del grupo teatral «Salvemos a China», cuyos miembros —actores, dramaturgos, músicos, pintores— han desarrollado una gran labor de agitación y propaganda. Este grupo ha recorrido ya toda China. Los que lo componen sólo retienen una parte de los ingresos, exclusivamente la parte necesaria para poder comer y continuar su tournée, destinando el resto al fondo nacional para ayudar a la resistencia armada.

Podríamos aducir muchos más brillantes ejemplos de la participación de las mujeres chinas en la lucha para la salvación de su patria. Todos ellos contribuirían a demostrar, abundando en lo expuesto, que la audacia y la decisión con que la casi totalidad del pueblo chino hace frente a los opresores japoneses y con que el Ejército Popular revolucionario de China, en unión de los guerrilleros, ha comenzado a reconquistar las regiones invadidas por los japoneses, garantizan el triunfo del pueblo chino.

Pero la victoria del pueblo chino sobre el peor de los enemigos de la humanidad, sobre el fascismo, podría ser más fácil y los sacrificios de las mujeres chinas podrían dar todavía mayores frutos, si China contase con una ayuda más eficaz por parte del extranjero. Quien ame la paz y la libertad debe demostrar sin demora su solidaridad humana, apoyando su lucha, a los cientos de miles de hombres y mujeres que en China exponen su vida por la causa de la paz y de la libertad. Hay muchas posibilidades de luchar contra el fascismo. Una de ellas consiste en apoyar de un modo práctico al pueblo chino, que lleva ya cerca de dos años batiéndose heroicamente contra el fascismo japonés, impidiendo con ello los nuevos avances del fascismo en Oriente. Las mujeres de todos los países deben participar también activamente en la obra de ayuda a China. Será ésta la mejor manera de rendir homenaje a las hazañas heroicas de las mujeres chinas.

P. WIEDEN.

Las mudanzas del nacionalismo burgués

De los jacobinos a los «muniqueses»

De una parte, el sojuzgamiento de los austriacos, de los checos, de los eslovacos, de los albaneses, de los abisinios y, por último, también de los españoles, y de otra parte la lucha de liberación nacional del pueblo chino, pueblo de 400 millones de almas, contra los imperialistas japoneses y la guerra de liberación nacional de los pueblos oprimidos contra la dominación extranjera fascista; todos estos acontecimientos obligan a la clase obrera a dedicar la más grande atención al problema nacional.

El recuerdo de la Revolución francesa, que hace ciento cincuenta años barrió el podrido feudalismo y abrió una nueva era histórica, es para la clase obrera un aliciente más para ahondar en los agitados problemas de la cuestión nacional. Los fascistas alemanes e italianos han declarado la guerra a muerte a las ideas y a los resultados de la Revolución francesa. La burguesía reaccionaria de todos los países, entre los que no figura en último lugar Francia, se muestra diariamente dispuesta a completar su traición contra estas ideas y estos resultados. La clase obrera, en cambio, defiende estas ideas y estas realizaciones contra la creciente barbarie fascista.

La Revolución francesa no proclamó solamente los derechos democrático-burgueses del hombre, sino que además, y en estrecha relación con esto, dió a luz la nación francesa. Las naciones surgieron y surgen por todas partes en el proceso de la revolución democrático-burguesa. El hundimiento del feudalismo, la liberación de los siervos, el desmoronamiento de las angostas fronteras de los estamentos y los gremios, de las restricciones aduaneras y los valladares de las castas: todo ello contribuye a agrupar al pueblo para formar una nación.

La burguesía, convertida en un factor contrarrevolucionario, procura oscurecer por todos los medios estos *orígenes revolucionarios de la nación*. Los ideólogos fascistas quieren convertir la nación, falseándola, en una comunidad semizoológica y semimística de «sangre y tierra». Quieren ocultar a los hombres la verdad de que las naciones nacen y mueren históricamente, de que no son nada eterno, nada que flote por encima del tiempo y del espacio, sino *etapas del desarrollo humano*. Saliendo al paso de estos intentos contrarrevolucionarios de

escamotear la verdad, es necesario poner de relieve una multitud de hechos históricos: la idea nacional, la reivindicación de agrupar a los pueblos para formar naciones, ha surgido en todas partes en relación con el desarrollo económico de la burguesía. Cuanto antes se remontaba a la cumbre, en un país, la burguesía, cuanto antes ganaba influencia económica y política, antes surgía, íntimamente relacionada con la lucha por la democracia, la idea nacional. Las repúblicas municipales italianas, económicamente progresivas, derribaron a los señores feudales ya a mediados del siglo XIV. Al mismo tiempo que caía la nobleza y avanzaban las corrientes democráticas dentro del estrecho marco de las repúblicas municipales, se exteriorizaba el anhelo de romper este estrecho marco y de unificar nacionalmente Italia. Esta idea se encarnaba con una fuerza especial en Coli di Rienzo, el tribuno del pueblo de Roma, que invitó a todas las ciudades de Italia a unirse para abatir el yugo de los tiranos y enviar sus diputados a Roma, para formar un parlamento nacional. En la Francia medieval, fué la burguesía urbana, que adquirió un desarrollo temprano, la que preconizó la unificación de Francia y apoyó con el mayor calor las medidas centralistas de los reyes. En la Inglaterra de la Edad Media, fué la alianza de los burgueses con la pequeña nobleza del campo la que hizo brotar paso a paso la unificación nacional, impulsada poderosamente por la revolución del puritanismo plebeyo. En la Alemania medieval, la idea nacional se abrió paso en la era del capitalismo nacional floreciente, del humanismo y de las guerras campesinas, para hundirse lamentablemente después de la victoria de los príncipes y no volver a aflorar hasta los tiempos de la Revolución francesa. *La nación se formó y tomó cuerpo en la lucha de los burgueses y de los campesinos contra la nobleza y los príncipes, en el proceso de la expansión del comercio y de la economía pecuniaria, en el alumbramiento del capitalismo, rompiendo la angosta envoltura de la sociedad feudal; en una palabra, en el desarrollo de la revolución democrático-burguesa.*

El camarada *Stalin* nos dice cuales son las características objetivas de la nación.

«La nación es una comunidad históricamente formada y estable de lengua, de territorio, de vida económica y de una peculiaridad espiritual que se revela en la comunidad de la cultura.»

Estas características objetivas tienen su complemento subjetivo en el sentimiento nacional, en la conciencia nacional. *El pueblo se convierte, dentro de la nación, en masa, vive y se siente a si mismo como una unidad de masa.* En la historia de la Revolución francesa, tenemos cientos de ejemplos elocuentes de cómo los campesinos y los burgueses, los artesanos y los intelectuales de las distintas regiones, separados unos de otros por la diseminación feudal, por el particularismo de las leyes y las costumbres feudales, por la lengua y los hábitos de vida, se fundieron en una masa nacional y, con el aire de la libertad, respiraron y se asimilaron el sentimiento nacional y la con-

ciencia nacional de franceses. De este sentimiento revolucionario de masas nacen la canción y la bandera de unidad, la «Marsellesa» y la bandera tricolor, nace la conciencia de formar parte de una gran nación, nace el patriotismo revolucionario. No es extraño que los defensores más consecuentes de la revolución democrático-burguesa se llamasen a sí mismos los «patriotas» y que fuesen, en efecto, los patriotas más apasionados y más resueltos. El campesino que había arrojado al señor feudal y que, por vez primera en la vida, podía llamar suyo en el pleno sentido de la palabra un puñado de tierra, el burgués que veía desaparecer las barreras que se oponían a su auge económico y político, el intelectual que había pasado de la era de los privilegios a la era de la democracia burguesa: todos ellos juntos, convirtieron de pronto a Francia en su *patria*, en una patria cuya defensa no corría ya a cargo de tropas mercenarias, sino a cargo del pueblo erigido en nación. *La nación era la unidad del pueblo contra los tiranos feudales de Francia y de Europa.*

Es notable que en esta joven nación se despertase en seguida el anhelo de avanzar un paso más, no limitándose a unir al pueblo dentro de la nación, sino queriendo unir a los pueblos dentro de la humanidad. De todas las primeras manifestaciones de la Revolución francesa brota de un modo elemental *la idea de la unidad del género humano*, la idea de extender la masa revolucionaria por encima de las fronteras de todos los países. Es la conciencia de una lucha universal que engloba a toda la humanidad la que se expresa en la proclamación de los «derechos del hombre» y sigue abriéndose paso hasta llegar a la profesión de fe del filósofo alemán Fichte en la «igualdad de todo lo que tiene figura humana» y hasta el potente canto a la humanidad de Beethoven: «¡Un abrazo a los millones y un beso al mundo entero!». Los hombres de la Revolución francesa rompieron el estrecho círculo del feudalismo, barrieron las fronteras aduaneras, unieron paisajes antes separados, a los bearneses y a los bretones, a los provenzales y a los loreneses, agrupándolos en una nación única y unida. Logrado esto, pretenden, ebrios de victoria, seguir avanzando, derribar las murallas entre los pueblos y realizar la unidad del género humano. Es la tendencia del joven capitalismo, del capitalismo revolucionario, la que se refleja en este anhelo: la tendencia a unir y unificar el mundo por medio de la producción y del intercambio de mercancías, por medio de la técnica, del comercio y de las comunicaciones. En realidad, la nación no es más que una etapa en esta trayectoria, pero una etapa que no se puede saltar y cuya duración será bastante más larga de lo que creían los hombres en la aurora de la joven revolución.

La agrupación de un pueblo para formar una nación representa, comparada con la diseminación feudal, un progreso tan gigantesco como el capitalismo comparado con el régimen de producción basado en la servidumbre de la gleba; pero ni el capitalismo ni la nación son la etapa más alta de desarrollo. En el amanecer de la joven socie-

dad burguesa-capitalista, la libertad, la igualdad y la fraternidad fueron *proclamadas* como los derechos eternos del hombre, pero sólo el comunismo puede convertir en *realidad* estos principios. En el primer sentimiento ardiente de comunidad nacional, todos los hasta entonces explotados y oprimidos confiaban en que en lo sucesivo pertenecerían ya a la nación como hombres *iguales y libres*. Pronto hubieron de convencerse de que, con el derrocamiento de la dominación feudal, no se había terminado la historia de las luchas de clases, de que el triunfo del capitalismo, la revolución democrático-burguesa, engendraba la dominación de clase de la burguesía. La nación se dividía en explotadores y explotados, en capitalistas y proletarios, en clases opresoras y oprimidas. En la lucha contra el feudalismo, la nación era el frente único de los trabajadores. Después del triunfo sobre el feudalismo, se puso de manifiesto el carácter limitado, el carácter burgués de la revolución. La vieja sociedad de clase dejó el puesto a una nueva sociedad de clase, más rica en fuerzas productivas, en posibilidades creadoras, en talentos, pero que era, a pesar de todo, una sociedad de clase. La fuerza dirigente, la columna vertebral de la nación era la burguesía. En vano los jacobinos más consecuentes, en vano Robespierre y Saint-Just, intentaron rebasar los límites trazados por las condiciones de producción para edificar, basándose en la pequeña burguesía, una sociedad de hombres libres e iguales. La pequeña burguesía no estaba ni está en condiciones de ponerse a la cabeza de la sociedad y erigir su dominación. Robespierre y Saint-Just cayeron porque no tenían más remedio que caer; la burguesía instauró su dominación y a la sociedad feudal de clase siguió la sociedad de clase capitalista. La nación fué dirigida y gobernada por la burguesía. El nacionalismo se convirtió en un medio de expresión y de dominación de la burguesía.

De este modo, la idea de nación ha sido siempre, desde el primer momento, una idea de doble filo. Habiendo nacido de la lucha revolucionaria de todos los trabajadores contra los tiranos feudales, la nación fué convirtiéndose cada vez más en dominio de la burguesía, fueron infiltrándose en ella más y más los intereses de la clase dominante. El obrero explotado, el trabajador miserable, es también una parte de la nación. Comparte el sentimiento nacional de masas, en el que viven tantos recuerdos de las luchas por la libertad, en el que apunta de tiempo en tiempo el origen revolucionario, el frente único de los trabajadores contra los tiranos. Se siente instintivamente movido a defender la nación, porque la dominación extranjera es todavía más dura que la dominación de la propia burguesía y porque quien defiende la nación contra los conquistadores extranjeros defiende un pedazo de libertad, por mezquina y dudosa que ella sea. Finalmente, la burguesía se las ha arreglado siempre para disfrazar sus ofensivas de guerra de guerras de defensa y para despertar el recuerdo de aquel pasado revolucionario en el que la masa de la nación luchaba *realmente por su libertad*, en el que ponía en práctica *realmente* el frente

único de los trabajadores. De otra parte, los obreros, en su lucha de clases contra la burguesía, hubieron de darse cuenta de que la clase dominante calificaba siempre sus intereses egoístas de clase de «intereses nacionales», de que, en nombre de estos pretendidos «intereses nacionales», oprimía al proletariado e intentaba manejar a unos contra otros a los trabajadores de las distintas naciones, de que empleaba los supuestos «intereses nacionales» no sólo como pabellón para cubrir sus negocios sucios, sino también como arma envenenada contra los oprimidos. Estas experiencias tenían necesariamente que despertar en los obreros con conciencia de clase el más profundo recelo contra la unidad nacional y contra el nacionalismo. Los obreros avanzados fueron comprendiendo cada vez más la enérgica repulsa del nacionalismo burgués por Marx, Engels y Lenin. Con motivo de la primera matanza mundial imperialista, grandes masas obreras aprendieron a aborrecer al nacionalismo burgués y su hedionda variante, el socialpatriotismo. Muchos obreros revolucionarios identificaban el concepto de nación con el chovinismo reaccionario de la burguesía y oponían al socialpatriotismo de la Segunda Internacional la negación total de la idea de nación. Al hacer esto, no se daban cuenta de que la nación, aunque se halle dominada por la burguesía, no se identifica, ni mucho menos, con ella. En su llamamiento con motivo del 21.º aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre, la Internacional Comunista define en las siguientes palabras la idea de nación:

«La nación no es la banda de fascistas, de financieros reaccionarios y de magnates industriales, que saquean y traicionan al pueblo. La nación es la masa de millones de obreros, de campesinos y de trabajadores, es el pueblo leal a su país, que ama su libertad y defiende su independencia.»

Para comprender las mudanzas del sentimiento nacional y de la conciencia nacional, desde el patriotismo revolucionario de los jacobinos hasta el chovinismo contrarrevolucionario de la burguesía imperialista y el capitulacionismo traidor de los «muniqueses», hay que tener presentes las *mudanzas del capitalismo*. La actitud de la burguesía respecto a la nación, la dirección en la que ha procurado encauzar el sentimiento nacional, han dependido siempre de la correspondiente fase de desarrollo del capitalismo.

Cuando el capitalismo se desarrollaba dentro del estrecho marco de la sociedad burguesa y amenazaba, de un modo cada vez más turbulento, con romper sus envolturas para moverse libremente, la burguesía marchaba a la cabeza del movimiento nacional y revolucionario. Las nuevas fuerzas productivas encuadradas dentro del viejo régimen feudal (la aparición de la manufactura y de la máquina en la producción) se hallaban en una contradicción cada vez más aguda con las relaciones de producción basadas en la servidumbre. Las fuerzas productivas son «el elemento más dinámico y más revolucionario de la producción». («Historia del P. C. (b.) de la U.R.S.S.», pág. 142 de la edic. española.) Impulsada por este elemento dinámico y revolucionario, la burguesía lucha por dar al traste con la servidumbre, pues

el capitalismo necesita obreros asalariados con libertad de movimientos; lucha contra las restricciones del régimen feudal, pues el capitalismo necesita de la libre concurrencia; lucha por la elevación del nivel cultural, pues «las nuevas fuerzas productivas exigen trabajadores más cultos y más despiertos que los siervos, mantenidos en el embrutecimiento y en la ignorancia; trabajadores capaces de entender y manejar las máquinas». (Obra cit., pág. 146.) La libertad de movimientos del hombre no vinculado ya a la gleba como los siervos, la destrucción del régimen cerrado de los estamentos, los gremios, las corporaciones, etc., la afluencia del saber y la cultura en el seno de las masas populares, forman la base sobre la cual surge la nación. En su fase revolucionaria, la burguesía lucha conscientemente por la nación, es decir, por un estado social en el que los habitantes de un país no se hallen separados unos de otros por las murallas insuperables del nacimiento, de la casta y del origen social, sino en el que puedan considerarse como *ciudadanos del mismo Estado*, como franceses, ingleses, italianos o alemanes. (Es cierto que a los obreros y a los trabajadores explotados la revolución democrático-burguesa sólo los elevó *formalmente* a la categoría de ciudadanos del Estado; *de hecho*, tampoco el Estado democrático-burgués era más que un instrumento para su opresión. Esta verdad sólo la descubrieron, naturalmente, después del triunfo de la burguesía, a fuerza de rabiosas luchas de clases.) El siervo analfabeto, para el que el señor feudal era el representante más alto e inapelable de la jerarquía, no podía sentirse como ciudadano de un Estado, como francés o alemán; fué necesario que abatiese la servidumbre para que pudiese agruparse con todos los demás ciudadanos del Estado y formar una nación.

Las nuevas fuerzas productivas que impulsaron el *capitalismo* impulsaron también la *nación*. La burguesía, propietaria de los nuevos medios de producción, conquistó a la cabeza de la nación su triunfo social. Instauró su dominación de clase y acabó con el sueño de las masas populares de que la nación era un conjunto de hombres libres e iguales. Los obreros, que habían ayudado a desbrozar el camino al capitalismo, que habían derramado su sangre por la revolución democrático-burguesa, experimentaron en su pelleja el brutal carácter de clase del nuevo régimen social. Habían creído que la patria, que la nación que se creaba les pertenecería también a ellos, y hubieron de reconocer que el capitalismo no concede ninguna patria a los proletarios. La nación se lo debía casi todo a ellos y ahora tenían que adoptar una actitud más o menos de indiferencia. Muy otras fueron las causas que hicieron enfriarse el entusiasmo nacional de la burguesía en el período del capitalismo victorioso y todavía ascensional. La clase triunfante, la clase dominante, aspiraba a rebasar las fronteras nacionales. Ante ella se abría el mundo. Los entrelazamientos internacionales del capital le infundieron una nueva ideología. Consideraba el *liberalismo* como un evangelio incommovible, era optimista y se tenía por *ciudadana del mundo*. Reputaba el nacionalismo como algo superado y se lo

confió a la pequeña burguesía. La pequeña burguesía vistió con el ropaje del nacionalismo sus reivindicaciones, y bajo este mismo ropaje mantuvo su guerra en dos frentes, guerra sin ninguna perspectiva histórica, contra el proletariado ascensional y contra el capital financiero cada vez más poderoso.

Al entrar el capitalismo en el período del *imperialismo*, volvió a cambiar la actitud de la burguesía ante el nacionalismo. En su lucha rabiosa por el reparto del mundo, en su lucha por las colonias y las zonas de influencia, la burguesía se valió del nacionalismo como *medio para embriagar a los pueblos*. El capitalismo había rebasado ya su punto de apogeo, se había convertido de una fuerza propulsora en una fuerza entorpecedora, reaccionaria. «Al dilatar la producción y concentrar en enormes fábricas y empresas industriales a millones de obreros, el capitalismo da al proceso de producción un carácter social y va minando con ello su propia base, ya que el carácter social del proceso de producción reclama la propiedad social sobre los medios de producción, mientras que la propiedad sobre los medios de producción sigue siendo una propiedad privada capitalista, incompatible con el carácter social que el proceso de producción presenta... Esto quiere decir que las relaciones capitalistas de producción ya no están en consonancia con el estado de las fuerzas productivas de la sociedad, sino que se hallan en irreductible contradicción con ellas». (Obra cit., págs. 146-147). La burguesía, convertida ya en una fuerza reaccionaria, se hundió en un nacionalismo reaccionario de los pies a la cabeza, que fué degenerando en un *chovinismo* rabioso. Este nacionalismo, atizado por la burguesía reaccionaria en la era del capitalismo en descomposición, sirvió para azuzar a unos pueblos contra otros y para movilizar a las grandes masas populares contra la lucha revolucionaria de clases del proletariado. La revolución democrático-burguesa había soñado con la liberación mundial; ahora, la burguesía predicaba la dominación mundial. Sojuzgamiento de pueblos extranjeros, aturdimiento de la pequeña burguesía, envenenamiento de la clase obrera, encadenamiento de las masas populares al carro de guerra del imperialismo: en esto se convirtió ahora el nacionalismo. Desde el nacionalismo revolucionario de un Robespierre y de un Saint-Just, pasando por la ciudadanía mundial de un Herder y de un Goethe, el camino de la burguesía condujo a la charca sangrienta del engaño más reaccionario y más lamentable del pueblo bajo la bandera del «nacionalismo» y del «patriotismo». La criminal «ideología» chovinista del capitalismo en descomposición festejó su triunfo en la primera guerra mundial imperialista.

Pero el proceso de putrefacción no había llegado todavía a su remate. La burguesía reaccionaria ha ido todavía más allá. Descarga hachazos contra las raíces de todas las naciones. Se dispone a destruir todas las ideas y todos los resultados de la revolución democrático-burguesa, y con ello *las bases de toda nación*. De una parte, tenemos el *fascismo*, que no sólo hunde en la esclavitud colonial a los hombres de otros pueblos, sino que convierte también a los individuos de su

propio pueblo de *ciudadanos de un Estado* en meros *súbditos* privados de derechos. De otra parte, tenemos, en los países no fascistas, la traición descarada de la burguesía reaccionaria contra la nación. Hitler y Hacha, Mussolini y Bonnet no son más que el anverso y el reverso de la misma medalla. Lo mismo en los países fascistas que en los países no fascistas del mundo capitalista, se hace cada vez más escandalosa, más monstruosa, *la contradicción entre los intereses de la nación y los intereses de los círculos dominantes del capital financiero*. Estos ven en el completo esclavizamiento y en el amordazamiento total de las masas populares la única salvación contra el ajuste histórico de cuentas, cuya hora se acerca sin que haya nadie capaz de contenerlo. A su vez, las masas populares van viendo cada vez más en el derrocamiento de los círculos dominantes del capital financiero la única salvación contra el hundimiento en la barbarie, contra la catástrofe de una nueva matanza mundial imperialista que les amenaza. No son solamente los intereses de la clase obrera, sino que son los intereses de toda la nación en cada país capitalista los que exigen cada vez más imperiosamente el derrocamiento del puñado de capitalistas cuya dominación no sólo contiene el desarrollo de las fuerzas productivas y provoca crisis tras crisis, no sólo empuja a la miseria y a la desesperación a masas populares cada vez más extensas, no sólo desencadena una guerra de proporciones gigantescas, sino que pone además en peligro la existencia nacional de los pueblos.

La burguesía, primero nacional-revolucionaria, luego ciudadana del mundo y más tarde reaccionariamente chovinista, se ha convertido en la destructora de las naciones, del mismo modo que el capitalismo se ha convertido de una fuerza constructiva en una fuerza destructora. La burguesía, que en su día subió al Poder a la cabeza de la nación y con ayuda de ella, tiembla hoy ante el peligro de perder su dominación por un gran movimiento nacional. No tiene nada de extraño que los fascistas alemanes tiendan cada vez más a sustituir la palabra «nación» por términos puramente imperialistas como «Reich» («Imperio»), «Reich de la Gran Alemania», etc. En estos últimos tiempos, han llegado incluso a polemizar contra el concepto de «nación», presentándolo como una invención de la Revolución francesa. Y cuanto más avanza su agresión imperialista, más sistemáticamente intentan acabar con la nación alemana y criar un «material humano» que esté dispuesto a derramar su sangre por el «imperio mundial» del capital financiero alemán. Según la voluntad de los dictadores fascistas, los alemanes no deben considerarse como una nación, sino como «las mesnadas del Führer». Indudablemente, la burguesía fascista teme también que la ola de un movimiento verdaderamente nacional la barra.

Ante esta situación, cambia también la actitud de la clase obrera ante la nación. La clase obrera se pone a la cabeza de la nación en la lucha de liberación nacional contra los conquistadores extranjeros. La experiencia enseña a las masas populares que la clase obrera es la defensora más fiel y más consecuente de la independencia nacional.

Ven, por una parte, la traición nacional de la burguesía reaccionaria y la versatilidad de la pequeña burguesía en las situaciones decisivas y por otra parte la firmeza incommovible con que los obreros españoles y chinos, los obreros austriacos y checos defienden la causa de su nación contra la dominación extranjera. Y ven, finalmente, que sólo hay un país en el que todas las naciones viven y colaboran fraternalmente unidas, desarrollan con plena libertad su cultura nacional y hacen con plena unanimidad su profesión de fe, de amor y de lealtad hacia su patria común: este país es *la Unión Soviética socialista*.

Los alborotadores nacionalistas de todos los países, cuando llega el momento decisivo, se desenmascaran casi siempre como capituladores y traidores. El «nacionalista» español Franco ha entregado su país a los alemanes y a los italianos, diezmando al pueblo español con ayuda de éstos. La burguesía «nacional» de Francia ha debilitado sistemáticamente a Francia, entregando a los enemigos mortales del pueblo francés una posición tras otra. Los líderes «nacionales» de los agrarios checos, que anatematizaban como «traidor a la patria» a todo el que abogaba por que se mantuviese un lenguaje un poco equívoco, han entregado Checoslovaquia, sin lucha, al fascismo alemán. En todas partes han sido y son los obreros los que, repudiando todo nacionalismo de sacamuelas y luchando contra todo chovinismo, se ponen firme y resueltamente, cuando llega la hora del peligro, al frente de la nación.

Nosotros no somos ni seremos jamás nacionalistas. Nosotros somos internacionalistas. *Para nosotros, la meta suprema no es la nación. Para nosotros, la meta suprema es el socialismo, el comunismo. La nación es una etapa hacia la humanidad.* No queremos ni podemos saltar esta etapa y la defenderemos contra todo el que trate de hacernos retroceder a otra etapa inferior. El camarada Dimitroff expresó claramente nuestra actitud ante la nación en el VII Congreso de la Internacional Comunista, cuando dijo:

«Nosotros, los comunistas, somos, por principio, *enemigos irreconciliables* del nacionalismo burgués, en todas sus formas y variedades. Pero *no somos partidarios del nihilismo nacional*, ni podemos actuar jamás como tales. La misión de educar a los obreros y a todos los trabajadores en el espíritu del internacionalismo proletario es una de las tareas fundamentales de todos los Partidos Comunistas. Pero, el que piense que esto le permite, e incluso le obliga a escupir en la cara a todos los sentimientos nacionales de las amplias masas trabajadoras, está muy lejos del *verdadero bolchevismo* y no ha comprendido nada de las enseñanzas de Lenin y Stalin sobre la cuestión nacional.» («Frente Popular en todo el mundo», pág. 76.)

En una fase inferior de las fuerzas productivas, los hombres se agruparon en pequeñas sociedades para afrontar la lucha contra la naturaleza. En una fase superior, se agruparon en municipios, que no pocas veces se extendían para formar Estados; en este período, la mayoría aplastante de los hombres se hallaba al margen de la comunidad humana y condenada a la esclavitud animal. En la fase del capitalismo, en el proceso de la revolución democrático-burguesa, se agruparon para formar naciones, «comunidades estables de lengua, de territorio, de

vida económica y de una peculiaridad espiritual que se revela en la comunidad de la cultura». Las naciones sobreviven al capitalismo: más aún, sólo se desarrollan armónica y plenamente bajo el socialismo. Pero, al mismo tiempo, bajo el socialismo se desarrolla una comunidad que rebasa todas las fuerzas nacionales, se desarrolla, no ya como sueño y como aspiración, sino como una realidad bienhechora, *la unidad de todo lo que tiene figura humana*. Todo ciudadano de la Unión Soviética se considera ante todo como hombre soviético, como miembro de su gran patria socialista; para el ruso o el ucraniano, el georgiano o el usbeko, lo esencial y lo decisivo en el florecimiento de su cultura nacional es el contenido socialista. Las diferencias nacionales van cediendo paso a paso a lo que les une a todos: al socialismo, que libera el hombre de las cadenas del origen social, de los prejuicios, de las formas profesionales y nacionales y lo convierte *en personalidad*. En el mundo presocialista eran muy pocos, eran solamente los hombres más destacados, como Shakespeare y Goethe, Leonardo de Vinci y Beethoven, Marx y Engels, los que se remontaban por encima de todas las fronteras nacionales para pertenecer a toda la humanidad. En el mundo socialista, son *decenas de miles, cientos de miles y millones los hombres que rebasan todas las fronteras nacionales para formar parte de la humanidad*.

Las naciones han surgido en el camino que va desde las angostas cavernas hasta el ancho campo de la humanidad. Nosotros defendemos la nación, esta masa de obreros y campesinos, de artesanos e intelectuales, unidos entre sí por los vínculos del territorio y del idioma, de la historia y del modo de pensar y de sentir, contra toda dominación extranjera. Luchamos por el derecho de todas las naciones a gobernarse por sí mismas, por su liberación de las garras del capitalismo en descomposición, que entorpece su desarrollo, oprime sus fuerzas creadoras y socava sus cimientos. Queremos conseguir y conseguiremos por medio del socialismo que sea una realidad aquello que flotaba en el espíritu de los que lucharon democráticamente por la libertad, cuando impulsaron el alumbramiento de la nación: una sociedad formada por individuos dotados de derechos verdaderamente iguales y de posibilidades verdaderamente iguales de desarrollo.

La clase obrera se pone a la cabeza de las naciones para realizar el socialismo, y con él la idea de humanidad.

W. ULBRICHT.

Importancia internacional de la lucha antifascista en Alemania

Hitler ha contestado en nombre de los magnates de los bancos y trusts, a la proposición de paz de Roosevelt con la alianza militar Berlín-Roma y con la denuncia del tratado naval germano-inglés y del pacto germano-polaco de no agresión. Con ello, el partido fascista de la guerra entronizado en Alemania manifiesta su voluntad de reforzar la agresión imperialista. Las potencias fascistas, quitándose incluso la careta del pacto antikomintern, patentizan abiertamente su voluntad de agresión contra Francia e Inglaterra.

Antes de la guerra de intervención en España y de la anexión de Austria, el fascismo alemán procuraba preparar sus planes de guerra, entre otras cosas, con ayuda de tratados comerciales, que imponía por medio de chantajes políticos. Desde el año pasado, apoyado por sus cómplices reaccionarios en otros países, sigue otro camino: el de la ocupación militar de los territorios extranjeros. Este cambio operado en la situación lo caracteriza el camarada Stalin, en su informe al XVIII Congreso del P. C. (b) de la U.R.S.S., con las palabras siguientes:

«Ya no se trata de competencia en los mercados ni de guerra comercial ni de dumping. La insuficiencia de estos medios de lucha se había reconocido ya desde hacía mucho tiempo. Ahora, se trata de un nuevo reparto del mundo, de las zonas de influencia y de las colonias, por medio de acciones de guerra.»

Hitler plantea nuevas reivindicaciones territoriales. El general von Epp ha subrayado estas reivindicaciones en el Congreso colonial alemán. Es simbólico que este Congreso colonial se haya celebrado en Viena, en la capital del primer Estado ocupado por Hitler. En su alocución de apertura del Congreso, dijo el general:

«La *colonización interior*, mantenida durante varios siglos por la Marca oriental y dentro de ella, y la *colonización ultramarina*, lejos de excluirse, se complementan.»

Con estas palabras, no sólo se califica como zona colonial Austria, a la que los fascistas alemanes llaman la «Marca oriental», sino que además se declara que esta colonización llevada a cabo en el corazón de Europa no se halla en contradicción con la conquista de territorios coloniales en Ultramar. Al mismo tiempo, se pretende que Viena sirva de punto de apoyo para proseguir la «colonización interior» en los Balcanes.

El secuestro de los fondos depositados en los bancos, cajas de ahorros y sociedades de seguros de Alemania, y la expropiación de los judíos, van seguidos por el saqueo de países extranjeros. El fascismo alemán, que desarrolló una campaña tan demagógica contra el tratado de Versalles, no sólo arranca hoy, con ayuda de sus inspectores de contribuciones y de sus S. S. negras, tributos agobiadores a los pueblos oprimidos, sino que además impide el desarrollo de su industria, limita la importación de materias primas para los artículos de primera necesidad e implanta el tributo personal, el llamado tributo de negros, que en otro tiempo regía en las colonias alemanas. El nivel de vida de las masas sigue descendiendo a causa de la carestía y de la elevación de los impuestos. Los antiguos magnates fascistas de los trusts y los nuevos millonarios nazis de Berlín quieren que los trabajadores de los países europeos suden para ellos. Los obreros de Viena y de Bratislava, de Praga y de Reichenberg son enviados a la Prusia oriental y a la Alemania occidental a ejecutar trabajos forzados, como los habitantes de Bélgica durante la guerra mundial.

El fascismo alemán no busca fuentes de materias primas aún no explotadas y posibilidades para sus inversiones rentables de capital. Su agresión se dirige más bien contra los países en que puede robar capitales, en los que existe una industria de guerra moderna y una agricultura considerablemente floreciente.

En la propaganda fascista que se lleva a cabo en Alemania, se razonan bastante en detalle los planes de conquista. Así por ejemplo, en el manual para el trabajo de educación de la juventud hitleriana, publicado por la editorial del partido nazi, de propiedad de Hitler, se reivindican abiertamente una serie de territorios franceses. Alsacia-Lorena, una parte del Nordeste y del Este de Francia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo, se presentan como «territorios alemanes perdidos» y Lille, Verdún, etc., como ciudades alemanas. Si al principio la agresión fascista se dirigía contra pequeños Estados, ahora se proyecta directamente sobre las esferas de intereses de las grandes potencias occidentales en Europa y en el Mediterráneo. Se revela cada vez más claramente que la política de conquistas de Hitler se halla dirigida, en el fondo, contra Francia e Inglaterra, es decir, contra los Estados cuyas fuerzas reaccionarias estimularon a Hitler en Munich para que realizase nuevas agresiones. La ocupación fascista de Austria y de Checoslovaquia, las pretensiones de dominación mundial de Hitler y los nuevos preparativos de guerra del Eje nos enseñan que *la salvación de la paz exige el derrocamiento de los incendiarios fascistas de la guerra que imperan en Alemania.*

Muchas gentes de Francia e Inglaterra, que antes de Munich creían que la opresión fascista del pueblo checoslovaco no les afectaba, se dan cuenta ahora de que la ofensiva fascista va también dirigida contra su propia patria, contra sus propios derechos democráticos y su propia vida. El fascismo alemán y sus aliados y agentes amenazan la existencia vital de las masas populares y de los derechos del pueblo

en los demás países y son en todas partes los enemigos de la cultura humana. Por eso, *el desarrollo de la lucha del pueblo alemán por su libertad se ha convertido en un problema central de la lucha por la paz y por el progreso en el mundo entero.*

El apoyo prestado a la lucha antifascista en Alemania es la piedra de toque para conocer a todos los partidos obreros, sindicatos, cooperativas, a todas las ligas campesinas, a todas las fuerzas progresivas del mundo, y para saber si toman en serio o no la lucha por la paz.

Todo verdadero amigo de la paz y del progreso habrá llegado en estos últimos meses al convencimiento de que «los buenos no pueden vivir en paz si los malos no les dejan». Es decir, que la amenaza constante, las cruzadas contra otros pueblos, no cesarán hasta que se acabe con el foco del incendio de la guerra, con la dominación del fascismo hitleriano. *En esta lucha contra el enemigo de la humanidad, el heroísmo de los combatientes de la libertad en Alemania se halla unido del modo más íntimo con todo progreso de la lucha común de los pueblos.* Cuando, en septiembre, el pueblo checoslovaco reprimió la sublevación de Henlein, se vió cómo cobraba bríos también en Alemania el movimiento popular. Este principio de resistencia del pueblo checoslovaco estimuló la voluntad de resistencia del pueblo alemán. Grandes masas veían en la lucha común de los trabajadores alemanes y de las fuerzas progresivas del mundo la posibilidad de conseguir el derrocamiento del régimen fascista. La perspectiva de la lucha victoriosa por la libertad se veía más próxima.

¡Qué importancia tan grande no tendría, por ejemplo, el que en los distintos países las organizaciones agrupadas en frente único, tales como los sindicatos de mineros, de metalúrgicos, de obreros del transporte, etc., así como las ligas de campesinos y de intelectuales del extranjero, informasen a los que en Alemania luchan por la libertad acerca de los progresos y los problemas de su lucha y de sus perspectivas! De otra parte, las acciones conjuntas de los obreros y la actuación común de las fuerzas antifascistas más activas en Berlín, en Hamburgo, en la región del Ruhr, estimularían la lucha contra el fascismo en el extranjero. Los demás pueblos verían que, frente a los verdugos de Alemania, se agrupaban los verdaderos representantes del pueblo alemán, los amigos de la libertad y de la paz, movilizándolo conscientemente al pueblo para la gran lucha por la libertad.

Así planteado el problema, surge inmediatamente esta pregunta: ¿Cómo se han desarrollado las condiciones para la lucha del pueblo alemán por liberar a Alemania de la dominación de los incendiarios fascistas de la guerra? ¿Qué efectos ha producido en el propio pueblo alemán la política fascista de guerra y en qué se manifiesta el cambio de actitud de las masas, en relación, por ejemplo, con el año 1936, año en que se implantó el servicio militar obligatorio?

Por aquel entonces, había aún grandes masas que creían que se trataba de luchar por la independencia nacional de Alemania, contra Versalles. Hitler declaraba que el pueblo alemán sólo quería mandar

en su casa. Posteriormente, la guerra fascista de intervención en España y la opresión nacional de Austria y de Checoslovaquia han venido a demostrar que el fascismo alemán pretende mandar en la casa de otros pueblos y se dispone a lanzar a Alemania a la guerra al servicio de los intereses imperialistas del gran capital. Cuando, en el verano y en el otoño de 1938, las grandes masas empezaron a darse cuenta de cómo Hitler provocaba la guerra, la oposición comenzó a manifestarse abiertamente. «La voluntad de arrancar la libertad de palabra se extendió considerablemente», escribe un camarada. La mayoría del pueblo se manifestó en contra de esta política de conquistas. En distintas fábricas, unos cuantos obreros valientes abogaron por la solidaridad con el pueblo checoslovaco y organizaron actos de sabotaje de la producción de guerra.

En el terreno económico, Hitler se aprovechó de la penuria provocada por la crisis para fingir un período de prosperidad por medio del llamado fomento del trabajo en la industria de guerra y en la construcción de carreteras. Las grandes masas empezaron a comprender que la economía fascista de guerra conduce al empobrecimiento del pueblo, a los peores trabajos forzados, a la escasez de materias primas y de víveres. Hoy, las masas trabajadoras tienen la experiencia de que la conquista de territorios extranjeros no sirve más que para aumentar sus cargas y sólo aprovecha a los grandes capitalistas. Los trabajadores alemanes han podido comprobar plenamente las manifestaciones hechas por el camarada Stalin en el XVIII Congreso del P. C. (b) de la U.R.S.S. acerca de las condiciones económicas imperantes en Alemania. He aquí las palabras del camarada Stalin:

«Imprimir a la industria una dirección unilateral, de guerra; desarrollar hasta el máximo la producción de los artículos necesarios para la guerra, producción que no tiene nada que ver con el consumo de la población; restringir hasta el máximo la producción y sobre todo el abastecimiento del mercado con artículos de consumo para las masas y, por lo tanto, reducir el consumo de la población y desencadenar sobre el país una crisis económica.»

La toma del Poder por los círculos imperialistas más reaccionarios del gran capital alemán en el año 1938 y la dilapidación de las fuerzas económicas del país para su política de conquistas, vinieron a minar las bases de la economía alemana. Como el capitalismo en descomposición es incapaz de resolver los problemas vitales del pueblo alemán y como son cada vez más extensas las masas que se van dando cuenta de la contradicción que hay entre sus intereses de lucro y los intereses vitales del pueblo trabajador, a pesar de todas las frases sobre la «comunidad nacional», el fascismo pretende buscar una salida en la esclavización de otros pueblos.

Cuando escuchamos los discursos sobre la pretendida fuerza del fascismo alemán y leemos las cifras sobre los armamentos y las fuerzas militares de la Alemania hitleriana, nos preguntamos: *¿Y qué dice el pueblo?* Entre los déspotas fascistas y las grandes masas populares media un profundo abismo.

Mientras que antes el descontento se traducía principalmente en murmuraciones contra determinadas medidas de las autoridades fascistas, hoy, la oposición tiende a converger cada vez más sobre la causa, sobre la economía de guerra de Goering y sobre el régimen fascista. Cada vez se echa más la culpa a la política fascista de guerra de todas las privaciones y dificultades del pueblo.

De una parte, el fascismo ha acentuado el terror, ha militarizado la economía y ha implantado los trabajos forzados, transformando a Alemania en un presidio; pero, al mismo tiempo, su economía y su política de guerra han servido para provocar el descontento de las masas obreras y campesinas, de la clase media, de la intelectualidad e incluso de los elementos burgueses, y para despertar la voluntad de resistencia. En el otoño pasado, se vió claramente cómo muchos estaban en contra de Hitler. Un antifascista nos informaba: «Grandes sectores del pueblo percibieron en septiembre cuán precario es todo el régimen». Los trabajadores decían: ¡Los mil años de Hitler se acaban! Y aunque las fuerzas reaccionarias de Inglaterra y Francia ayudaron a Hitler a salir transitoriamente de aquella situación difícil, en las masas populares ha quedado, a pesar de todo, un profundo sentimiento de desconfianza.

El fascismo alemán salió a la palestra para acabar con el marxismo. Pero, con su política en interés del capital de los trusts, ha agudizado de tal modo los antagonismos de clase, que van en aumento la oposición y la resistencia contra la irresistible explotación, y las grandes masas se hacen cada vez más asequibles a la teoría marxista de la lucha de clases.

El fascismo alemán pretendía aplastar el bolchevismo; pero lo que ha conseguido es que la autoridad de la Unión Soviética socialista gane cada vez más terreno en la conciencia del pueblo alemán. Los fascistas califican de bolchevismo todo lo que sea defender el progreso y la libertad y tildan de bolcheviques a todos los hombres honrados, con lo cual sólo consiguen que muchos hombres se esfuercen en conocer de cerca lo que es el bolchevismo y comparen el estado de barbarie creado por la dominación del «nacionalsocialismo» en Alemania con los triunfos socialistas logrados en el país del Poder Soviético. Cuando el fascismo esgrimió sus provocaciones de guerra, las fuerzas democráticas del pueblo alemán no vieron más que una potencia que labo- rase consecuentemente por la paz, una potencia que demostró, por ejemplo, en el lago Jasán, cómo hay que entendérselas con los agresores fascistas, la única potencia que ayudó a los pueblos agredidos por el bloque fascista de la guerra, al pueblo español y al pueblo chino: la Unión Soviética socialista. Y la experiencia de estos últimos años ha enseñado también a los trabajadores alemanes que la Unión Soviética es la fuerza decisiva en la lucha contra el fascismo.

El obrero alemán, obligado a matarse trabajando bajo el látigo del capital fascista de los trusts, medita acerca de las causas de su miseria, y el campesino, que ve cómo su hacienda es arruinada por la do-

minación fascista de los grandes capitalistas, se interesa por la situación de los koljosianos en la Unión Soviética. El hecho de que, mientras en la Alemania fascista se refuerza el poder de los magnates de los bancos y de los trusts, de los interesados en la guerra, en la Unión Soviética se han destruído las clases explotadoras y con ellas los promotores de las guerras, sirve, al mismo tiempo, a las masas trabajadoras de enseñanza plástica de lo que es la revolución y de lo que es la contrarrevolución fascista. Y el resultado de esto es la simpatía cada vez mayor hacia la Unión Soviética y el anhelo, en muchos, de seguir el ejemplo de los bolcheviques.

Hoy, los obreros revolucionarios más activos y otros antifascistas entienden que ha llegado la hora de que los antifascistas se unan para movilizar *al pueblo para salvar a Alemania de la barbarie fascista*. Estas fuerzas revolucionarias existentes en Alemania ponen de manifiesto que el descontento de las masas ha tomado ya tales proporciones que es posible llevar a cabo acciones de resistencia de gran envergadura y agrupar a las fuerzas activas para una organización común de la lucha.

Muchos obreros antifascistas que, bajo las difíciles condiciones del terror fascista, hubieron de reducir su actividad durante mucho tiempo a mantener el contacto y la camaradería con los amigos antifascistas, descubrieron en el otoño pasado *nuevas posibilidades de actuación*. En general, la creciente oposición se manifiesta en la propaganda en voz baja contra la política de Hitler y en la resistencia pasiva contra el trabajo coactivo y la prolongación de la jornada de trabajo. En las industrias de guerra del Oeste, del Sur y del Centro de Alemania, las autoridades fascistas hicieron saber, mediante bandos, que serían sometidos a penas graves los que «abandonen el trabajo sin causa justificada, se nieguen a trabajar o se retraigan de mala fe en su rendimiento de trabajo». Muchos obreros procuran arrancar salarios más altos anunciando que dejan de trabajar o retrayéndose en el rendimiento del trabajo. En los distritos mineros, los obreros de las distintas minas se han puesto de acuerdo para negarse a trabajar los domingos. Y esto, después que los jefes fascistas habían declarado terminantemente que se debía trabajar los domingos con objeto de acelerar la producción de armamentos. Por tanto, la resistencia no va dirigida sencillamente contra las malas condiciones de trabajo, sino que es más fuerte, pues las masas obreras se dan cuenta de que *todo trabajo suplementario favorece a la política fascista de guerra* y de que si los salarios son tan bajos es porque todo se dilapida para armamentos. Animados por este espíritu de masas, en la gran fábrica de guerra «Rheinmetall» hubo muchos obreros que, en la asamblea del Frente del Trabajo protestaron gritando contra el orador nazi: «¡Queremos una jornada de trabajo más corta!», «¡Queremos mayores salarios!»; y otro obrero gritó: «¡Y más libertad!». De pronto, resonó, dominando todo el estrépito, este grito de un obrero: «¡Abajo Hitler!». Las consignas que los comunistas vienen pintando incansablemente en las

paredes desde el año 1933 se convierten ahora en las consignas de las masas. No menos heroica fué la intervención, en septiembre, de un obrero que tomó la palabra en una gran sección de una fábrica de guerra de Wurtemberg y, después de hablar en favor de la necesidad de apoyar a Checoslovaquia, terminó gritando: «Viva el pueblo checoslovaco». Este obrero fué detenido, pero *su hazaña despertó la voluntad de resistencia de los obreros y fortaleció su internacionalismo*. Su puesto será cubierto por innumerables combatientes antifascistas nuevos. Los sacrificios de esta heroica lucha dan grandes frutos, que se manifestarán más tarde en las acciones de masas de los obreros, en el auge del gran movimiento de libertad del pueblo alemán, en la revolución popular. Un corresponsal nos escribe, informándonos acerca del estado de espíritu reinante en abril entre los mineros: «Si hubiésemos tenido una organización, se habría puesto en huelga toda la región del Ruhr». *Lo que falta es una fuerte organización clandestina del Partido vinculada con las masas y la unidad de acción de los obreros antifascistas*.

Los comunistas y los cuadros antifascistas no estaban suficientemente preparados para hacer frente a estos cambios repentinos producidos en la situación. Bajo el fascismo, lo normal es que el descontento de las masas se vaya acumulando subterráneamente y estalle en forma de oposición abierta tan pronto como se agudiza de un modo general la situación. De la fuerza bolchevique de las organizaciones del Partido Comunista y del frente único de los militantes comunistas y socialdemócratas en las regiones industriales más importantes, dependerá el que se consiga y la medida en que se consiga llevar a estas masas de la oposición a la actuación y utilizar esta actividad antifascista redoblada para conseguir nuevos cuadros, para fortalecer las organizaciones clandestinas, para crear el frente único y un amplio movimiento antifascista apoyado en personas de confianza en las fábricas y en las organizaciones fascistas de masas. Los actos parciales de resistencia producidos durante estos últimos meses en distintas fábricas y en las obras de fortificación demuestran que *surgen acciones allí donde hay antifascistas que toman heroicamente la iniciativa, organizan la actuación conjunta de los obreros y se hacen cargo de la dirección de la lucha*.

En la situación actual, el Partido Comunista alemán considera que su misión fundamental consiste en hacer cuanto esté de su parte para crear la unidad de acción de los obreros antifascistas en Alemania. Las acciones de los obreros despertarán y fortalecerán la voluntad de resistencia en todos los sectores de los adversarios de Hitler y sobre todo entre los campesinos. Y sin la alianza entre la clase obrera y los campesinos, jamás será posible la revolución popular contra el régimen fascista.

Refiriéndose a la importancia de la lucha antifascista en Alemania, en relación con la lucha internacional contra el fascismo, escribe

un grupo de obreros comunistas y socialdemócratas, en un manifiesto repartido en la región renana:

«La gran masa de los obreros de nuestra ciudad y de nuestra región permanece firmemente fiel a la causa de la clase obrera, a la causa del socialismo. Pero nosotros no nos cruzamos de brazos, sino que, a pesar del terror y de la persecución, hacemos todo lo que podemos para entorpecer política y económicamente al fascismo hitleriano. *Sabemos que no seríamos dignos de la ayuda de la clase obrera de los demás países, y principalmente de la ayuda de los pueblos de la Unión Soviética, si nosotros mismos no hiciésemos todo lo necesario para derribar a Hitler y luchar por una República libre y democrática.*

Sabemos que nuestra lucha sólo puede tener éxito si la clase obrera en su totalidad, si los comunistas y los socialdemócratas, en unión de los obreros cristianos, proceden de acuerdo, sobreponiéndose a la antigua escisión.»

Esta actuación de los obreros antifascistas, que se han unido en frente único es, al mismo tiempo, una respuesta a los elementos reaccionarios del extranjero que calumnian al pueblo alemán, al identificarlo con el fascismo. Mediante esta campaña rabiosa contra los alemanes pretenden, de una parte, desviar al propio pueblo de la lucha contra la reacción y de otra parte impedir la solidaridad de las fuerzas antifascistas de su propio país con las masas trabajadoras de Alemania, desacreditando al pueblo alemán como un pueblo fascista.

La lucha por la paz y contra la agresión fascista exige, por el contrario, que se fortalezca la solidaridad internacional de la clase obrera y de todas las fuerzas progresivas. *La lucha del pueblo alemán contra la dominación del partido fascista de la guerra, la lucha de los pueblos contra los agresores del bloque de guerra fascista y la lucha nacional-revolucionaria de liberación de los pueblos oprimidos por Hitler, se hallan íntimamente vinculadas entre sí.* No es posible organizar una lucha eficaz por la paz sin el apoyo activo de la lucha antifascista en Alemania y sin la lucha por la liberación de los combatientes por la libertad y por la paz que se hallan entre las garras del fascismo: de *Ernesto Thaelmann*, de Brandes, de Rossaint, de Niemöller y de tantos otros rehenes del fascismo.

En Francia y en Inglaterra, hay algunos socialdemócratas y dirigentes de los sindicatos que creen que los antifascistas alemanes desean la guerra. Esto es falso. A los antifascistas activos de Alemania les indigna, por el contrario, ver cómo la política de capitulación de los sectores reaccionarios del extranjero, las ilusiones pacifistas que se mantienen en las filas de la socialdemocracia francesa y del Partido Laborista, la falta de una unidad de acción internacional, animan a Hitler a desencadenar el incendio de la guerra. ¿Quién no piensa con horror en las consecuencias que la política de Munich ha tenido para Checoslovaquia y para la paz de Europa? Los obreros y todas las fuerzas progresivas de Alemania han dicho una y mil veces, con la más profunda indignación, que ante un frente único internacional de la clase obrera y ante un frente único de los pueblos, Hitler se habría visto obligado a batirse en retirada. *La consecuencia inmediata del*

frente único de los pueblos no hubiera sido la guerra europea, sino por el contrario la crisis interior del régimen fascista. De esta situación sacaron transitoriamente a Hitler las fuerzas reaccionarias de la burguesía de Inglaterra y Francia y aquellos líderes reaccionarios de la socialdemocracia que abogaron por la política de capitulación de Munich. Por eso los antifascistas alemanes opinan que lo que hace falta, ante todo, para salvar la paz, es el frente único de los pueblos contra el bloque de guerra del fascismo. Los pueblos, al defender su propia independencia nacional y levantar una barrera de seguridad colectiva contra la agresión guerrera de Hitler, no sólo luchan por la paz, sino que además impiden que el enemigo fascista de la humanidad engañe a la población descontenta de Alemania con sus éxitos en la política exterior y contenga sus acciones de resistencia. Los antifascistas alemanes desean fervientemente que la clase obrera de Inglaterra y Francia se haga fuerte por su unidad y luche resueltamente contra los capituladores y los agentes fascistas dentro de su propio país.

Si, hasta hoy, el bloque de guerra fascista ha podido proseguir sus agresiones y no ha tropezado todavía en grado suficiente con la resistencia de las masas populares, ello se debe, como escribía el camarada Dimitroff, el 1 de mayo, a que

«la clase obrera de los países capitalistas no ha sabido todavía acabar con la escisión dentro de sus filas, actuar en frente único y ganarse a sus aliados, los campesinos y las capas medias trabajadoras.» («La Internacional Comunista», 1939, núm. 5.)

Y esto es aplicable por igual a la clase obrera de Alemania y a la de Francia e Inglaterra.

El hecho que más contribuiría a la paz y a la ayuda inmediata a la lucha antifascista en Alemania sería la creación de la unidad internacional de acción y la convocatoria de una Conferencia obrera internacional, en la que los representantes de las organizaciones obreras de todos los países se pusiesen de acuerdo acerca de las tareas comunes de lucha contra los incendiarios fascistas de la guerra.

Esta propuesta del camarada *Dimitroff*, Secretario general de la Internacional Comunista, ha sido muy bien recibida por muchas organizaciones obreras. Sin embargo, ciertos líderes socialdemócratas que abogan porque se convoque una conferencia de los gobiernos, silencian tenazmente la propuesta de una Conferencia obrera internacional. ¿No es lo más urgente que se reúnan los representantes de todas las organizaciones obreras para fortalecer, con su actuación conjunta, las fuerzas populares antifascistas, ejerciendo además, de este modo, una influencia más eficaz sobre los gobiernos? ¿No debiera la clase obrera, ante todo, realizar por sí misma, independientemente de los planes de los gobiernos, una política antifascista común?

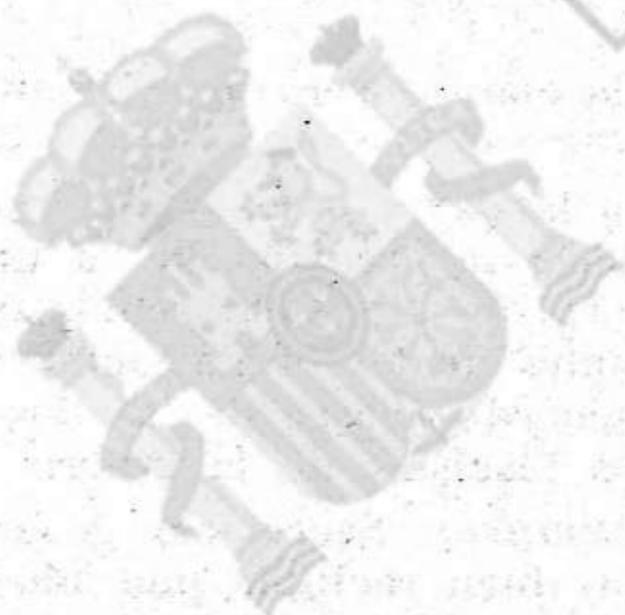
¿Qué eficacia tan positiva para la acción no tendría, por ejemplo, el llamamiento dirigido por una Conferencia obrera internacional a la clase obrera alemana y al pueblo alemán, ¿El ejemplo de esta Confe-

rencia común de las organizaciones obreras, no serviría de modelo para la creación de la unidad de acción en Alemania y para la organización de grandes acciones de resistencia?

Hitler sólo ha podido conseguir sus éxitos pasajeros de política interior y exterior porque ha logrado dividir a sus adversarios y aislar previamente a las fuerzas políticas y a los países contra los que se disponía a asestar sus golpes. Por eso, todo lo que sea oponerse a la creación del frente único obrero y a la convocatoria de una Conferencia obrera internacional es apoyar al fascismo.

Frente al bloque de los agresores fascistas, hay que forjar el frente único de los partidos obreros y de los sindicatos, echando con ello las bases para el bloque de los pueblos contra los promotores fascistas de la guerra.

MINISTERIO
DE CULTURA



D. DAVOS.

La labor de zapa de los fascistas en el cercano Oriente

Los agresores fascistas se preparan abiertamente para la «gran guerra». Quieren trazar de nuevo por medio de la fuerza el mapa del mundo y exigen colonias.

«Ya no se trata de competencia en los mercados, ni de guerra comercial, ni de dumping. La insuficiencia de estos medios de lucha se había reconocido ya desde hacía mucho tiempo. Ahora, se trata de un nuevo reparto del mundo, de las zonas de influencia y de las colonias, por medio de acciones de guerra» *.

El fascismo alemán no se limita a exigir la devolución de las antiguas colonias alemanas, sino que alarga su garra sangrienta hacia países que hace ya mucho tiempo que pertenecen a Inglaterra y a Francia. El fascismo italiano pretende dominar todo el Mediterráneo; desde Gibraltar hasta Turquía, hacerse dueño del Mar Rojo y extender su dominación hasta el Océano Indico.

Antes de que estalle la «gran guerra», los agresores fascistas quieren inutilizar las comunicaciones de Inglaterra y Francia y los puntos estratégico-militares más importantes que las protegen. Para lograrlo, desarrollan una intensa propaganda fascista y una gran actividad de espionaje y de diversionismo en todo el inmenso territorio que va desde Gibraltar hasta el estrecho de Bab-el-Mandeb.

★ ★

Hitler, que ha vuelto a resucitar los viejos planes del imperialismo alemán contenidos en la fórmula «Berlín-Bagdad», y Mussolini, que sueña con el «gran Imperio romano», se han puesto de acuerdo desde hace ya mucho tiempo para colaborar estrechamente en su labor de zapa en el cercano Oriente.

Uno de los centros de los agentes fascistas alemanes e italianos en el cercano Oriente es el Cairo, en *Egipto*. En una reunión de los agentes fascistas en el Cairo se trazó el plan para el trabajo de zapa en los países del cercano Oriente. El ministerio alemán de Propaganda invierte 3.000 libras esterlinas al mes en subvencionar la propaganda fascista en Egipto.

* *Stalin*, Informe presentado al XVIII Congreso del P. C. (b.) de la U.R.S.S., pág. 9.

El algodón de Egipto y el feraz valle del Nilo quitan el sueño a Hitler y a Mussolini. Llevado de su «amor por el algodón», Mussolini se ciñe un turbante y los agentes de Hitler se las dan de fervientes partidarios del Islám, declarando demagógicamente que la religión mahometana es «superior a la cristiana» y que «en Alemania hay mucha gente que ha abrazado la religión mahometana, en estos últimos tiempos».

En *Siria y Palestina*, los agentes fascistas desarrollan una actividad intensa. Palestina forma parte del sistema de las vías estratégicas y fortificadas de comunicación del Imperio inglés. Además, la conducción de petróleo de Mossul atraviesa Palestina hacia el puerto de Haifa. En los últimos tiempos, sobre todo en los meses de marzo y abril, se han acumulado los incidentes en esta conducción de petróleo. Las cañerías fueron destruidas y el petróleo incendiado. Los interrogatorios hechos a los agentes de sabotaje detenidos dieron por resultado que este trabajo de sabotaje había sido dirigido por oficiales italianos.

En el *Irak*, los agentes fascistas concentran su actividad en los sitios en que hay yacimientos de petróleo, intentando colocar bajo su influencia a las tribus que pueblan estas regiones. Los agentes del fascismo no se recatan en decir: «Estas regiones petrolíferas son los segundos Sudetes».

Los agresores fascistas consagran gran atención al *Yemen*. La Meca se ha convertido en centro de peregrinación de los agentes del fascismo. Los agentes italianos y japoneses en el Yemen realizan una intensa labor de zapa, sobre todo en las proximidades del estrecho de Bab-el-Mandeb. Instructores militares japoneses e italianos toman parte en la reorganización del ejército del rey del Yemen. El año pasado, se concertó entre el Japón y el Yemen un tratado sobre suministro de armas. El Japón obtuvo una concesión para establecer una línea aérea entre el Japón y el Yemen. El hijo del rey del Yemen estuvo el año pasado en Tokio, y como resultado de esta visita se concertó un tratado comercial del Japón con este país. El objetivo que el imperialismo japonés persigue en el Yemen es paralizar las comunicaciones inglesas con la India.



Cientos de agentes de la Gestapo y de la Oвра, disfrazados de turistas, de corresponsales de prensa, de ingenieros, de técnicos, de hombres de ciencia, de comerciantes, de empleados de banca, realizan una labor de zapa en Turquía, en Egipto, en Palestina, en Siria, en el Yemen, en el Irak, en el Irán, introduciendo secreta y descaradamente en estos países armas para pertrechar a sus destacamentos de bandoleros, literatura fascista, etc.

Para su labor de zapa y de espionaje, los agresores fascistas utilizan también con gran largueza las mujeres, enviándolas al cercano Oriente como bailarinas, maestras, niñeras, taquígrafas, costureras, etc. Solamente en Egipto se han descubierto ya, según los informes de la

prensa turca, 300 agentes femeninos de la Gestapo, en Siria 150, en Persia 200 y en el Irak más de 40. Estas espías reciben, antes de salir para su destino, una instrucción especial en Hamburgo, en cursos de seis meses, siendo luego enviadas a los países del cercano Oriente con pasaportes falsos, como muchachas checas o húngaras. Se esfuerzan, principalmente, en penetrar en los círculos políticos y en las casas de personas influyentes. En Turquía, está de moda, en las casas aristocráticas, tener «niñeras» alemanas. Y hay ya tal número de «niñeras» de éstas, que la opinión pública empieza a preguntarse donde acaban las funciones de la niñera y donde empiezan las actividades de la espía.

Los agentes desarrollan en los países del cercano Oriente una intensa propaganda antisemita. El cónsul alemán en Damasco (Siria) gasta sumas gigantescas para la agitación antisemita y para la organización de pogromos de judíos. En Siria y Palestina, circulan proclamas antisemitas impresas en Berlín. En estas proclamas, se ataca a Roosevelt como «protector de los judíos». El libro de Hitler «Mein Kampf» ha sido traducido al árabe y es repartido por los agentes del fascismo alemán en los países de la Arabia como el «nuevo Corán». En la traducción se han omitido, naturalmente, los pasajes del libro en que se dice que los árabes son una raza inferior. Los resultados de esta propaganda fascista se manifiestan ya en la acentuación del antagonismo entre la población árabe y la población judía, que en Palestina ha revestido la forma de una lucha sangrienta y fratricida. Esta labor de zapa que se desarrolla en los países de la Arabia es dirigida por la sección mahometana del ministerio de Propaganda de Berlín, que regenta el señor Goebbels.

Hay en la costa del Mediterráneo, en el Líbano (Siria), un pueblo de unos 8.000 habitantes, llamado Hunije. Este pueblo es el centro de la labor de espionaje y de zapa y la residencia del estado mayor de los agentes fascistas en el cercano Oriente. Hacia él afluyen los elementos reaccionarios de todos los países de Arabia. Allí residen el mufti de Palestina, vendido al fascismo, y el ex virrey de Egipto Abbas Hilmi, rabiosamente reaccionario; allí residen los hijos y los nietos de los sultanes de Turquía y de los shahs de Persia; allí se concentran los cientos de reaccionarios fugitivos de Turquía y del Irán. Los agentes alemanes e italianos hacen visitas frecuentes a estos personajes, atizan innumerables intrigas, eligen ya los candidatos para el trono del Líbano, de Palestina, etc. Es aquí donde se urden los planes para la desmembración de Siria y donde se preparan las sublevaciones de las tribus kurdas del Irak.

Por medio de sus agentes, los fascistas alemanes e italianos penetran en los partidos políticos de los países árabes, esforzándose especialmente en atraerse a la juventud. Algunos partidos reaccionarios de los países del cercano Oriente sólo viven de los fondos del fascismo alemán e italiano. Así por ejemplo, el partido nacionalista y el partido Usbé en Siria, el partido del mufti en Palestina, la organización de las camisas azules en Egipto, que deben su existencia exclusivamente a

los fondos que reciben de Berlín y Roma. El presidente del partido nacional sirio estuvo hace poco en Berlín, de donde volvió, después de entrevistarse con Goebbels, con una gran cantidad de dinero. En una reunión de la dirección del partido del mufti, I. Davase, representante del fascismo alemán, declaró que «han vuelto a llegar de Alemania dinero y armas». Y, en efecto, en febrero de este año fué detenido, camino del Líbano, un convoy en el que se descubrieron 500 fusiles de fabricación alemana y gran cantidad de material de guerra. Hace poco, fué detenido en Siria un grupo de afiliados al partido Usbé. En el sumario, se averiguó que «trabajaban» con fondos y a base de instrucciones que recibían de Roma, de los fascistas italianos, de donde recibían también armas.

Uno de los canales por los que penetran en los países árabes la propaganda y el trabajo de zapa del fascismo son los llamados clubs. Por todas partes se crean, bajo los nombres más diversos, «clubs» fascistas. Al frente de ellos se hallan gentes instruídas especialmente para este fin en Alemania e Italia. La mayoría de los afiliados a estos «clubs» son funcionarios locales. Hace poco, en un registro domiciliario, fueron descubiertos en casa de uno de los fundadores del «club» local de Damasco 18 fusiles, 10 pistolas, gran número de bombas y de municiones e instrucciones recibidas de Berlín. En Siria y en otros países, los fascistas italianos abren «clubs» con el nombre de «Casas de Italia».

Además de estos «clubs», los agentes fascistas se valen para su propaganda de la prensa, de los manifiestos y de la radio. Solamente en Siria, se publican nueve periódicos sostenidos con dinero italiano y alemán. Los periódicos árabes reciben una información especial de Berlín redactada en la lengua nacional. La emisora italiana de radio de Bari radia alocuciones en árabe a la población indígena invitándola a sublevarse contra Inglaterra y contra Francia y ensalzando diariamente, en los tonos más elevados, el régimen fascista, odiado de las masas. Aparte de esta emisora, trabaja desde hace algún tiempo una estación secreta de radio incitando a los radioescuchas a luchar contra los antifascistas y los comunistas. Se ha descubierto que esta emisora, que se desplaza de unos sitios a otros, funciona en la región situada entre Siria y Palestina.

Los agentes fascistas se esfuerzan celosamente en reclutar a la población indígena para su labor de zapa. Los consulados italianos en los países árabes invitan a sus locales a los habitantes del país y los llevan, por medio de todo género de seducciones, a Roma, donde se les instruye de un modo especial en el trabajo de espionaje. Los agentes fascistas alemanes envían a las gentes reclutadas en los países árabes a instruirse a Berlín. Así se forman los cuadros indígenas para el trabajo de espionaje y de diversionismo en los países del cercano Oriente.

Aparte de esta «actividad», los fascistas italianos y alemanes en Siria, Egipto y otros países, encubriéndose con el manto del trabajo

cultural, abren escuelas, bibliotecas, hospitales y otros «centros de cultura», que son también exclusivamente centros de espionaje.



Sin embargo, a pesar de esta intensa propaganda fascista y del trabajo de zapa y de espionaje que desarrollan en los países del cercano Oriente, los agresores fascistas no han conseguido captarse la simpatía ni el apoyo del pueblo árabe, ni lo lograrán tampoco en lo sucesivo. Sus agentes, que siembran la discordia nacional entre los árabes y los judíos, que organizan sangrientos pogromos y realizan una propaganda infame contra todos los antifascistas y especialmente contra los comunistas, perpetrando atentados y golpes de diversionismo, tropiezan con el odio y el desprecio de la mayoría de la población.

Las esperanzas de los fascistas de que la lucha de liberación nacional del pueblo árabe redunde en su provecho, les salen fallidas. El pueblo de Siria y el pueblo de Palestina no olvidarán jamás las bestialidades y las villanías de los militaristas alemanes durante la guerra imperialista. ¡Cuántos de los mejores representantes del pueblo árabe perecieron a manos del imperialismo alemán y de sus agentes, los pachás turcos! ¡No, los obreros no olvidarán jamás esto!

El pueblo árabe no olvidará tampoco el yugo y los estragos del imperialismo italiano; el pueblo de Trípoli (Libia), sobre todo, no olvida que desde hace 28 años conoce por propia experiencia la dominación opresora y la barbarie del imperialismo italiano. Lenin hubo de poner de manifiesto ya en 1912 los métodos con que Italia consiguió adueñarse de Trípoli y los fines que el imperialismo italiano perseguía con ello:

«Italia ha «vencido». Hace un año que se lanzó con intenciones rapaces sobre el territorio turco de Africa, y desde ahora Trípoli pertenecerá a Italia. Merece la pena echar una ojeada a esta típica guerra colonial mantenida por un Estado «civilizado» del siglo XX.

¿Cuál fué la causa de esta guerra? La codicia de los magnates financieros y capitalistas italianos, que necesitaban un nuevo mercado y un triunfo para el imperialismo italiano.

¿Qué fué esta guerra? Una carnicería humana perfeccionada y civilizada, el ametrallamiento de los árabes con ayuda de las armas «más modernas»...

Han sido asesinados unos 14.800 árabes. En realidad, la guerra seguirá su curso a pesar de la «paz», pues las tribus árabes del interior del continente africano, alejadas de la costa, no se someterán. Durante mucho tiempo, se las seguirá «civilizando» a fuerza de bayonetas, de balas, de sogas, de fuego y de violaciones de mujeres». *

Este régimen de «bayonetas, balas, sogas, fuego y violaciones de mujeres», rige en Trípoli desde hace 28 años, y el pueblo de Trípoli no se quiere ni se puede resignar a la dominación de los opresores italianos. Una prueba de esto son las sublevaciones del pueblo tripolitano en los años de 1914 a 1918, en 1921, en 1927 y en 1930. Según los datos de la prensa turca, las expediciones italianas de castigo han

* Lenin, Obras completas, ed. rusa, t. XXX, pág. 201.

asesinado en Trípoli a más de 260.000 árabes. La población de Trípoli ha disminuído considerablemente, bajando de 750.000 a 520.000 habitantes. Los mortíferos aviones fascistas de bombardeo han arrasado cientos de aldeas y de poblados. Actualmente, hay en Trípoli un soldado italiano por cada cuatro indígenas. El imperialismo italiano ha llevado a Trípoli el hambre, la muerte y la inquisición.

A pesar del sangriento terror, el pueblo de Trípoli sigue luchando todavía valientemente contra el fascismo italiano. Los nietos del caudillo de la tribu de los senusi siguen combatiendo con las armas en la mano contra la barbarie de Mussolini. Por los días en que los fascistas italianos destruyeron la independencia de Albania, los senusistas de Trípoli promovieron una nueva sublevación, que se extiende cada vez más. En las proclamas de los rebeldes, se dice: «¡Guardaos de la política engañosa de los italianos, que quieren utilizar a nuestros hijos, bajo el uniforme de soldados libios, como carne de cañón para sus fines de conquista!».

Mussolini se ha declarado «protector» del Islám. Pero en Siria, en las calles de Damasco, 35.000 manifestantes gritaron con motivo de la ocupación de Albania: «¡Abajo Mussolini!», ¡Mussolini no es el protector, sino el esclavizador del Islám!». Y estos gritos repercutieron también en Egipto y en Túnez. En Palestina, 5.000 egipcios manifestaron su decisión de luchar contra la penetración del fascismo alemán e italiano en los países árabes y de proteger a Egipto contra un ataque de los agresores fascistas.

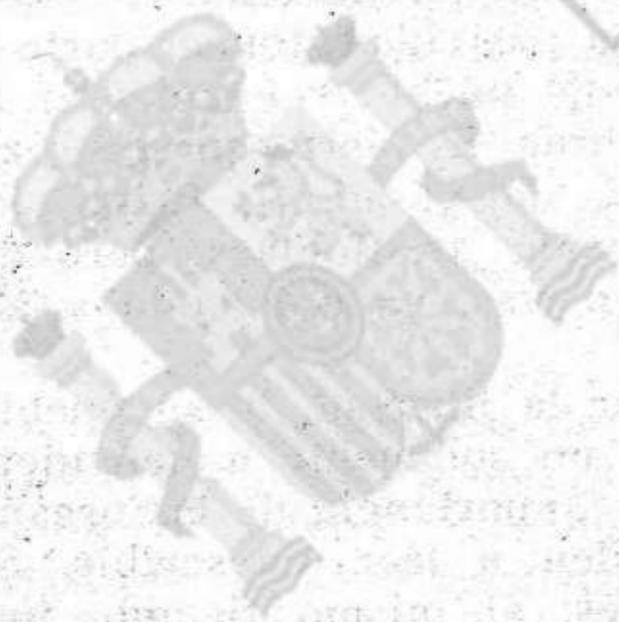
Los partidos democráticos, y con ellos los comunistas de Siria, del Líbano, de Palestina y de Egipto, han acordado luchar en un frente único por la libertad y la democracia contra la penetración de los agresores fascistas en los países árabes. El 7 de mayo, se celebró en la ciudad de Beirut (Siria) una conferencia de los antifascistas de Siria y del Líbano, en la que se examinaron los métodos y formas de lucha contra la penetración del fascismo en los países de la Arabia.

El movimiento popular antifascista, que engloba amplios sectores de la población de los países árabes, empieza a extenderse poco a poco hasta convertirse en un potente frente de unidad nacional contra el fascismo. En Siria, Egipto y Palestina se han celebrado fuertes manifestaciones de protesta contra los manejos de Hitler y Mussolini en el cercano Oriente. Pero las fuerzas reaccionarias de los magnates coloniales franceses e ingleses y las autoridades locales redoblan las persecuciones contra las masas populares. Así por ejemplo, cuando los obreros y la población urbana de una serie de ciudades de Siria declararon una huelga de protesta contra las provocaciones de los elementos profascistas, las autoridades francesas ordenaron hacer fuego en las calles de Aleppo y de Damasco, causando varios muertos entre los manifestantes. Fueron detenidos cientos de antifascistas que gritaban: «¡Alianza con las masas populares y los obreros de Inglaterra y Francia en la lucha contra el fascismo!». Se conocen muchos casos en que las

autoridades locales, como respuesta a la petición de las masas populares de que sean alejados los agentes del fascismo y protegidas las libertades democráticas, acentúan las persecuciones y animan a las fuerzas reaccionarias.

Esta política antipopular no sirve más que para estimular el trabajo de zapa de los agentes del fascismo y de los reaccionarios en los países árabes. La lucha de las masas populares contra el fascismo se halla indisolublemente unida a la lucha por las libertades democráticas. Pese a todas las amenazas y persecuciones, las masas antifascistas mantienen una lucha cada vez más resuelta contra los agresores y por la unidad del pueblo árabe. Las fuerzas progresivas unificadas del pueblo árabe opondrán una resistencia enérgica a los manejos de Hitler y Mussolini en el cercano Oriente.

MINISTERIO
DE CULTURA



La heroica lucha del pueblo chino

PEN DE CHUEI.

El trabajo político de masas y las organizaciones de masas en la China del Norte

Bajo el fuego de la guerra por la libertad, se está operando en China un acontecimiento histórico mundial: *la cohesión de un pueblo de cuatrocientos millones de almas para formar una nación*. Las masas despiertan de su sueño milenario. Los campesinos, acostumbrados a soportar con aire de indiferencia todos los golpes y malos tratos, sin preocuparse siquiera de quienes eran sus opresores, han cobrado conciencia de sí mismos y conciencia nacional. Ellos, que desde tiempo inmemorial veían en todo soldado un enemigo, se incorporan activamente a las filas del Ejército Popular antijaponés o apoyan de otros modos a los que combaten por la libertad nacional. Nuevos y nuevos sectores del pueblo sacuden la vieja pasividad, toman parte en la organización y en la democratización del pueblo y en el gran proceso en el que se está forjando la nación china. Es cierto que de vez en cuando levanta cabeza todavía la resistencia del pasado, la fuerza de la inercia de los viejos prejuicios y de las malas tradiciones; pero día tras día van ganando terreno las fuerzas nuevas, va creciendo y afianzándose la nación.

Bajo el fuego de la guerra por la libertad de su pueblo, millones y millones de hombres aprenden no solamente a defenderse con las armas en la mano, sino también la importancia de las organizaciones e instituciones democráticas. Aprenden a leer y escribir. Su ofensiva contra los bandoleros japoneses es, al mismo tiempo, una ofensiva contra la diseminación nacional, contra el atraso y la incultura. El pueblo chino se convierte de un objeto en un sujeto, en un factor activo e independiente de la historia.

A la luz de algunos ejemplos de la labor nacional-revolucionaria de masas que se realiza en la China del Norte, queremos exponer cómo el pueblo chino se agrupa para formar una nación, cómo se organiza y democratiza, cómo crece en él el patriotismo revolucionario, la conciencia nacional, la conciencia de sus intereses comunes.

La guerra antijaponesa de defensa en la China del Norte, que representa un importante nudo estratégico de las operaciones guerreras, ha enriquecido al pueblo chino con grandes experiencias en el tra-

bajo revolucionario de masas. Si en la China del Norte se ha conseguido arrancar victorias importantes, reconquistar grandes territorios y crear una base antijaponesa, se debe a la movilización de las masas populares. Sólo agrupando y organizando todas las fuerzas progresivas del país será posible conseguir el triunfo definitivo en la guerra anti-japonesa y crear el nuevo Estado sobre la base de los tres principios populares de Sun Yat Sen.

El vandalismo de los bandoleros japoneses en la China del Norte.

El vandalismo de los militaristas japoneses en el territorio de la China del Norte arrebatado por ellos ha puesto en pie a todo el pueblo, infundiéndole un santo odio contra los asesinos e incendiarios. Baste decir, para poner un solo ejemplo, que en el inmenso y densamente poblado territorio que va desde Baodin hasta Chizsjatchuan, a lo largo del ferrocarril de Beipin a Hankeu, los japoneses han arrasado todas las aldeas situadas a ambos lados y a una distancia de 15 *li* de la vía férrea. Todo el mundo sabe que los oficiales y soldados japoneses escarnecen a todas las mujeres de que se apoderan, sin exceptuar ni a las ancianas. En muchos casos, han llegado incluso a violar a niñas de corta edad, causándoles generalmente la muerte.

En las regiones situadas entre las líneas férreas de Beipin a Hankou, Tientsin a Pukou, Beipin a Sujan y Tchendin a Taijuan, la agresión japonesa ha costado ¡no menos de 10 millones de víctimas!

Este vandalismo sin precedente de los asesinos e incendiarios japoneses ha levantado en el pueblo una oleada formidable de indignación. En todos los distritos, hasta en los más remotos, el pueblo se alza espontáneamente para luchar contra los bandoleros japoneses. En esta dura lucha contra los rapaces invasores, la población recurre constantemente a nuevos métodos de lucha. Así, por ejemplo, muchas veces los soldados japoneses penetran en las aldeas con la única finalidad de violar a las mujeres. Para tentar y dar su merecido a los soldados japoneses, los hombres se disfrazan de mujeres, vistiendo ropas abigarradas. Los chinos disfrazados corren a un lugar apartado, seguidos por los conquistadores japoneses de mujeres, y una vez allí dan a los enemigos el trato que merecen. Casos de estos se dan con frecuencia. En la China del Norte, ha llegado a popularizarse este dicho: «Cuando un hombre se viste de mujer, es que quiere luchar». Por este procedimiento, la población del distrito de Chizsjatchuan ha arrebatado a los japoneses unos cuantos cientos de fusiles, con los cuales ha equipado a todo un destacamento de guerrilleros.

Una vez, los japoneses enviaron caballería y tropas motorizadas contra un destacamento de guerrilleros que operaba en la llanura de la provincia de Hebe. Los guerrilleros, informados de ello, reunieron entre la población gran número de hoces viejas y las enterraron en la

calzada con la punta bien afilada, cubriéndolas luego con arena. Cuando las tropas motorizadas llegaron a toda velocidad, empezaron a reventar los neumáticos uno tras otro y los carros blindados no pudieron avanzar. A las tropas de caballería las recibieron del siguiente modo: reunieron clavos y los enterraron con la punta hacia arriba en el camino por el que tenía que pasar la caballería japonesa. Los caballos pisaron sobre las puntas, se hirieron las pezuñas y las tropas de caballería no pudieron hacer nada. Desde entonces, circula este dicho: «Con hoces viejas se derrota a las máquinas y con clavos a la caballería».

El odio profundo a los bandoleros japoneses ha penetrado hasta las más apartadas montañas de la China del Norte, donde la población cree todavía en los ídolos. En su fe ingénuo de que se puede conjurar la desgracia sobre las cabezas de los bandoleros japoneses por medio de ritos religiosos, los habitantes de estas regiones moldean figurillas de diablos hechas de harina que quieren representar japoneses. Luego, cuecen y comen estas figurillas, cantando las coplas siguientes:

«De harina de arroz
y de harina de trigo
cocemos los diablos japoneses.
Comemos las manos
y comemos las piernas,
pero las cabezas
las echamos a los perros».

Muchos de estos sucesos encuentran gran difusión en el pueblo en forma de relatos y de cantares.

La población de la China del Norte destruye y sabotea por iniciativa propia las vías de comunicación del enemigo. Ataca por sorpresa a las guarniciones japonesas y no deja al enemigo un punto de reposo. Las masas guardan rigurosamente el secreto del sitio en que se encuentra el ejército chino, acechan para descubrir a los traidores y ayudan a las tropas del Ejército Popular chino con nuevos refuerzos, abasteciéndole de víveres, etc. El trabajo revolucionario de masas ha contribuido notablemente a este incremento de los sentimientos y de los actos antijaponeses, patrióticos, entre las masas populares de la China del Norte.

El trabajo de masas en los distintos sectores de la población y en las distintas organizaciones.

Los *campesinos* forman más del 80 por 100 de la población de China. Como es lógico, desempeñan un papel extraordinariamente importante y hasta podríamos decir que decisivo, en una larga guerra de liberación nacional como ésta.

En la China del Norte, hay por todas partes *organizaciones de*

campesinos. Estas organizaciones ayudan material y moralmente a las familias de los combatientes. Movilizan a las masas campesinas para conseguir el incremento de la producción agrícola. Gracias al trabajo de masas realizado entre los campesinos, la cosecha recogida en la China del Norte en 1938 excedió en un 20 a un 25 por 100 de la del año anterior. Además, los precios de los productos agrícolas se abataron considerablemente, todo ello gracias exclusivamente al desarrollo del trabajo de los campesinos, al incremento de su productividad y del rendimiento de las tierras.

Los campesinos se enrolan de buen grado en el Ejército. Además, se incorporan al llamado ejército de autodefensa y a los destacamentos sanitarios, que ayudan de un modo activísimo al Ejército regular. Los campesinos desenmascaran a los traidores a la patria, ayudan al ejército a organizar los transportes, etc. Los campesinos desarrollan una actividad muy grande en la lucha contra los espías japoneses. En un documento del mando japonés que ha caído en poder de los combatientes chinos por la libertad, se confiesa que «de la docena de espías enviados a Uteischán a recoger informaciones necesarias no ha vuelto ni uno solo. Todos han caído prisioneros».

Gracias a la actividad de las organizaciones de masas de los campesinos en la China del Norte, se trabaja eficazmente por la educación de las masas y por la elevación de la conciencia nacional del pueblo. La población sabe ya lo que le conviene al Estado y lo que le conviene al enemigo. Así por ejemplo, los campesinos de las provincias de Hebe y Chansi no cultivan ahora algodón ni aceite, productos que necesitan los japoneses, sino que transforman sus tierras para cultivar en ellas cereales, incrementando de este modo la cantidad de víveres para la población y para el Ejército.

Desgraciadamente, hay que decir que entre los *obreros industriales* el trabajo político de masas no está tan bien organizado como entre los campesinos. Esto se explica porque las grandes ciudades y los ferrocarriles se hallan en manos de los japoneses, habiéndose perdido con ello los centros industriales más importantes, en los que se concentraban las fuerzas organizadas de los obreros. Pero la clase obrera de estas regiones ocupadas por los invasores opone una enérgica resistencia a los bandoleros. Así por ejemplo, en junio de 1938, se produjo en Tanschan, en la retaguardia de los japoneses, una sublevación de 5.000 obreros, que destruyeron dos batallones de invasores y se apoderaron de muchos fusiles y de otras armas. Los iniciadores y dirigentes de esta sublevación fueron miembros del Kuomintáng y del Partido Comunista. Algunos cayeron en una lucha heroica con los japoneses. Los obreros de Tanschan han organizado ahora algunos destacamentos de guerrilleros que cuentan cerca de 10.000 hombres y operan en la frontera de las provincias de Hebe y Tschachar, en Tchaojan, Shanghaikwang y en la parte oriental de la provincia de Hebe.

La *juventud* de la China del Norte se agrupa en varias organizaciones, las más importantes de las cuales son la «Sociedad por la sal-

vación de la Patria» y la «Liga Juvenil Antijaponesa». Estas organizaciones desarrollan una gran labor no sólo entre los jóvenes, sino también entre los adultos y entre los niños.

Los coros de la juventud recorren las diversas regiones de la China del Norte, cantando sus canciones antijaponesas y patrióticas. En las regiones de las que han sido expulsados los invasores, la mayoría de los trabajadores han aprendido ya las canciones patrióticas gracias a estos coros, lo cual contribuye no poco a la movilización de las grandes masas en la lucha contra los agresores japoneses.

Los círculos dramáticos de la juventud ponen en escena obras patrióticas, como por ejemplo «Los ochocientos guerreros», «El lamento de la penuria de la Patria», «El triunfo será nuestro y crearemos el nuevo Estado», etc. Estas representaciones teatrales afianzan la fe del pueblo en el triunfo y movilizan a las masas para tareas sociales importantes y para el incremento de la productividad del trabajo. La labor de los círculos dramáticos eleva también el nivel cultural de los campesinos.

El *Ejército de la cultura* es el nombre que se da a los grupos juveniles que trabajan para combatir el analfabetismo entre los obreros, los campesinos, las mujeres y los niños. La actividad de este Ejército de la cultura no sólo es útil para la resistencia armada contra el Japón, sino que además es extraordinariamente importante para la edificación del nuevo Estado.

Las mujeres forman la mitad de la población de China; hay en China más de 200 millones de mujeres. Desgraciadamente, la mayoría de ellas siguen siendo tratadas aún hoy como esclavas. Aunque es cierto que el gobierno ha dado una serie de decretos sobre los derechos de la mujer, la mayoría de las mujeres de China continúa rezagada y privada de derechos. Especialmente dura es la situación de las mujeres de la China del Norte, donde se ha conservado la cruel tradición de ahor-mar los pies.

Las mujeres sólo pueden conseguir la realización de sus reivindicaciones y liberarse plenamente como consecuencia de la liberación nacional de su pueblo. El camino de la emancipación de la mujer es el camino de la emancipación de toda la nación china. En la China del Norte, algunas mujeres progresivas han dado pruebas de un valor heroico en la resistencia armada contra el Japón, saliendo con ello enérgicamente al paso del desprecio de que se rodea a la mujer, a la que se quiere confinar en las labores de la casa y de la cocina.

En la China del Norte, donde la mayoría de los combatientes heridos tienen que ser asistidos en las casas particulares, las mujeres chinas dan pruebas de abnegación y de sacrificio cuidando a los combatientes heridos y enfermos del Ejército chino. No pocas veces, las mujeres se quitan de la boca y privan a su propia familia de los víveres más necesarios para dárselos a los combatientes heridos, con objeto de que se repongan lo antes posible. Muchas mujeres convencen

a sus maridos y a sus hijos para que se alistén en el Ejército. Fabrican zapatos y hacen calcetines y guantes para enviarlos al frente y «apadrinan» a los destacamentos del Ejército Popular revolucionario.

Las mujeres toman una parte cada vez más activa en la vida social y política de su pueblo. Hoy, en la China del Norte, hay ya muchas mujeres elegidas para ocupar el puesto de alcaldes de su aldea y dirigentes de su distrito y que en general gozan de gran autoridad entre toda la población.

En toda la China del Norte existen *organizaciones infantiles* «Para la salvación de la Patria». La labor educativa desarrollada entre los niños eleva su conciencia nacional y su nivel cultural y les infunde el patriotismo revolucionario antijaponés. Los niños toman parte en los coros y en los círculos dramáticos y, a través de ellos, en la agitación en pro de la resistencia contra el Japón. Son buenos guías y exploradores del terreno y vigilan para descubrir a los sospechosos. Se han dado casos de niños que han descubierto los planes del enemigo y de los traidores que se disponían a emplear los gases asfixiantes contra nuestras tropas. En el Estado Mayor del 8.º Ejército Popular revolucionario hay un muchacho que detuvo a un agente del enemigo cuando se preparaba para envenenar una fuente.

En todo el Norte de China se han formado «Comités de familias de combatientes», de las que forman parte las familias de una aldea o los representantes de las familias de varios pueblos vecinos. Estos Comités se reúnen diariamente y examinan todas las necesidades de las familias de los hombres incorporados al Ejército. Entre ellas, se desarrolla una labor sistemática de educación y propaganda.

En la China del Norte se vela por elevar la posición social de las familias de los combatientes y su autoridad entre las masas populares. En las aldeas, se forman grupos sociales que ayudan a estas familias a cultivar sus tierras y a recoger la cosecha. Además, a las familias de los combatientes se les hacen préstamos. Los dirigentes de los distritos y otros representantes de la autoridad visitan personalmente a las familias que tienen parientes en el Ejército, condecoran a muchas de ellas con distintivos honoríficos, etc. Las familias de los combatientes gozan de un trato de favor en muchos aspectos. Así por ejemplo, sus hijos reciben educación gratuita, las cooperativas les venden las mercancías con una gran rebaja, etc.

En la China del Norte hay en todas las aldeas, además de las escuelas generales, grupos para la liquidación del analfabetismo, clases nocturnas, etc. Aparte de esto, hay en cada aldea y en cada distrito rincones «Para la salvación de la Patria», «Rincones nacional-revolucionarios», rincones de «Renacimiento nacional», etc. Al frente de ellos se hallan camaradas elegidos especialmente. Estos organizan asambleas en las que se dan noticias sobre la situación en el frente y se divulgan entre la población las hazañas heroicas de los combatientes y la conducta abnegada de la población en la lucha contra los invasores japoneses.

La lucha contra los traidores y la descomposición del ejército enemigo.

Una de las tareas más importantes es la lucha contra los traidores. Los traidores chinos se agazapan no pocas veces detrás de consignas antijaponesas y forman organizaciones y cuerpos de tropa «antijaponeses» para sembrar entre las masas la falta de fe en la fuerza del pueblo, el espíritu del derrotismo y de la capitulación. Dicen: «Nuestras tropas no conseguirán así como así derrotar al Ejército japonés. Limitémonos a defendernos. Si los japoneses no nos atacan, tampoco tenemos nosotros por qué atacarles». Hay elementos rezagados que se dejan engañar y en los que encuentran eco estas palabras traidoras. Los traidores a la patria lanzan también, en ciertos lugares, consignas como ésta: «No toleraremos en nuestro suelo soldados japoneses ni soldados chinos». Por este medio, los invasores japoneses pretenden conseguir una doble finalidad: que las tropas chinas encuentren resistencia entre sus propios coterráneos y que los japoneses no necesiten enviar a estos distritos sus tropas, de las que andan escasos. Así es cómo los invasores japoneses quieren poner en práctica su plan de «someter a China por medio de los propios chinos».

En la China del Norte, los japoneses y sus agentes han lanzado esta consigna: «De la paz parcial a la paz total». Declaran que están dispuestos a concertar con la población china un pacto mutuo de no agresión, para de este modo sobreponerse a las dificultades que la tenaz resistencia de la población japonesa les opone. Dicen «Nuestras tropas no matarán, no robarán, no incendiarán casas ni violarán mujeres, siempre y cuando que la población nos garantice, a su vez, que el ejército chino no atacará a los japoneses». En realidad, los agresores necesitan esta «paz» para reducir al minimum sus tropas en las regiones invadidas y de este modo poder trasladar más tropas al frente.

Para hacer fracasar la cohesión de las fuerzas antijaponesas y quebrantar el espíritu de lucha de la población, los enemigos recurren a todo género de provocaciones. Por medio del terror y del soborno, incitan a la población a rebelarse contra el Ejército antijaponés. No pocas veces, para echar a perder las relaciones de amistad entre el Ejército Popular chino y la población, los traidores del «Ejército de apoyo al Emperador» se disfrazan de combatientes del 8.º Ejército Popular revolucionario y pegan carteles en los que se habla de la instauración del Poder Soviético, de la necesidad de llevar a cabo una revolución agraria, de la dictadura del proletariado, etc. A los soldados del Ejército del Gobierno central, los traidores a la patria les dicen que ellos no están en contra del Ejército regular, sino solamente en contra de los comunistas y de los guerrilleros. En cambio, a los guerrilleros les dicen que no están en contra de los guerrilleros, sino solamente del Ejército regular.

El Ejército nacional-revolucionario de China y la población de la

China del Norte han aprendido ya a conocer al enemigo. Pero todavía hay gentes que no descubren las diabólicas maquinaciones del enemigo. Hacer comprender a estas gentes, con toda paciencia, las canalladas de los invasores japoneses y de sus gantes dentro de China, constituye una de las tareas más importantes del trabajo de masas.

El 8.º Ejército Popular revolucionario y los demás Ejércitos Populares revolucionarios de la China del Norte procuran ilustrar políticamente a las organizaciones y a las tropas japonófilas, y sólo cuando no lo consiguen proceden a destruirlas militarmente. En este terreno, se han conseguido ya grandes éxitos. Se ha conseguido ya descomponer el primer Ejército japonófilo de «Apoyo al Emperador». El sedicioso Li Fu Cho y sus consejeros japoneses han sido fusilados. El 2.º Ejército japonófilo ha sido destruido. El jefe de este Ejército ha sido muerto y han caído prisioneros dos jefes de brigada y dos coroneles de regimiento. El tercer Ejército japonófilo ha recibido tales golpes, que sus restos se ocultan ahora en Chizsjatchuan, sin atreverse a asomar siquiera las narices. Los demás Ejércitos de esta clase han pasado a las filas del Ejército Popular chino o han sido aniquilados.

Todas estas victorias han sido el fruto de la conciencia nacional cada día más firme y de la tenaz labor de organización, de propaganda y militar, el fruto del odio más profundo desencadenado en la población contra los traidores y contra los ejércitos de los «gobiernos» de marionetas.

Un factor importante son los sentimientos antiguerreros de los soldados japoneses. En los lugares ocupados por las tropas japonesas se reparten manifiestos y se pegan carteles. A los soldados japoneses se les gritan consignas en la lengua de su país.

Con los prisioneros, se sostienen conversaciones políticas cordiales. Muchos de ellos son ganados para la causa de la libertad.

Los que se pasan a nuestras filas declaran que la agitación hace mella entre los soldados del Ejército japonés y que los sentimientos antiguerreros ganan terreno entre ellos. Las tropas japonesas ya no luchan en el frente con la misma tenacidad que al principio de la guerra. Casi en todos los combates hay japoneses que se entregan prisioneros, cosa que antes casi nunca ocurría. El caso de los soldados que se pasan a nuestras filas de los ejércitos de los «gobiernos» de marionetas constituye ya un fenómeno corriente.

Todo esto confirma que es posible conseguir que se pasen al lado de los combatientes chinos por la libertad no sólo los ejércitos de los «gobiernos» de marionetas, sino también destacamentos sueltos de tropas japonesas.

El Ejército Popular chino está penetrado de una elevada conciencia nacional; por eso puede colaborar del modo más estrecho con las masas populares. Por primera vez en la historia de China, el Ejército es sangre y carne del pueblo.

Las perspectivas.

La China del Norte tiene una gran importancia para los bandoleros japoneses, tanto en el terreno estratégico-militar como en el aspecto económico. Por eso los militaristas japoneses se aferran con tanta fuerza a ella, queriendo dominarla. No cabe duda de que los invasores japoneses pretenden establecerse en la China del Norte y de que harán nuevos y repetidos esfuerzos para arrojar de aquí al Ejército Popular chino. Podemos, pues, esbozar del modo siguiente lo que el próximo porvenir nos reserva:

I. El enemigo desencadenará una ofensiva contra algunas de las regiones ocupadas por el Ejército Popular chino. Se esforzará en adueñarse de los puntos estratégicos.

II. El enemigo bloqueará por todos los medios las comunicaciones del Ejército Popular chino, para destruir los enlaces entre las distintas unidades de tropa.

III. El enemigo intensificará sus provocaciones y el engaño de las masas y procurará provocar el derrumbamiento del frente único nacional antijaponés.

No hay que perder de vista que el frente Norte es el frente en el que se decidirá en última instancia la suerte de la guerra. En la China del Norte hay más de quince divisiones de tropas japonesas. El Ejército Popular revolucionario chino tiende a atraer a este frente un número todavía mayor de fuerzas del enemigo. Está dispuesto a hacer frente a las mayores dificultades, para de este modo facilitar la resistencia de toda China.

La tenaz resistencia de la China del Norte hará que los japoneses no consigan lucrarse con las grandes riquezas materiales de este territorio y que fracase su plan de «someter a China por los propios chinos», su plan de valerse de las riquezas naturales de China para luchar contra ella.

La tenaz resistencia de la China del Norte prestará también una gran ayuda a aquellos sectores del Ejército Popular chino que luchan en la retaguardia del enemigo y los apoyará en su misión de convertir la retaguardia del enemigo en un frente.

La resistencia armada contra los invasores japoneses en la China del Norte es una parte de la guerra de liberación nacional de toda China. Las fuerzas del 8.º Ejército Popular revolucionario operan paralelamente con las del Ejército manchuriano para desperdigar las fuerzas del enemigo.

El Ejército y las masas populares de la China del Norte, que cuenta aproximadamente 100 millones de habitantes, tienen una gran experiencia de lucha de casi dos años de guerra. En el transcurso de la lucha, se han hecho grandes progresos. El régimen político de la China del Norte se ha democratizado. En el Ejército reina una disciplina

firme. Entre el Ejército y la población se han creado fuertes vínculos de amistad. También en la vida del pueblo han cambiado bastantes cosas. La lucha ha encauzado a la China del Norte por el camino inquebrantable de la victoria.

La dirección firme y colectiva de la lucha antijaponesa por medio del Kuomintáng, del Partido Comunista y de los demás partidos y agrupaciones antijaponeses se alza como un ejemplo ante las masas y es el medio más seguro para la consecución de la victoria.

Lo más importante de todo es la sincera cohesión de todo el pueblo y la estrecha colaboración del Kuomintáng y del Partido Comunista. Quien se oponga a la cohesión y a los avances de la nación será arrollado por la poderosa corriente del movimiento popular antijaponés.



En el País del Socialismo:

A. CLAIRE.

El fondo de oro

El fondo de oro de la Unión Soviética son los hombres. Aquí, el hombre no es idealizado, convertido en objeto de especulaciones metafísicas; no se tolera que se santifique mentirosamente al hombre, presentándolo como una criatura de Dios. El fondo de oro es el hombre soviético de carne y hueso, con sus preocupaciones y sus necesidades, sus alegrías y sus intereses, con su intrépida capacidad creadora, con su espíritu alegre: el verdadero señor de la tierra. Para este hombre y por él se está llevando a cabo aquí la grandiosa transformación de la naturaleza y de la sociedad. Todos los pequeños y grandes hechos del socialismo respiran humanidad.

Aquí, en la Unión Soviética, el hombre ha dejado de ser un «material». En este país gigantesco, el hombre ya no ha nacido para convertirse en el abono de la historia. Aquí, todo hombre es necesario, todo hombre es valioso. Aquí, ha nacido el hombre con su figura más genuina, el hombre del que dijo Máximo Gorki: «El hombre, palabra henchida de orgullo!».

En el XVIII Congreso del Partido bolchevique, este hombre soviético dijo al mundo capitalista, por boca de Stalin:

«El último de los ciudadanos soviéticos, libre de las cadenas del capital, está a cien codos de altura sobre cualquier encopetado burócrata extranjero que lleva sobre sus hombros el yugo de la esclavitud capitalista.»

★ ★

Cuando en el mundo capitalista se pregunta ¿quién es este hombre?, se nos contesta: es un obrero, es un patrono, es un comerciante, es un campesino, es un intelectual, y con ello se nos ha dicho lo esencial acerca de la persona de que se trata. Al hombre soviético es inútil intentar aplicarle este rasero. El resultado de este intento sería deplorable. Si en la Unión Soviética preguntamos, por ejemplo, ¿quién es Iván Korobov?, se nos contestará: Iván Korobov es un obrero metalúrgico, ascendido a contraamaestre de una fábrica de fundición. Pero esto, por sí solo, no nos dice nada acerca de Iván Korobov y de su familia. No nos dice que este contraamaestre de una fábrica de fundición toma parte en deliberaciones colectivas con los dirigentes del

Partido y del Gobierno, con académicos y profesores; que es, en su país, un importante dignatario del Estado, diputado del Soviet Supremo de la U.R.S.S.; que luce en el pecho tres condecoraciones de la Unión; que ha criado, no sólo en su casa, sino junto a su alto-horno, por decirlo así, tres hijos que eran también obreros y que hoy son conocidos en todo el país como magníficos ingenieros y organizadores de la industria metalúrgica soviética. Pavel Korobov, antiguo director de la gigantesca fábrica metalúrgica de Magnitogorsk, es hoy Vicecomisario del Pueblo de la Industria del Hierro y del Acero. Ilya Korobov es director de la fábrica «Petrovsky», en Ucrania, en la que trabajan decenas de miles de obreros. Nikolay Korobov es el dirigente de todas las fábricas de la industria del hierro y del acero en los Urales y en el Oriente. Los tres hermanos Korobov han sido, al igual que su padre, condecorados.

¿Quién es Basti Bagirova, Según el rasero que se aplica fuera de la Unión Soviética, una campesina del Aserbaidchán. Pero, no se crea que con esto sólo sabemos quien es Basti Bagirova. Sabios de fama mundial como los académicos Williams T. Lyssenko y N. Tsitsin pueden confirmar que Basti Bagirova figura con ellos en la lista de las personas a quienes se ha concedido el derecho de exponer sus experiencias en la Exposición agrícola de la Unión Soviética, pues esta campesina koljosiana del Aserbaidchán ha sido la primera persona de la U.R.S.S. que ha recolectado 149,2 quintales de algodón por hectárea, mientras que los mejores koljoses del país recolectan, por término medio, 30 quintales por hectárea y el rendimiento medio de la cosecha de algodón en el mundo entero se calcula en 16 a 17 quintales por hectárea. Hasta en el más remoto rincón del país se sabe que Basti Bagirova ocupa un alto puesto en el Estado, pues es diputado del órgano supremo del Estado soviético. Las mujeres del Asia central y del Cáucaso cuentan a sus niños cómo Basti Bagirova les enseñó el camino, cómo sacudió audazmente las trabas de la esclavitud que pesaban sobre las mujeres del Oriente.

¿Y los hermanos Oskin? ¿Quiénes son? ¿Son obreros? ¿Campesinos? ¿Intelectuales? Juzgue el lector por sí mismo. Son de origen campesino y campesinos de profesión. Con su trabajo en la segadora-trilladora, dieron el año pasado el rendimiento de 1.637 hombres, 373 caballos, 25 máquinas segadoras, 25 trilladoras, 25 aventadoras y 40 cribadoras. Si las faenas de recolección se hubiesen hecho sin máquinas, se hubieran necesitado 3.323 hombres para hacer el mismo trabajo. Los dos hermanos Oskin estudian. Han ido a su aldea para la recolección desde la Academia de Agricultura, en la que cursan sus estudios.

No hace mucho tiempo, se publicó un libro voluminoso sobre la historia de la moderna filosofía. Este libro se agotó en un abrir y cerrar de ojos. Su autor es el profesor Alexandrov, que cuenta actualmente treinta años. Es un huérfano que «viajó» años atrás por muchas regiones de la Unión Soviética en los topes de los trenes de via-

jeros. Fué acogido y educado en una casa de niños huérfanos soviéticos. Más tarde, asistió a la escuela y luego ingresó en la universidad. Estudió en sus textos originales las obras de los filósofos de la antigüedad y de los tiempos modernos. Pero no es, ni mucho menos, lo que se llama un niño prodigio.

Hace poco, ha muerto Antón Makarenko, autor de un libro traducido a todos los idiomas. En este libro se cuenta la vida de dos casas para niños soviéticos sin hogar, en las que Makarenko trabajó como educador. En la tumba de Makarenko montaron la guardia de honor, durante tres días, tanquistas, periodistas, profesores, ingenieros, médicos, educados todos ellos en aquellas dos casas: eran los alumnos que el escritor y pedagogo muerto pinta en su libro con tan emocionante veracidad y un amor tan profundo hacia el hombre.

Podríamos citar miles de ejemplos de estos. ¿Podemos aplicar aquí, en modo alguno, el rasero a que estamos acostumbrados? No, porque en el mundo capitalista no conocemos el hombre soviético, el hombre libre, natural, que avanza audaz y arrolladoramente, que rebasa las barreras de su clase, de la capa social a la que pertenece, que ha roto los barrotes de la jaula en la que le habría tenido preso para siempre el régimen capitalista. La calificación de obrero, campesino o intelectual ya no es, en la Unión Soviética, el sello que lleva el hombre durante toda su vida, con el que nace y con el que muere. La clase cuya existencia es inconcebible sin este sello de presidiarios—la clase explotadora—ha sido totalmente aplastada, en la Unión Soviética. Ya no existe. Pero esto no es todo. Esto es el ayer, pero ya no es el hoy de la Unión Soviética.

¿Existen hoy, en la Unión Soviética, clases o no? Sería falso contestar negativamente a esta pregunta, pero sería también imperdonable contestarla con un sí rotundo. Hay obreros y hay campesinos, pero son *obreros* y no proletarios, son *koljosianos* y no campesinos como los de los demás países. Pero existe ya en germen algo mucho más importante que esto: *la sociedad sin clases*.

Hace diez años, los koljosianos representaban el 3 por 100 de la población total del país; hoy, representan el 55 por 100. A primera vista, esto parece extraño. ¿Qué se ha hecho de los demás campesinos? ¿Acaso han seguido siendo campesinos individuales? No; hace diez años, los campesinos individuales formaban el 73 por 100 de la población y ahora representan, incluyendo los artesanos que permanecen al margen de las cooperativas, solamente el 6 por 100. Más del 94 por 100 de todas las haciendas campesinas están enroladas en las colectividades. Pero no se trata solamente de esto. En 1928, la Unión Soviética sólo contaba un 17 por 100 de obreros y empleados; hoy, su número representa el 35 por 100 de la población total del país. He aquí la clave del enigma, por la que vemos que no se trata solamente de un cambio cuantitativo, sino también de un grandioso desplazamiento *cualitativo*, operado en los dos períodos quinquenales.

La historia del capitalismo es la historia del crecimiento de las ciudades y de su prepotencia frente a la aldea. Es un proceso sangriento y doloroso de ruina de cientos de miles y millones de haciendas campesinas, un proceso brutal y violento en el transcurso del cual se han estrellado unas contra otras, en mortal hostilidad, las clases y las fuerzas de clase. El hombre como tal, no cuenta. Se halla completamente a merced de los antagonismos de clase desatados sobre su cabeza. Es impotente frente a estos antagonismos, que le tienen cogido de la pelleja.

La ciudad socialista de la Unión Soviética crece *también* a un ritmo vertiginoso, pero no crece gracias al antagonismo, sino gracias a la colaboración consciente, sistemática, racional y amistosa de ambas clases, los obreros y los campesinos, una amistad en la que corresponde a la clase obrera la primacía, la iniciativa y el papel dirigente.

También a la industria socialista afluyen masas de campesinos; pero no es la miseria la que los arroja de la aldea, no es la ruina de la economía, no es el miedo a una boca más. ¿Por qué produjeron en nosotros una emoción tan profunda, por qué nos conmovieron tanto aquellas palabras con que Stalin, en el XVIII Congreso del Partido bolchevique, apelaba a los campesinos soviéticos para que *accediesen* al ruego del Partido y del Gobierno y suministrasen todos los años a la creciente industria por lo menos un millón y medio de jóvenes koljosianos? Estas palabras produjeron en nosotros una impresión tan honda porque expresan relaciones completamente nuevas entre la ciudad socialista y la aldea socialista. En su llamamiento a los campesinos, Stalin hizo ver a éstos por el convencimiento que era necesario y conveniente para ellos mismos acceder a aquella súplica, pues los frutos del trabajo de los jóvenes koljosianos convertidos en obreros redunda centuplicadamente en provecho de la aldea. En estas palabras se refleja, al mismo tiempo, la potencia de la ciudad socialista, que puede ya suministrar a la aldea una abundancia tal de máquinas, que la aldea puede prescindir sin rozamientos, sin que resulte quebrantado el bienestar de los koljoses, de una cierta cantidad de brazos. Con este equipo técnico, los koljoses de la Unión Soviética se sobreponen a los caprichos de la naturaleza; la técnica es también un nuevo lazo de unión entre la clase obrera y los campesinos. En la Unión Soviética, los poderes de la naturaleza no siguen ya reinando anárquicamente sobre el hombre, sino que es la voluntad del hombre, guiada por la razón, la que domina las fuerzas ciegas de la naturaleza y empuña el timón de la sociedad.

Así se opera el paso de masas de hombres de una clase a otra, así se van borrando las fronteras entre las clases fraternalmente unidas y que ya no luchan unas contra otras. *Aquí surge el hombre por antonomasia. El hombre nace de la desaparición gradual de las diferencias entre la ciudad y el campo.*

Pero esto no es todo. La vida es tan multiforme, en ella se entretetejen fenómenos tan numerosos y variados, que no se la puede meter

dentro de la horma del simple desarrollo social, por fundamental y decisivo que éste pueda ser.

Entre los obreros y empleados que hace diez años sólo formaban el 17 por 100 de la población total de la U.R.S.S. y los de hoy, que representan más de la tercera parte, el 35 por 100, existe también, no sólo una diferencia cuantitativa, sino una diferencia *cualitativa* gigantesca.

Hace diez años, no había en la Unión Soviética ni stajanovistas ni ese poderoso movimiento de millones de hombres que se remontan hasta las cumbres supremas de la técnica para dominar los medios de trabajo y asimilarse con ritmo arrollador todos los valores de la cultura humana. Entonces, no existía aún en la Unión Soviética esa nueva capa social que hoy abarca diez millones de hombres. A quien intenta esclarecer de cerca el concepto seco y estadístico que se contiene en la expresión de «los obreros y los empleados de la Unión Soviética», le salta a la vista un nuevo fenómeno, un proceso peculiar y sin precedente en la historia de ningún país; más aún, una *nueva ley* de la edificación socialista: *la creación de una intelectualidad del pueblo*. Esta ley, que Engels había presentido de un modo genial, ha sido descubierta por Stalin en toda la significación que encierra para todos nosotros, para nuestro presente y para nuestro porvenir.

Jamás ha habido ninguna sociedad que haya podido vivir sin hombres dedicados a la cultura y a la ciencia. Pero la intelectualidad era y sigue siendo en todas partes—no retrocedemos ante esta dura palabra—un aborto, cuya cabeza se desarrolla a costa de los brazos y las piernas. Este aborto surgió de la *contradicción entre el trabajo intelectual y el trabajo físico*. La intelectualidad oscilaba entre la clase que la nutría, el poder de los ricos y los hombres del trabajo, con los que compartía la misma pobreza y que, al igual que ella, no poseían medios de producción, y se hacía la ilusión de estar «por encima de las clases».

El gran sabio ruso Iván Pavlov escribía pocos años antes de morir a los mineros de la cuenca del Donetz, en contestación a una carta en la que estos obreros expresaban su admiración por la obra científica del sabio:

«Durante toda mi vida, he amado y sigo amando tanto el trabajo intelectual como el trabajo físico, y tal vez éste más que aquél. Y me ha producido siempre una gran satisfacción el ver que avanzaba algo en este camino, es decir, el ver *que asociaba el trabajo de la cabeza y el de las manos. Vosotros habéis dado con este camino. Deseo de todo corazón que sigáis marchando en lo sucesivo por este camino, el único que asegura la felicidad del hombre.*»

La clase obrera soviética «ha dado», en efecto, con este camino. La han dirigido por él la sabiduría y la previsión de Lenin y Stalin, estos revolucionarios geniales que han infundido a la clase obrera la conciencia de su fuerza y de su papel en la historia. En la Unión Soviética ha surgido, no un puñado, sino una muchedumbre de cerca

de diez millones de hombres de la cultura y de la ciencia que proceden de la clase obrera, de los campesinos, de las entrañas del pueblo. Esta nueva intelectualidad no se halla ya separada por ninguna muralla china de la clase obrera y de los campesinos.

En el mundo capitalista, hay profesiones a las que el hombre no se substraerá ya nunca. De ellas sólo va a parar al lumpenproletariado, a las heces de la sociedad. En la Unión Soviética no existen tales profesiones. No hay más que recordar cómo el camarada Mikoyán hablaba en el XVIII Congreso del P. C. (b.) de la U.R.S.S. de la «desdicha» de que se quejaban las mujeres de su casa en la Unión Soviética ante la dificultad, ante la casi imposibilidad de encontrar «criadas». Ponemos esta palabra entre comillas, pues en la Unión Soviética no existe semejante profesión. En la U.R.S.S. no hay muchachas de servicio, sino empleadas domésticas para quienes este trabajo es una etapa de tránsito para el trabajo en la fábrica. Antes de la Revolución de Octubre, trabajaban como muchachas de servicio y jornaleras el 55 por 100 de todas las mujeres trabajadoras de la Rusia zarista. Al terminar el segundo Plan quinquenal, en 1937, las empleadas domésticas sólo formaban el 2 por 100 del total de mujeres trabajadoras. Para comprender esto, no debe olvidarse que de cada 100 obreros que trabajan en la gran industria de la Unión Soviética hay 39 mujeres, en los centros de cultura y enseñanza 56 y en los establecimientos de Sanidad 72. Ser empleada doméstica significa instalarse en la ciudad y asistir un día sí y otro no a la escuela para adultos o a determinados cursos especiales, para luego remontarse en la escala social, saltando no pocas veces varios escalones a la vez.

En 1904 nació un niño en Novorrosisk, a orillas del Mar Negro. Su familia constaba de nueve individuos. Con los 40 rublos que ganaba el padre—obrero ferroviario—, la familia vivía a fuerza de pasar hambre. Desde los once años, el muchacho trabajaba en las plantaciones de tabaco y en los viñedos, como peón de carga. Los cargadores de Novorrosisk gustan de recordar todavía hoy cómo aquel muchacho cargaba al hombro los fardos de 18 libras. Hoy, el antiguo cargador ha recorrido en avión una ruta inexplorada que lleva en veintitrés horas de Moscú a los Estados Unidos. Su nombre es conocido del mundo entero: se llama Vladimiro Kokkinaki. En las elecciones al Soviet supremo de la U.R.S.S. los cargadores de Odessa presentaron su candidatura, que fué aprobada por todos los distritos electorales de la circunscripción.

A raíz de aquella noche memorable de agosto de 1935 en que Alexei Stajanov bajó a la mina para poner en práctica su método, el método stajanovista, el joven «cargador honorífico y descendiente de cargadores» Abrahán Chenkin congregó a los cargadores de Odesa y pronunció ante ellos un discurso breve pero tajante, haciéndoles ver que entre la bodega de un barco y una mina de carbón no existe una diferencia fundamental, ya que tanto en un sitio como en otro trabajaban hombres soviéticos honrados. El discurso surtió su efecto, pues la no-

ticia de los records batidos por los cargadores de Odesa no tardó en llegar desde las orillas del Mar Negro hasta las riberas del Báltico y del Caspio. Dentro de poco tiempo, Abrahán Chenkin acabará sus estudios en una de las más importantes Academias de Marina de la Unión Soviética.

El año pasado, se publicó en la prensa soviética una noticia breve comunicando que había sido concedida una condecoración de la Unión a un obrero llamado Blidman, el cual, con las instalaciones mecánicas corrientes que existen en todos los puertos fluviales de la Unión Soviética, había elevado el ritmo de carga y descarga, sobrepasando en diez veces la capacidad máxima anterior de rendimiento de estos mecánicos. Y Blidman no es ningún ingeniero ni constructor; es un simple obrero. Hoy, se habla en la Unión Soviética de «obreros-Blidman», del mismo modo que se habla de stajanovistas. Blidman escribe artículos en la prensa soviética, estudia naturalmente y es, al mismo tiempo, instructor para la organización de los trabajos de carga en el Comisariado del Pueblo de la Navegación fluvial de la U.R.S.S.

En Moscú se han construido, uno tras otro, diez puentes gigantes, de tal modo que durante el verano, en que la navegación fluvial crece considerablemente, los grandes barcos podrán navegar, viniendo del «mar de Moscú» por el Canal Moscú-Volga, por delante de las murallas del Kremlin. Los que pasaban por delante de las obras de estos puentes podían ver cómo una bandera que ondeaba alegremente acompañaba siempre a la misma brigada. Era la brigada en la que Orlov empezó trabajando de simple obrero y pasó luego a jefe de brigada. Al cabo de algún tiempo, empezaron a elevarse en la calle de Gorki, con fabulosa velocidad, descollando por encima de las viejas e informes casas, unos gigantes edificios de siete pisos. Aquí y allá, se veía una pequeña pizarra en la que se registraban los rendimientos de trabajo conseguidos por las distintas brigadas: 110 por 100, 120 por 100, 150 por 100, y esta lacónica inscripción: «*Esta brigada trabaja con arreglo al método Orlov*». Hoy, son decenas de miles de brigadas de obreros de la construcción que trabajan con arreglo al método Orlov en todos los edificios de la Unión Soviética. Orlov se ha hecho célebre; es un intelectual soviético, creador de una escuela de obreros de la construcción, cuyos discípulos han dejado ya muy atrás a su maestro.

Así engrosan diariamente las filas de la intelectualidad soviética. El nuevo intelectual soviético asocia—según la acertada expresión de Pavlov—la actividad de la cabeza y de las manos desde el comienzo mismo de su trabajo.

Y en el proceso de esta superación gradual de la antítesis entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, nace en la Unión Soviética el hombre mismo. Es un hombre nuevo, audaz, valiente y concienzudo, libre y lleno de sano orgullo. Es el hombre de la sociedad sin clases. Se trata, naturalmente, de procesos de desarrollo. Aquí, lo viejo se entreteje con lo nuevo, lo caduco con lo naciente. No todos

pueden ser iguales ni lo son, dentro de la masa inmensa de los constructores del socialismo. Hay entre ellos hombres avanzados y hombres rezagados. Pero Stalin dijo, en el XVIII Congreso del Partido bolchevique:

«Queremos hacer de todos los obreros y de todos los campesinos hombres cultos, hombres progresivos, y con el tiempo lo conseguiremos.»

Esto significa que ya hoy se dan las premisas necesarias para llevar a cabo esta misión, que ya hoy existe una base precisa, fundada y real para ello. Real en el sentido en que los bolcheviques entienden la palabra «real»:

«La realidad de nuestro programa son los hombres vivientes, somos todos nosotros juntos.» (Stalin, «Problemas de leninismo», ed. rusa, pág. 466.)

El tercer Plan quinquenal representa un nuevo progreso gigantesco en el camino de la edificación completa de la sociedad sin clases. Hoy, cursan estudios en la Unión Soviética 47.442.000 hombres. En 1942, estudiarán en las escuelas primarias y secundarias de la U.R.S.S. más de cuarenta millones de muchachos. En el transcurso del tercer Plan quinquenal, saldrán de las filas obreras y campesinas ocho millones de obreros calificados de las más distintas profesiones. Se incorporarán a la industria y a la agricultura 1.400,000 técnicos y 600,000 especialistas con estudios técnicos superiores.

A todo esto hay que añadir el deseo incommovible de seguir avanzando, de revelar a la clase obrera del mundo entero, a la luz del propio ejemplo vivo, la certeza inevitable de su triunfo sobre el capitalismo. ¿Puede alguien dudar todavía de que los bolcheviques cumplirán este plan?

★ ★

Solamente en estos últimos tres meses fueron condecorados en la Unión Soviética, por servicios extraordinarios en el trabajo y por méritos militares, 10.752 hombres. ¿Quiénes son estos hombres? Son koljosianos y koljosianas de Ucrania, de Bielorussia, del Kasakstán, de la república rusa del Usbekistán. Son obreros y obreras de la industria del hierro y del acero, de la industria textil, de la industria conservera, de la industria de construcción de maquinaria, de las minas. Son hombres de las fábricas de armamento, de la industria química y de las fábricas de calzado, combatientes y mandos del Ejército Rojo, «régisseurs» de cine, cocineros, veterinarios, constructores de aviones, conductores de locomotoras, escritores, mujeres de limpieza, sabios y 4.031 maestros de escuelas rurales. Sus nombres llegan a conocimiento de todo el país. Las largas listas de los hombres y mujeres que han conseguido cosechas extraordinarias, que se han distinguido especialmente en la cría de cochinitos o de terneros, que han inventado un nuevo modelo de avión, que han hecho un descubrimiento en el campo de la química o de la extracción de petróleo, que han escrito bue-

nas poesías, que han rodado un film notable o que en las noches oscuras y tormentosas defienden las fronteras de la Unión Soviética contra los intrusos; las listas de estos hombres y mujeres aparecen en las columnas de la prensa soviética como documentos de primera importancia.

¿Quién ha dado a conocer al gobierno soviético todos estos hombres? ¿Quién los ha guiado, paciente y tenazmente, quién ha estimulado día tras día su formación, quién ha mantenido en pie su ánimo en los momentos de desaliento producidos por los fracasos pasajeros e inevitables, quién les ha infundido ánimos y les ha enseñado el camino? ¿Quién educa, con su labor diaria, nuevos y nuevos hombres plenamente conscientes de la importancia de su trabajo socialista? El fondo de oro. Aquellos organizadores, dirigentes, militantes soviéticos, a quienes se confía lo más valioso de todo: los mismos hombres. El fondo de oro son los educadores de temple staliniano.

Hace algunos años, un simple mozo campesino de diez y siete años, Vassili Parniev, escribía por las noches artículos para un gran periódico de la región del Kubán. En ellos, informaba acerca de todas las cosas buenas y malas que pasaban en su aldea cosaca. Un buen día, recibió una carta del periódico en la que la redacción proponía a su activo corresponsal en la aldea enviarlo a la escuela. Podía elegir la profesión que más le interesase y la ciudad en que quisiera estudiar: Moscú, Leningrado, Rostov, Odesa o Kiev. Optó por la Facultad obrera de la Universidad de Leningrado. Siendo estudiante del tercer curso, presentó al director de una gran fábrica de Leningrado los planos de una máquina inventada por él. El ingeniero-jefe se rió de los dibujos y del propio inventor. Pero el director estudió atentamente el proyecto, habló con Vassili Parniev, pensó bien la cosa y por último ordenó que se construyese la máquina. La máquina no marchaba; el ingeniero-jefe no cabía en sí de gozo. Vassili Parniev estaba desesperado. Pero el director no escatimó los gastos ni los esfuerzos. La máquina había resultado ser mala, pero como la idea era buena y audaz había allí un hombre utilizable. Se le hizo 'vez que no debía éarse por vencido, sino seguir trabajando tenazmente... Hoy, el ingeniero Vassili Parniev se halla en posesión de diez patentes y es autor de veinte construcciones propias registradas. Su nombre va unido a una parte considerable de los inventos que han emancipado a la industria soviética de maquinaria de la costosa tutela del extranjero. Junto al ingeniero Parniev trabaja hoy todo un círculo de inventores obreros. El director que primero ayudó a este inventor es un pedagogo de la escuela de Stalin; en cambio, el ingeniero-jefe no lo era, pues perdió de vista al *hombre vivo*, simplemente por un proyecto fracasado.

Los camaradas del joven comunista Melkov tildaban a éste, en sus reuniones, de borracho y holgazán y le reprochaban que vivía al margen de su colectividad y no se interesaba ni por el trabajo de producción ni por el trabajo social. La dirigente de este grupo de jóvenes

comunistas, una muchacha llamada Ira Komova, casi de la misma edad que Melkov, habría podido seguir sin más el camino que le proponían algunos jóvenes atolondrados: expulsar de su colectividad, a título de pena, al mal joven comunista Melkov. Pero hizo otra cosa. Indagó por los compañeros de trabajo y los conocidos de Melkov para saber por qué se interesaba verdaderamente este hombre, en qué empleaba su tiempo libre. Y así, dió con la biblioteca. Se vió gratamente sorprendida cuando averiguó qué libros había leído Melkov en los tres últimos meses: había leído dos veces el libro de Nicolás Ostrovski titulado «Así se templó el acero» y devoraba las obras de Pushkin, de Shakespeare, de Gorki, de Romain Rolland... Ira Komova había encontrado la clave del hombre vivo. Propuso al «holgazán» Melkov, que se había desviado del camino, que diese a los jóvenes de toda la fábrica reunidos una conferencia sobre Nicolás Ostrovski, su vida y su obra. Difícilmente podrá decirse quién fué el más sorprendido: si Melkov o sus camaradas. Al principio, éstos le oían con cierto recelo, pero su interés y su respeto iban en aumento. Poco tiempo después, no había quien conociese a aquel hombre. Ahora, daba pruebas de iniciativa, de espíritu de disciplina, de celo en el trabajo y de confianza en sus fuerzas... Recordemos las palabras de Stalin cuando decía que con los hombres hay que «tener paciencia».

León Trauberg, uno de los mejores «régisseurs» de cine de la Unión soviética, comenzó su carrera de actor cuando lo mismo él que sus más íntimos amigos del grupo tenían de diez y nueve a veinte años. Este grupo fabricó con gran entusiasmo su primer film. En cualquier otro jurado del mundo, este film sólo habría provocado un gesto de hastío y una sonrisa compasiva, pero no así en la Unión Soviética. Los camaradas del oficio, más viejos y experimentados, declararon: «El film no vale nada, pero estos muchachos tienen algo dentro. Hay que darles una nueva ocasión de que demuestren lo que valen».

Dice Stalin que con los hombres, con los cuadros, hay que proceder solícitamente, velando por ellos, y en toda la Unión Soviética se sabe que las palabras van seguidas de los hechos. He aquí un hecho reciente. En los cines de la Unión Soviética se está proyectando la película que acaba de terminarse sobre Nicolás Schors, el legendario jefe de los obreros y campesinos ucranianos en su lucha contra los invasores alemanes, en el año 1918. En Ucrania, la fama de Schors iguala a la de Chapaiev... Hace como un año o año y medio, en una reunión de artistas, el camarada Stalin dijo al «régisseur» de cine Dovchenko que el arte soviético no había plasmado todavía artísticamente la figura de Schors. La prensa soviética destacó en seguida esta manifestación. Poetas y escritores comenzaron a trabajar sobre este tema, tan rico en contenido. Surgieron canciones populares ucranianas sobre Schors, dedicadas a su valentía, a su abnegación por el pueblo, a su heroica muerte bajo la lluvia de balas de las bandas de Petliura. Estas canciones pasaron a ser las canciones favoritas de la juventud soviética... Hasta ahora, no se ha sabido que pocos días des-

pués de su primera conversación con Dovchenko, Stalin le mandó a llamar para decirle:

«Lo que le dije hace poco acerca de Schors no era más que una indicación. Simplemente un ejemplo de lo que yo creía que podían ustedes hacer en Ucrania. Pero no debe usted considerarse obligado ni por mis palabras ni por los artículos publicados en la prensa. Es usted libre para hacer lo que mejor le parezca. Si quiere usted ocuparse de «Schors», se ocupa; si tiene usted otros planes, se dedica a ellos.»

Creemos que huelga todo comentario. ¿Acaso el poeta con más talento e incluso el artista más prestigioso de cualquier país capitalista puede ni soñar con semejante libertad de creación, con un respeto como éste para su obra? Dovchenko contestó a su manera, creando no simplemente una película sobre Schors, sino una epopeya heroica sobre la guerra santa y justa del pueblo ucraniano contra los invasores alemanes, por la paz, por la amistad de los pueblos, por el Poder Soviético.

★ ★

Los bolcheviques han podido presentar, en el XVIII Congreso de su Partido, resultados verdaderamente impresionantes: en estos últimos tiempos, han sido promovidos a puestos de responsabilidad 500.000 bolcheviques con y sin carnet del Partido. Estos son los frutos de una *lucha*, de una lucha resuelta y consecuente por el fondo de oro, por el nuevo hombre, por cuadros jóvenes y lozanos. No podía ser de otro modo. Las palabras pronunciadas por Stalin acerca de esto se nos deben quedar bien grabadas:

«Jamás, mientras existan clases, nos encontraremos en una situación en que podamos decir: Ahora ya, gracias a Dios, todo está bien. Esto no ocurrirá nunca entre nosotros, camaradas. Entre nosotros, hay siempre algo que agoniza. Pero lo que agonice no se resigna sencillamente a morir, sino que lucha por su existencia, defiende su vida ya caduca. En nuestra vida, hay constantemente algo nuevo que nace. Pero esto que nace no nace sencillamente, sino que gime, grita, defiende su derecho a vivir. La lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre lo que agoniza y lo que nace: tal es la base de nuestro desarrollo.»

Lo viejo, que no se resigna a morir sin más, sino que defiende su causa ya caduca, carece, en la Unión Soviética, de base *económica*. Pero precisamente por eso se aferra con toda su fuerza y por todos sus medios a la *conciencia* de los hombres. No hay más que echar cuentas:

El Poder Soviético fué instaurado hace veintiún años. El socialismo se ha impuesto en la industria, en la agricultura, en el comercio, en los oficios artesanos, *en toda la economía sin excepción*, solamente desde hace unos ocho o nueve años. Pero es incomparablemente más difícil y más lento desarraigar del hombre sus viejas concepciones acerca de los hombres entre sí, acerca de su actitud ante el trabajo, ante el Estado, ante la propiedad, desarraigar de él las viejas normas

de la conciencia humana, grabadas durante siglos y siglos en la conciencia de los hombres. ¿Quién no conoce la anécdota de aquel hombre que, habiéndole amputado una pierna, pregunta al médico que por qué experimenta una sensación tan desagradable en los dedos del pie de la pierna amputada?... En la Unión Soviética han sido desarraigadas y extirpadas definitivamente las raíces económicas de la esclavitud capitalista, pero su obra sigue viviendo aún, sobre todo en la conciencia de la vieja generación. La clase obrera es, por su propia naturaleza, la que con más facilidad se depoja de estos vestigios del capitalismo, pero en el seno de las masas inmensas de los campesinos se siguen nutriendo de las viejas fuerzas y tradiciones. Estos males están ya caducos, pero se aferran tenazmente a la vida. Y hay que luchar contra ellos de un modo duro, tenaz y perseverante. Es esta la misión que se han propuesto los bolcheviques como la misión más importante, como la misión que lo condiciona y lo decide todo.

He aquí por qué el camarada Stalin ha dicho que *la función fundamental del Estado soviético, en el próximo período, en el período de la edificación de la sociedad comunista, será la función cultural-educativa.*

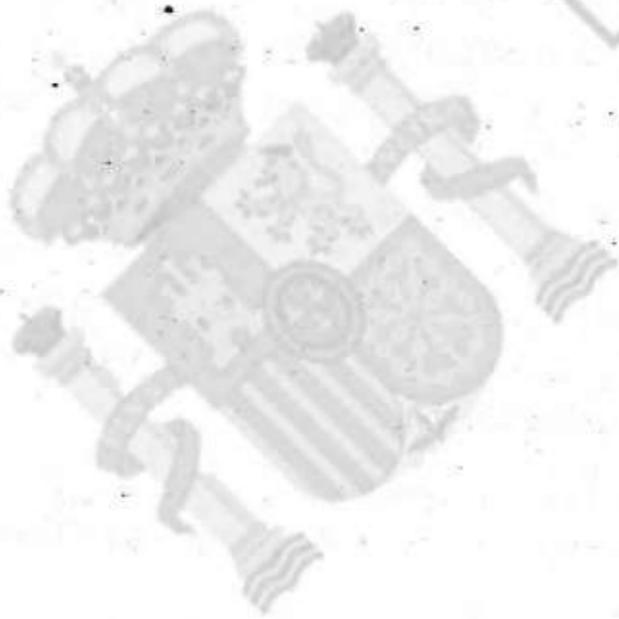
La lucha por los cuadros jóvenes, por el nuevo hombre soviético, es una lucha contra los vestigios del capitalismo en la conciencia de los hombres que construyen el comunismo. Los enemigos del pueblo soviético, los espías al servicio del cerco capitalista, henchido de odio a muerte contra el sistema socialista, intentaron mantener en la conciencia del hombre soviético uno de los prejuicios más repugnantes del capitalismo, el prejuicio de que el hombre es incorregible, de que nace y muere con las cualidades que le ha asignado el destino, de que todo hombre nace dotado de una cierta dosis de bondad y de maldad, pero que ésta supera siempre a aquélla. El camarada Chdanov dió a estos hipócritas y pseudomoralistas, en el XVIII Congreso del P. C. (b.) de la U.R.S.S., la respuesta adecuada:

«Con esta manera pesimista de abordar el asunto, la mirada se vuelve solamente hacia el pasado. Semejante manera de enjuiciar al hombre no tiene nada que ver con el bolchevismo.»

El bolchevismo es la teoría combativa y la práctica viva de la clase obrera, que está llamada a transformar el mundo entero. El bolchevismo es la lucha de lo nuevo contra lo viejo y su mirada se vuelve por entero hacia el futuro. ¿Cómo este Partido, en el que tantos militantes han consagrado su maravillosa vida al hombre, al hombre cuya verdadera faz supo descubrir a través de todas las amputaciones y tergiversaciones de la sociedad capitalista, cómo este Partido puede no creer en el hombre? ¿Cómo un Partido que ha hecho brotar de las entrañas del pueblo tantos héroes y tantos talentos puede volverse hacia el pasado y no hacia el futuro?

Los resplandores del socialismo iluminan todo lo que hay de bueno y de sano en el hombre y destruyen, como los rayos del sol de las

alturas, los bacilos del egoísmo y de la hostilidad de unos hombres contra otros. Su luz benéfica despierta todos los talentos del hombre, estimula la dignidad humana y el heroísmo, la lealtad al pueblo, la lealtad a la causa de todos los oprimidos del mundo. Por eso la lucha por el fondo de oro, por el hombre nuevo, es una lucha por un *optimismo socialista, sereno y razonado* en el modo de enjuiciar al hombre, sus fuerzas y sus posibilidades creadoras.



MINISTERIO
DE CULTURA

Crónica de acontecimientos

La lucha por un verdadero frente de la paz.

Los pueblos exigen de un modo cada vez más apremiante la organización de un verdadero frente de la paz que ponga fin a los manejos de los Estados agresores.

«Partiendo de esto —ha dicho el camarada Molotov, en el discurso pronunciado por él en la tercera legislatura del Soviet Supremo de la U.R.S.S.—, el gobierno soviético ha aceptado la propuesta de Inglaterra y Francia de entablar negociaciones encaminadas a regular las relaciones políticas entre la U.R.S.S., Inglaterra y Francia y a establecer un frente de paz contra los nuevos avances de la agresión.»

El camarada Molotov se pregunta: «¿Cómo definimos nosotros nuestras tareas, en la actual situación internacional?», y contesta del modo siguiente:

«Nosotros entendemos que estas tareas responden a los intereses de los demás Estados no agresivos. Consisten en cerrar el paso a nuevas agresiones, creando a este efecto un frente defensivo sólido y eficaz de las potencias no agresivas.

En relación con las proposiciones que nos han sometido los gobiernos inglés y francés, el gobierno soviético ha entablado negociaciones con ellos acerca de las medidas necesarias para luchar contra la agresión. Esto ocurría ya a mediados de abril de este año. Las negociaciones iniciadas entonces no se han terminado aún. Y sin embargo, ya entonces pudo haberse visto que, si se quiere realmente crear un frente eficaz de los países pacíficos contra los avances de la agresión, tienen que darse, como mínimo, las siguientes condiciones: la conclusión de un pacto efectivo de ayuda mutua contra la agresión entre Inglaterra, Francia y la Unión Soviética, pacto que tenga

un carácter exclusivamente defensivo; garantía por parte de Inglaterra, Francia y la Unión Soviética a los Estados de la Europa central y oriental, absolutamente a todos los países europeos fronterizos de la Unión Soviética, contra los ataques de la agresión; conclusión de un acuerdo concreto entre Inglaterra, Francia y la Unión Soviética acerca de las formas y del alcance de la ayuda inmediata y eficaz que habrán de prestarse entre sí y a los Estados garantizados, en caso de ataque por parte del agresor. Este es nuestro punto de vista, que no imponemos a nadie, pero al que nosotros nos atenemos. No exigimos que nuestro punto de vista sea aceptado, ni instamos a nadie a que lo haga. Pero creemos que este punto de vista responde realmente a los intereses de la seguridad de los Estados pacíficos.»

La resistencia que Chamberlain opone a estas propuestas claras y concretas del gobierno soviético, que no dejan lugar a equívocos, y sus evasivas en la Cámara de los Comunes, demuestran que Chamberlain y los círculos reaccionarios de la City desearían seguir ateniéndose a su sistema, que permite en todo momento a los gobiernos reaccionarios chalanear con los agresores a costa de terceros. Intentan adaptar la política de Munich a las nuevas condiciones y establecer un «frente de paz» con cien portillos y puertas abiertas para la agresión fascista. Sobre todo, Inglaterra y Francia pugnan por soslayar el elemental principio de la reciprocidad. En algunas proposiciones anglofrancesas

«...los ingleses y los franceses dejaban en pie el problema de si, a su vez, la Unión Soviética podría, en caso de verse atacada directamente por los agresores, contar con la ayuda de aquéllos. Asi-

mismo dejaban en pie otro problema: el de si podían tomar parte en la garantía de los pequeños Estados fronterizos de la Unión Soviética, que cubren la frontera Noroeste de la U.R.S.S., caso de que éstos no estuviesen en condiciones de defender su neutralidad contra un ataque de los agresores...

En estos últimos días, se han recibido nuevas proposiciones anglofrancesas. En ellas, se reconoce ya el principio de la ayuda mutua entre Inglaterra, Francia y la Unión Soviética en caso de un ataque directo por parte de los agresores, bajo las condiciones de la reciprocidad. Esto es ya, naturalmente, un paso hacia adelante... Por lo que se refiere al problema de la garantía a los países de la Europa central y oriental, las propuestas a que nos referimos no representan ningún paso hacia adelante, consideradas las cosas desde el punto de vista de la reciprocidad... Así están planteadas las cosas, en lo que se refiere a las negociaciones con Inglaterra y Francia.» (Molotov.)

Por oposición a las fantasmagorías diplomáticas de Chamberlain y Bonnet, la Unión Soviética ha propuesto un sistema de ayuda mutua apropiado para quitar al fascismo alemán las ganas de exponerse a aventuras guerreras. La prensa reaccionaria de Francia y de otros países, comprada por Hitler, ha hecho todo lo posible por desacreditar esta política de la Unión Soviética. Pero el lenguaje claro de la diplomacia soviética ha reducido a la nada estas maniobras. Una prueba de que la Unión Soviética saluda todos los pasos positivos encaminados a la organización de la paz, lo tenemos en el modo cómo la opinión pública de la U.R.S.S. ha reaccionado ante la noticia de la conclusión de un pacto anglo-turco. He aquí lo que escribía la «Isvestia» del 15 de mayo:

«Esta declaración sobre la elaboración de un pacto anglo-turco de ayuda mutua debe considerarse

como uno de los pasos en el camino hacia la formación de un verdadero frente de paz contra la amenaza de nuevos avances de la agresión... La Unión Soviética ha saludado siempre todos los esfuerzos hechos para organizar una verdadera defensa de la paz, vinieran de donde vinieran. Por eso tiene que contemplar con tanta mayor satisfacción los pasos dados en este sentido por Turquía, país que mantiene amistosas relaciones con la Unión Soviética.»

El último debate mantenido en la Cámara de los Comunes demuestra que la posición de la Unión Soviética es comprendida y aprobada por cuantos verdaderamente quieren la paz. Para defender su táctica dilatoria y sus evasivas frente a las proposiciones de la Unión Soviética, Chamberlain sólo pudo apoyarse, en la Cámara de los Comunes en los círculos políticamente limitados del Partido conservador. Churchill y Eden, Lloyd George y el dirigente del Partido Laborista en la Cámara de los Comunes, Attlee, apremiaron al gobierno inglés, con palabras enérgicas, para que aceptase las proposiciones de la Unión Soviética.

«¿Morir por Danzig?», la nueva consigna de los capituladores.

Entretanto, la Alemania fascista, después de desgarrar el pacto polaco-alemán de no agresión, prepara, con la acostumbrada campaña de insultos y calumnias en la prensa, con la provocación de sangrientos incidentes, etc., la agresión contra Polonia. Danzig se convierte en un campamento de guerra de los nazis, y Hitler sólo espera a que los círculos gobernantes de Inglaterra y Francia se replieguen, para servirse de Danzig como trampolín para lanzarse sobre Polonia y aplastarla. Los capituladores de Francia e Inglaterra acuden en socorro de Hitler.

Los Déat y compañía en Francia y el «Times» en Inglaterra han puesto en circulación la frase «¿Morir por Danzig?», con objeto de ir preparando el ambiente para una nueva traición vergonzosa contra la paz. El periódico conservador inglés «Daily Telegraph» ha dado al «Times», que había declarado demogógicamente que Danzig no merecía desencadenar una guerra, una contestación certera, al decirle que esta advertencia debía dirigirse exclusivamente a Alemania. Lo que se juega con Danzig lo ha expuesto el ex presidente del Senado de Danzig Rauschnig, que, como antiguo confidente, está bien enterado de los planes de Hitler, en los términos siguientes:

«Esto (la entrega de Danzig) significaría el cortar fácilmente a Polonia del mar. Significaría, finalmente, el abandono por Polonia del pasillo del Vístula. Más aún: significaría la división de Polonia y su liquidación como gran potencia ascensional.»

(Tomado de la «National-Zeitung», de Basilea, de 12 de mayo de 1939.)

La alianza de bandidaje Berlín-Roma.

La conclusión formal de la alianza de guerra entre Berlín y Roma viene a refrendar la práctica de rapiña sostenida en común durante largos años por los dos Estados fascistas. Esto sólo puede sorprender a quienes creían poder separar a Italia de la Alemania hitleriana con el sacrificio del pueblo español y de Abisinia. Mediante el pacto de guerra entre Hitler y Mussolini, las reivindicaciones de Italia en el Mediterráneo y sobre todo en Túnez se convierten en reivindicaciones de la Alemania de Hitler. De la declaración de no agresión firmada entre Francia y Alemania no queda en pie ni un girón, y en cambio las

reivindicaciones coloniales de Alemania serán también defendidas, en el futuro, políticamente y por la fuerza, en el Mediterráneo. Es cierto, como han dicho algunos periódicos franceses con motivo del pacto de guerra franco-italiano, que con él la Italia fascista se pone definitivamente bajo el talón de la Alemania nazi y que ya no será dueña de sus destinos. Pero sería un error fatal pensar que esta Italia va a renunciar a sus reivindicaciones contra Francia. Cuanto más sienta encima a Hitler, más inclinada se sentirá la Italia fascista a compensar la presión ejercida en el Norte con la acentuación más enérgica de sus exigencias de rapiña en el Mediterráneo.

El Japón vacila

Las negociaciones entre Roma y Berlín han ido acompañadas por el intento de ganar también a las pandillas militaristas dominantes en el Japón para una alianza abierta de guerra de los compadres del pacto antikomintern. El gabinete Hiranuma ha dedicado a este asunto, últimamente, deliberaciones que han durado días enteros, mientras que una campaña de prensa, inspirada por el ministro japonés de Ultramar Kozai, exigía la inmediata conclusión de la alianza de guerra. Posteriormente, ha trascendido que Hiranuma y su gobierno habían rechazado las proposiciones germano-italianas, aunque sin enfrentarse con Hitler y Mussolini mediante una declaración franca en este sentido. Los ejércitos japoneses están clavados en China y no se mueven del sitio, mientras que en su retaguardia el movimiento de los guerrilleros toma proporciones cada vez mayores. Los elementos más perspicaces entre los militaristas japoneses no consideran precisamente como tentadora la

perspectiva de verse enredados por sus compadres europeos en una guerra, acaso incluso contra la Unión Soviética.

Sin embargo, a los militares japoneses invasores de China no les disgustaría escamotear su fracaso en la lucha contra el pueblo chino por medio de acciones más fáciles contra las concesiones internacionales, incorporándose por este camino al frente de guerra contra las democracias occidentales. La ocupación de la concesión internacional de Kulangsu por soldados de marina japoneses ha provocado la intervención de barcos de guerra ingleses y norteamericanos, que han amenazado con tomar medidas para contrarrestar la ocupación.

Las provocaciones y violaciones de fronteras de los japoneses se multiplican también en las fronteras de la República Popular de Mongolia. El camarada Molotov ha tocado también, en su discurso ante el Soviet Supremo de la U.R.S.S., la cuestión de estas violaciones de fronteras de los japoneses, declarando:

«Parece que ya es hora de que aquellos a quienes la cosa interesa comprendan de una vez que el gobierno soviético no tolerará en sus fronteras ninguna provocación por parte de las tropas nipo-manchúes.

Y conviene recordar esto ahora en lo que se refiere también a las fronteras de la República Popular de Mongolia. Con arreglo al pacto de ayuda mutua firmado entre la U.R.S.S. y la República Popular de Mongolia, nos consideramos obligados a prestar a ésta la ayuda necesaria para la protección de sus fronteras. Nosotros tomamos muy en serio cosas tales como un pacto de ayuda mutua firmado por el gobierno soviético. Y debo hacer saber que, en virtud del pacto existente, defenderemos la frontera de la República Popular de Mongolia con la misma firmeza que nuestra propia frontera... Por eso, es preferible que las tropas nipo-manchúes

cesen, antes de que sea tarde, en sus repetidas violaciones provocadoras de las fronteras de la U.R.S.S. y de la República Popular de Mongolia. Por conducto del embajador del Japón en Moscú, hemos formulado ya también la advertencia correspondiente.»

La matanza en masa de la población civil china.

La prisa que se ha dado principalmente el gobierno inglés en defender sus derechos territoriales y sus concesiones, se halla en abierta y flagrante contradicción con la indiferencia con que los gobiernos de las democracias europeas occidentales han contemplado cómo en estas últimas semanas han sucumbido en el interior de China, víctimas de los ataques aéreos japoneses, decenas de miles de seres de la población civil. Los gobiernos de estas democracias no han movido ni un dedo para demostrar por una vez la sinceridad de su «nueva política».

En un llamamiento dirigido al pueblo chino, Chang-Kai-Chek ha estimatizado las causas de estos bárbaros ataques aéreos del Japón. En este llamamiento, se dice, entre otras cosas:

«El enemigo sabe perfectamente que la lucha de China por su existencia nacional se apoya principalmente en la participación en ella de las grandes masas. Por eso intenta abatir la moral del pueblo chino. En su lucha contra los agresores, lucha mantenida desde hace ya cerca de dos años, el pueblo chino ha apretado sus filas y ha conseguido una unidad tan formidable, que infunde pánico a los japoneses. Por eso recurren a esos medios despiadados, sin precedente por su crueldad, de destrucción de la población civil. Pero el enemigo no logrará desmoralizar al pueblo chino. Los aviones japoneses podrán destruir nuestra población pacífica, pero no conseguirán abatir nuestra voluntad de resistencia.»

La Unión Soviética, verdadero amigo del pueblo chino.

En la última sesión de la Sociedad de Naciones, el representante de China, Wellington Koo, se dirigió a las potencias requiriéndolas a apoyar al pueblo chino en su lucha, sobre todo mediante las restricciones de los envíos de material de guerra al Japón. Lord Halifax y Bonnet rechazaron las proposiciones del delegado chino. El representante de la Unión Soviética, el embajador de los Soviets en Londres, Maiski, defendió resueltamente las proposiciones presentadas por China. El camarada Molotov, tocando de pasada las relaciones entre la Unión Soviética y China, dijo a los diputados del Soviet Supremo:

«Todos conocéis la declaración del camarada Stalin acerca del apoyo a los pueblos que son víctimas de la agresión y luchan por la independencia de su patria. Esto es aplicable por entero a China y a la lucha que este pueblo sostiene por su independencia. Nosotros mantenemos esta política en la práctica con un espíritu consecuente. Es una política adecuada a las tareas que se nos plantean en Europa y especialmente a la creación de un frente único de las potencias pacíficas contra los nuevos avances de la agresión.»

La agresión japonesa contra China ha servido una vez más de piedra de toque para probar concluyentemente el abismo que media entre las palabras y los actos de los gobiernos de las potencias europeas occidentales, mientras que la Unión Soviética ha demostrado nuevamente, con su actitud, que toma muy en serio la organización de un frente de paz contra la agresión.

El Congreso del Partido Socialista de Francia

ha venido a demostrar cuán funesta es la confusión que los par-

tidarios de la política de Munich siembran en las filas del movimiento obrero. La resolución del grupo Paul Faure intentaba justificar todavía *a posteriori* la política de la llamada «pacificación».

Si Hitler, como ha anunciado en su discurso de 28 de mayo, toma el desconcierto económico de Alemania como pretexto para desencadenar el incendio de la guerra, puede remitirse a esta resolución del grupo Paul Faure, pues en ella se declara, con palabras secas, que la culpa de la situación de penuria por que atraviesa la economía alemana no la tiene el sistema de Hitler, sino que la tienen otros pueblos, lo que representa un falseamiento grotesco de todos los hechos.

El grupo Zoretti-Deixonne, dirigido por trotskistas, no hacía más que forzar el argumento de Paul Faure, al abogar por una resolución en la que se afirmaba:

«La economía fascista no se halla exclusivamente al servicio del capitalismo...», añadiendo que el «muro económico» levantado por los países del occidente de Europa y que se trata de sustituir por una «barrera militar» es «inseguro y constituye una salida peligrosa», que el ataque contra Checoeslovaquia y Albania puede aparecer ante «las masas fascistas como una réplica o como una medida defensiva y de seguridad», etc.

Apenas es posible imaginarse una defensa más descarada de la agresión fascista dentro de las filas del movimiento obrero. Por oposición a esto, la resolución del grupo Blum declaraba:

«El peligro de una anexión amenaza a todos los Estados libres. Por eso Francia debe figurar más enérgicamente que nunca, como uno de los elementos fundamentales, en el bloque general

de todos los pueblos que están dispuestos a defender su libertad y su independencia, bloque vinculado por un pacto de ayuda mutua. Tanto en el terreno de la política interior como en el plano de la política exterior, el Partido Socialista considera necesaria, para la salvación de Francia y de la República, la unión de los partidos, de las organizaciones y de los individuos que estén dispuestos a defender el país y las instituciones republicanas.»

En el Congreso, no se llegó al necesario esclarecimiento de las diversas concepciones, sino a una transacción podrida entre Paul Faure y León Blum. A la maniobra de los capituladores, acaudillados por Paul Faure, que hicieron todo lo imaginable para convertir la discusión de los problemas de fondo de la política socialista en una serie de querrelas personales, no se salió al paso con la energía necesaria en interés de la clase obrera. El grupo Paul Faure abrió el Congreso con la exigencia de que se aceptase como base de discusión el llamado «informe de rendición de cuentas» que Paul Faure había enviado a todas las organizaciones contra la voluntad de la dirección del Partido. León Blum procuró mediar, retiró su propuesta después de un ataque de Paul Faure y acabó declarando que aceptaba la tesis de Paul Faure «en conjunto», con ligeras modificaciones. Paul Faure aceptó de buena gana estas modificaciones, en vista de lo cual Blum hizo suyo el informe. Este fue aprobado por 7.348 votos contra 14 y 115 abstenciones. Blum llegó también a un acuerdo con Paul Faure en lo referente a la resolución política. Su resolución conjunta fue aprobada por 6.395 votos. La resolución de Zyromski en favor del frente único y del frente popular y en contra de la política de capitulación obtuvo 565 votos y la resolución de los trotskistas 401.

El fondo del «acuerdo» entre León Blum y Paul Faure se reveló con especial claridad en la votación sobre la pertenencia a organizaciones situadas al margen de los partidos (Socorro Rojo, Amigos de la Unión Soviética, Liga de la Paz, etc.). Un delegado del grupo de Paul Faure, grupo enemigo del frente único, propuso que se prohibiese a todos los socialistas pertenecer a dichas organizaciones. León Blum estuvo ausente mientras se discutió esta propuesta. Zyromski intervino en contra y puso de relieve que la tal propuesta iba únicamente dirigida contra la colaboración con los comunistas y contra la política de cooperación con la Unión Soviética. Esta propuesta contra el frente único fue aprobada por 5.490 votos contra 1.763.

Los resultados del Congreso del Partido Socialista no responden a los intereses de la clase obrera de Francia. Son un bofetón contra el frente único y contra la concentración antifascista de las masas populares. Revelan que los agentes de la burguesía reaccionaria han conseguido penetrar a fondo en las filas de los socialistas. Los «muniqueses» han conseguido, gracias a la transigencia de León Blum, un triunfo a costa de los intereses proletarios.

Que la idea del frente único y del frente popular vive, a pesar de todo, en la conciencia de las masas, lo ha puesto de relieve la manifestación organizada en memoria de los héroes de la Comuna de París. Esta gigantesca manifestación, en la que tomaron parte, en París, 200.000 afiliados a los diversos partidos del frente popular, ha demostrado que las masas populares francesas esperan la salvación de la libertad exterior e interior de su pueblo del fortalecimiento y del renacimiento del frente popular.

Discusiones en torno al servicio militar obligatorio en Inglaterra.

El gobierno de Chamberlain ha implantado el servicio militar obligatorio, fundándose para ello en que la política de garantías seguida por Inglaterra exige un reforzamiento considerable de la potencia militar del país. El Partido Comunista de Inglaterra ha hecho ver al movimiento obrero inglés que para enjuiciar este problema no debe desviar su atención de los problemas políticos fundamentales. El «Daily Worker», órgano del P. C. de Inglaterra, dijo a este propósito, en su número de 15 de mayo, con motivo de la conferencia de los Comités Ejecutivos de los Sindicatos, que fijó su actitud ante el problema del servicio militar obligatorio, entre otras cosas, lo siguiente:

«La formación de un frente de paz no significa ni puede significar que otros pueblos arrojen a la balanza de la paz poderosas fuerzas armadas, para eximir a Inglaterra de la necesidad de hacer lo mismo. Por el contrario: la formación de un frente de paz requiere, indudablemente, que Inglaterra forje su fuerza armada e instruya a su pueblo, para que de este modo pueda tomar una participación plena en la defensa de la paz... Pero, al mismo tiempo que pone esto de manifiesto, la conferencia debe subrayar también que Chamberlain no ha implantado el servicio militar obligatorio para fortalecer el frente de la paz, puesto que es un enemigo mortal de él. No ha implantado el servicio militar obligatorio para defender la democracia, sino para socavarla. Por esta razón, no podemos votar nuestra confianza a Chamberlain, ni apoyar su ley sobre el servicio militar obligatorio, pues Chamberlain traicionará a los soldados enrolados y al pueblo inglés del que son hijos... De esta conferencia deberá salir el acuerdo de llevar a cabo una cam-

paña por todo el país con la mira de preparar al pueblo inglés, y sobre todo a las fuerzas organizadas del movimiento sindical, para luchar por el derrocamiento del gobierno Chamberlain y su sustitución por un gobierno que goce de la confianza del país.»

Los dirigentes del Partido Laborista inglés se limitaron, sustancialmente, a rechazar como superfluo el servicio militar obligatorio, abogando al mismo tiempo por seguir apoyando el llamado Servicio nacional. Aunque la prensa del Partido Laborista califica de criminal la política de Chamberlain respecto a la Unión Soviética, no ha hecho nada por movilizar la verdadera voluntad del pueblo inglés. La respuesta a esto han sido una serie de elecciones parciales a la Cámara de los Comunes, que, además de señalar un fuerte retroceso del número de votos de los conservadores, han acusado también pérdidas considerables de votos del Partido Laborista. Es evidente que las masas populares inglesas no tienen ninguna confianza en la dirección del Partido Laborista, que antes marchaba a remolque de Chamberlain y que hoy, impidiendo la cohesión de todas las fuerzas de la oposición, sabotea también el cambio de rumbo político del país.

La sangrienta dominación de Franco.

En España, impera el terror blanco, que se abate sobre comunistas, socialistas y republicanos. El número de ejecuciones perpetradas por orden del verdugo Franco se cuenta por decenas de miles. «Le Temps», el periódico reaccionario francés, ha tenido que confesar que, hasta hoy, Franco sólo ha conseguido una victoria militar. La victoria política, es decir, la conquista de las masas del pueblo, no se ve por ningún lado;

de aquí el régimen de sangre y de terror de Franco. Hasta los periódicos fascistas de España se ven obligados a confesar que en el corazón de las masas populares sigue viviendo la idea de la República democrática. El periódico falangista «Voz de España» publicó, en una información de Madrid sobre la entrada de los conquistadores:

«No he oído ni un solo grito de alegría ni un solo aplauso... Antes, las mujeres de Madrid cantaban mientras lavaban la ropa. Hoy, si cantan algo es el himno del 5.º Regimiento y la «Internacional».

El ministro fascista del Interior hubo de convencerse, en una visita que hizo a la ciudad de Barcelona, de que la ciudad «está podrida hasta la médula». En realidad, los que están podridos son los puntales del régimen de Franco. El pueblo español no ha sido vencido y volverá a hacer frente a los agentes vendidos al fascismo extranjero. El Partido Comunista de España labora impertérrito por la nueva concentración de las fuerzas. En un manifiesto, el Comité Central del P. C. de España y el Comité Central del Partido Socialista Unificado de Cataluña declaran:

«Este pueblo nuestro, tan heroico, tan admirable, dice al mundo que no está vencido y en las condiciones más terribles, continúa la lucha para reconquistar España para la democracia. Cataluña y Euzkadi sienten hoy más que nunca el amor hacia sus libertades holladas, hacia sus tradiciones pisoteadas. El fascismo no se afianzará en España, porque todos sus pueblos aman profundamente la libertad... ¡Españoles! ¡Por la independencia de España! ¡Por la libertad de Cataluña, de Euzkadi y de Galicia! ¡Viva la unidad combativa del pueblo contra los verdugos y los invasores! ¡Viva el Frente Popular, limpio de traidores agentes de Franco!»

Crece la resistencia de las masas en Alemania.

Hasta la prensa burguesa del extranjero viene, durante estos últimos tiempos, llena de noticias de Alemania que hablan de una resistencia creciente de las masas populares contra el hambre y la esclavitud. En las regiones mineras, la resistencia pasiva contra la prolongación de la jornada de trabajo hasta 53 horas por semana y contra las acentuadas coacciones, cobra carácter de masas. La prensa nazi habla en tono conmovido del descenso de la extracción de carbón. Los mineros se abstienen sencillamente de acudir a las paradas de las empresas en las que se trata de hacerles apetitosa la prolongación de la jornada de trabajo. En una reunión de empresa en la fábrica «Rheinmetall» de Düsseldorf se produjeron manifestaciones bastante violentas de los obreros, en las que se oyeron gritos de «¡Abajo Hitler!».

El pueblo polaco se prepara para hacer frente a la agresión de Hitler.

El pueblo polaco está llevando a cabo, en manifestaciones de masas y mediante la exteriorización de su voluntad en la prensa, la unión para defenderse contra el enemigo exterior y conquistar sus libertades interiores. Las elecciones locales son un nuevo testimonio de que disminuye la influencia de los círculos gubernamentales, desacreditados por la política exterior e interior que venían siguiendo hasta ahora. Wittos, el dirigente del Partido campesino, de vuelta de la emigración, ha lanzado un manifiesto, en el que dice, entre otras cosas:

«Nuestra aspiración era y sigue siendo una Polonia para el pueblo, una Polonia fuerte e independiente, una Polonia de libertad

e igualdad... una Polonia amada y defendida por todos. No nos desanimemos con la conciencia del peligro que amenaza a nuestra patria. Yo declaro que, caso de ser atacados, defenderemos con todos los medios contra cualquier intruso, no sólo nuestra independencia, sino hasta la última pulgada de nuestro territorio.»

La minoría ucraniana va dándose cuenta también cada vez más de que sólo puede esperar de la Alemania hitleriana la esclavitud y la explotación. Es muy elocuente, en este sentido, la declaración hecha por el diputado y dirigente ucraniano del Sejm Zelebich:

«La parte de los elementos ucranianos que en la cuestión de la Ucrania subcarpática había cifrado grandes esperanzas en Alemania y en Adolfo Hitler se halla hoy enormemente decepcionada y agitada. Y creo poder afirmar que los sentimientos prohitlerianos, entre los elementos de Ucrania, pertenecen al pasado.»

Una victoria importante de los mineros norteamericanos.

El Sindicato Unificado de Mineros de Norteamérica, afiliado al Comité de Sindicatos Industriales (C. I. O.), ha conseguido, bajo la dirección de Lewis, una victoria importante sobre la reacción patronal y sobre los líderes escisionistas de la Federación Norteamericana del Trabajo (A. F. I.). Mediante un convenio extensivo a la industria minera norteamericana, se ha acordado que todos los obreros que trabajan en las minas, con excepción del personal dirigente, deben afiliarse al Sindicato Unificado de Mineros. Los elementos patronales reaccionarios habían intentado hinchar artificialmente un sindicato mineiro adherido a la F. A. F. L., cuya finalidad era romper el frente cerrado de los mineros de los Estados Unidos. Esta victoria de los

mineros norteamericanos es, al mismo tiempo, una victoria sobre las fuerzas reaccionarias, que ven con malos ojos la política del *New Deal*, y sobre todo la legislación obrera. Entretanto, los líderes reaccionarios de la A. F. L. han saboteado, con su política, las negociaciones de unificación entre el C. I. O. y la A. F. L. De acuerdo con los patronos reaccionarios, mantienen una campaña en pro de la revisión de la legislación obrera en el sentido de amordazar a los poderosos sindicatos industriales del C. I. O. El dirigente de esta organización sindical, Lewis, ha podido, basándose en documentos, probar que el líder de la A. F. L. Green había urdido un complot secreto con los patronos en contra de la clase obrera.

La política de los Estados Unidos se desarrolla bajo el signo de la discusión pública acerca de la presentación de candidatos para las elecciones presidenciales que habrán de celebrarse el próximo año. El ala reaccionaria del Partido democrático hace todo lo posible por imponer la candidatura de un presidente demócrata que eche por tierra la política que viene siguiendo Roosevelt. En su discurso de apertura del Congreso de las Juventudes Comunistas, el camarada Browder ha defendido la nueva prórroga de poderes del presidente Roosevelt:

«Las críticas circunstancias por que atraviesan el mundo y los Estados Unidos exigen permanencia y estabilidad en la dirección del gobierno y una dirección probada, razón por la cual sería peligroso todo paso encaminado a romper la actual coalición de la mayoría. La situación actual ha convencido ya a millones de hombres de que el prejuicio tradicional contra una nueva prórroga de poderes del presidente debe dejarse a un lado, por lo menos mientras dure el período crítico actual, y de que el presidente debe seguir en su puesto.»



Ediciones Europa-America

París-México-Nueva York

Sección española del BUREAU D'EDITIONS

Acaba de publicarse, en español,
la obra fundamental

Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.

Un tomo de 432 páginas, encuadernado 10 fr.

XVIII Congreso del P. C. (b.) de la U.R.S.S.

Informes de : STALIN, MOLOTOV, VOROCHILOV,
MANUILSKI, CHDANOV
y Resoluciones del Congreso

a 1,50 francos cada uno

Pedidos en Francia a : Bureau d'Éditions, 31, Boul. Magenta, Paris (X^e); E.F.E.P., 3, rue Montholon, Paris (IX^e); C.D.L.P., 25, rue d'Alsace, (X^e).

— **México a : Editorial Popular, Avenida Hidalgo, 75, México D. F.**

— **Chile a : Editorial Antares, San Francisco, 347, Santiago.**

— **Cuba a : Editorial Páginas, Apartado, 2213, Habana.**

— **los Estados Unidos a: Workers Library Publishers, 39 East 12th Street, Nueva York.**

Printed in France.

MINISTERIO
DE CULTURA



Ediciones Europa-America

París-México-Nueva York

Sección española del BUREAU D'EDITIONS

José DIAZ

TRES AÑOS DE LUCHA

Una recopilación de todos los artículos y discursos de José Díaz, Secretario general del P.C. de España, desde 1935 hasta 1939. La mejor historia de la gloriosa lucha del pueblo español contra el fascismo

Un volumen de 700 páginas 18 fr.

La Internacional Comunista

Revista mensual

Precio de cada ejemplar:

En Francia, **4 francos**; en México, **40 centavos**;
en los EE. UU. y demás países, **0,15 dólar**

Pedidos en Francia a : Bureau d'Éditions, 31, Boul. Magenta, Paris (X^e); E.F.E.P., 3, rue Montholon, Paris (IX^e); C.D.L.P., 25, rue d'Alsace, (X^e).

— **México a : Editorial Popular, Avenida Hidalgo, 75, México D. F.**

— **Chile a : Editorial Antares, San Francisco, 347, Santiago.**

— **Cuba a : Editorial Páginas, Apartado, 2213, Habana.**

— **los Estados Unidos a: Workers Library Publishers, 39 East 12th Street, Nueva York.**

Printed in France.